



**ALINA
BRONSKY**



CUANDO TU

VIDA

ES UN LIBRO

SIRUELA

CUANDO TU VIDA ES UN LIBRO

ALINA BRONSKY

ALINA BRONSKY

**CUANDO TU VIDA
ES UN LIBRO**

Traducción del alemán de
Begoña Llovet

 Siruela
Las Tres Edades

Edición en formato digital: febrero de 2020

The translation of this work was supported
by a grant from the Goethe-Institut



Título original: *Und du kommst auch drin vor*

En cubierta: ilustración de © Ruth Botzenhardt

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© 2017 Dtv Verlagsgesellschaft MBH & Co. KG,
München / www.dtv.de

This book was negotiated through

Ute Körner Literary Agent - www.uklitag.com

© De la traducción, Begoña Llovet

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18245-06-0

Conversión a formato digital: María Beloso

1

Cuando la señora Meier nos dijo que íbamos a asistir a una lectura, todo el mundo empezó a protestar. Yo me puse a dibujar varias *tes* mayúsculas y minúsculas en mi cuaderno. Me importaba un comino que hubiera lectura o no. La verdad es que había garabateado en el jueves la palabra *LEZTURA*. Franz apoyó la cabeza en el pupitre y se puso a roncar. Solo Petrowna alzó la voz:

—¡Callaos ya, imbéciles! ¿Es que preferís matemáticas?

Petrowna siempre conseguía confundir a todo el mundo con una frase y que, por unos instantes, se hiciese el silencio.

La señora Meier dijo que dejáramos nuestras cosas en el aula. Ella se encargaría de cerrarla, así que no teníamos que preocuparnos por nuestros objetos de valor. Pero la verdadera razón era que quería que después de la lectura toda la clase regresara con ella dócilmente a la escuela para recoger las mochilas. De otro modo, la mitad siempre se esfuma a mitad de camino. Todos teníamos muy claras sus intenciones, precisamente por eso casi todos cogieron sus mochilas. La señora Meier hizo como si no se diera cuenta. No es más que una profesora jovencita en prácticas y nos tiene miedo.

Espero que no le salieran canas debajo de sus mechass rubias durante nuestro viaje en autobús. Cuando bajamos, Petrowna me gorroneó dos euros y se compró una chokolatina en la máquina. Pero me dio la mitad. Por fin habíamos llegado a nuestro destino y estábamos en una biblioteca.

—¡Una biblioteca! —dijeron todos al unísono en tono quejumbroso—. ¡Uf! ¿Qué pintamos aquí? ¿Es que vamos a leer libros?

—Cerrad el pico —bramó Petrowna—. ¿Adónde pensabais que íbamos? ¿A un depósito de cadáveres?

En realidad sus palabras no tenían lógica alguna, pero de nuevo todos parecían confundidos y la pequeña profesora Meier miraba agradecida a Petrowna.

Petrowna es mi mejor amiga desde primaria. Nos sentamos juntas desde el primer día de clase. En el primer recreo de nuestras vidas nos pegamos. Justo por esos niños como Petrowna es por lo que mi madre prefería enviarme a una escuela privada, pero mi padre le dijo que nunca era demasiado pronto para conocer la vida normal. El segundo día de clase volví a casa con un moratón y con un mechón de pelo entre los dedos: se lo había arrancado a Petrowna en una pelea. Mi madre llamó inmediatamente por teléfono a la tutora, a la directora del colegio y a la psicóloga y profetizó que las niñas como Petrowna terminarían haciendo la calle con trece años. Al tercer día de clase dejamos de pegarnos y, desde entonces, somos inseparables. El cuarto día Petrowna me explicó lo que había querido decir mi madre con eso de «hacer la calle».

Ahora las dos tenemos catorce años. Petrowna fue delegada de clase durante dos cursos y a

menudo me deja copiar. Pero por desgracia tiene prohibida la entrada a mi casa desde primero.

En la biblioteca olía a viejo y a polvo. Nada más entrar empecé a estornudar. Por desgracia no llevaba encima el espray nasal.

—Espero no morirme aquí —le dije a Petrowna, a lo que ella contestó:

—No sería una gran pérdida.

Así es como hablamos entre nosotras, pero no lo dice en serio.

La señora Meier le estaba dando la mano a otra mujer también bajita y de aspecto gris con reflejos violetas en el pelo. Era la bibliotecaria. En la pared había un cartel en el que ponía algo sobre la Semana del Libro.

Nos dirigimos como un rebaño de ovejas a una sala lateral con sillas en filas. Todos se acomodaron en los asientos de plástico y pusieron los pies en el respaldo de delante. Algunos empezaron a tirarse cojines y libros de cuentos. Nadie se enteró de que la lectura ya había comenzado ni de que la bibliotecaria estaba ahí delante hablando de algo. La señora Meier dirigió una mirada suplicante a Petrowna.

—¡Cerrad todos el pico de una vez! —vociferó Petrowna.

Entonces nos dimos cuenta de que había alguien más. La autora.

Era una mujer bastante alta y delgada. Estaba sentada detrás de una mesita que resultaba demasiado pequeña para sus largas piernas y parecía muy triste. El pelo, grisiento y teñido de negro, le caía sobre los ojos. Así que casi no se le veía la cara. Junto a ella había una pila de libros.

La señora Meier y la bibliotecaria empezaron a aplaudir como si estuviéramos jugando en la guardería. Enseguida todos nos pusimos a aplaudir. Estuvimos así durante un minuto, luego dos, luego cinco. Se podía conseguir mucho con cosas muy sencillas. Las mejillas de la bibliotecaria se sonrojaron, la señora Meier gesticulaba con las manos como una directora de orquesta. Pero seguíamos aplaudiendo imperturbables. Petrowna estaba distraída porque justo en ese momento se había puesto a leer un mensaje en su Samsung.

Dejé de aplaudir cuando las palmas de las manos empezaron a dolerme. A los demás les debió de pasar lo mismo, en algún momento lo dejaron y tuvieron que masajearse los dedos.

La autora dijo que se llamaba Leah Eriksson, que había escrito cinco libros y que iba a empezar a leer. Después podríamos hacerle preguntas. Así que se puso a leer. Hablaba muy bajito y algunos gritaron: «¡No se oye nada!». Otros se pusieron a cuchichear y dos chicas aprovecharon para cepillarse el pelo. Petrowna miraba con el ceño fruncido el árbol que asomaba por la ventana.

Yo era la única que estaba escuchando.

Y no me lo podía creer.

Lo que la tal Leah Eriksson estaba bisbiseando trataba de mí.

De mi familia.

De mi vida.

De mis pensamientos.

Los nombres eran diferentes y había un par de detalles sin importancia que no coincidían. Pero el resto se refería a mí.

Y encima nadie se daba cuenta. Porque nadie estaba escuchando. Creo que ni siquiera la señora Meier prestaba atención. Simplemente se conformaba con que guardásemos silencio y

estaba sumida en sus pensamientos. A lo mejor estaba contando los años que le quedaban para jubilarse. Le di un codazo a Petrowna, pero no lo entendió y me lo devolvió.

—¿Lo estás escuchando? —le pregunté, pero siguió mirando el árbol como si no hubiera nada más interesante en el mundo.

Me fastidió que los demás se pusieran a hablar cada vez más alto. No podía entender casi nada. Deseaba que Leah dejase de leer. Y al mismo tiempo tenía miedo, como si fuese a dejar de respirar cuando ella parase. Busqué en el bolsillo algunas monedas que me habían sobrado. Qué tonta había sido al darle los dos euros a Petrowna. Mis dedos se toparon con un billete enrollado de veinte euros. No tenía ni idea de cuánto costaban los libros.

—¿Tenéis preguntas?

Leah Eriksson nos miraba a través de sus mechones de pelo.

Levanté la mano, pero otros fueron más rápidos.

—¿Por qué se dedica a esto?

—¿Cuánto gana?

—¿Qué va a hacer esta tarde?

Leah Eriksson pestañeaba confundida.

Chasqué los dedos y luego alcé mucho la voz para que me oyese a pesar del ruido que hacían los demás.

—¿ME PUEDO COMPRAR EL LIBRO AHORA MISMO?

Todos volvieron la cabeza hacia mí. Incluso Petrowna. Sobre todo Petrowna. Aunque ella también se había puesto a leer un libro cuando nadie la miraba. Hizo como si nada, pero yo sí me di cuenta.

—¿Qué pasa? —dije—. Suena muy emocionante.

Franz hizo como si tuviera entre las manos un libro invisible y lo estuviese leyendo con cara de pirado. Todos empezaron a carcajearse. Pero la que estaba más perpleja era Leah Eriksson.

—Yo no vendo libros —contestó.

—¿Y eso? ¿Quién los vende entonces?

—Las librerías.

—Pero usted tiene ahí uno.

—Es mi ejemplar —respondió mientras lo agarraba con determinación, como si yo le quisiera robar el libro y no comprárselo—. Lo necesito para mí.

—¿Le doy dinero por ese ejemplar!

Leah se levantó para dejar bien claro que la lectura había concluido y la conversación también. Todos lo entendieron de inmediato. Una mitad de la clase quitó de enmedio a la bibliotecaria del pelo violeta y atascó la puerta de salida. La otra mitad intentó abrir la ventana para salir trepando. La señora Meier corría de un grupo a otro gesticulando y cubierta de sudor.

Aproveché el momento para acercarme a la autora, que estaba guardando sus libros en una cartera. Me sacaba dos cabezas. Miré desde abajo a través de su pelo para verle la cara.

—Hola —le dije.

—Hola —contestó dando un respingo.

—Ha leído usted muy bien —le dije mintiendo.

—Gracias. —Ella sabía perfectamente que estaba mintiendo.

—Como le he dicho antes, me encantaría comprarme el libro.

—Pues hazlo.

—Tengo veinte euros en el bolsillo.

—Cuesta 14,95.

Saqué triunfante el billete de veinte euros, lo desenrollé y se lo puse a Leah Eriksson encima de la mesa.

—¿Tiene cambio?

—Ya te he dicho que no vendo libros. Los escribo.

—¿Es que ahora me voy a tener que ir a una librería?

Se apartó su grasiento flequillo a un lado y clavó en mí un par de ojos azules como el acero.

—Me da igual —dijo.

Me pareció un poco impertinente de su parte. Al fin y al cabo escribía libros para ganarse la vida, así que no le podía dar igual.

—Debería alegrarse de que alguien quiera leer sus chorradas.

El par de ojos desapareció de nuevo tras el flequillo. Cerró de golpe su cartera y se dirigió hacia la puerta, que ya estaba desatascada. Mi billete de veinte euros se había quedado encima de la mesa, abandonado como una lata aplastada por la rueda de un coche.

—¡Oiga! ¡Usted, autora! ¡Leah!

La muy idiota ni siquiera volvió la cabeza.

En el autobús me senté junto a Petrowna y me puse a romper en mil pedazos el folleto de la Semana del Libro que había cogido a la salida. Dos tercios de la clase se habían esfumado tras la lectura, como era de esperar. La señora Meier contemplaba con aire de resignación al mísero grupo restante que se había repartido por todo el autobús. Y en lugar de estarnos agradecida por regresar con ella a la escuela, tenía una expresión malhumorada.

—¿Has escuchado lo que ha leído? —le pregunté a Petrowna—. ¿Has entendido de lo que iba?

—A medias. Algo de un divorcio.

—No solo eso. Trataba de una chica.

—Una pasada —dijo Petrowna, bostezando.

—No, escucha. A la chica le pasaba lo mismo que a mí. A la chica del libro.

—Pues vaya.

Si seguía bostezando así, se le iba a desencajar la mandíbula.

—En serio, Petrowna. Decía las mismas cosas que siempre digo yo.

—Todo el mundo dice las mismas chorradas que tú.

Tenía la sensación de que no me quería comprender.

—¿Qué nombre tan raro! Leah Eriksson —dije, cambiando de tema.

—Seguro que es un seudónimo.

—¿Un qué?

—Seguro que su nombre verdadero es Pepita Pedorra. El otro nombre se lo ha inventado la editorial. Lo hacen siempre, adornan todo para que a la gente le parezca una autora guay y compre sus libros en vez de reírse de ella.

Desde luego aquella mujer no tenía nada de guay. Y sin embargo, tampoco me apetecía reírme de ella.

La señora Meier venía hacia nosotras tambaleándose por el pasillo del autobús.

—Quería preguntarte si te ha gustado, Kim —dijo a la vez que me echaba una mirada simpática del tipo si-te-esfuerzas-un poco-te-pongo-un-seis.

—¿Por qué me lo pregunta precisamente a mí? —contesté desconfiada. ¿Adónde quería llegar?

—Te he estado observando. Estabas escuchando muy atenta.

—¿Y qué otra cosa tenía que hacer?

—Nunca he visto a un alumno con la expresión que tenías tú durante la lectura.

Automáticamente me sujeté la barbilla y me toqué la nariz y las mejillas. Todo parecía estar en su sitio.

—¿Y a usted qué le ha parecido? —pregunté. Atacar es, como todo el mundo sabe, la mejor defensa.

—Creo que está bien para los jóvenes. Bastante cercano a la vida real.

Mi corazón comenzó a latir de forma sospechosa.

—Pero no es una obra de arte —añadió la señora Meier—. ¿Lees mucho?

Tendría que haber mentido, tal vez me hubiera puesto una nota más alta. Pero le dije la verdad.

—No leo nada.

A la salida del colegio, Petrowna me propuso ir al parque. Era su nuevo entretenimiento: ir al parque y sentarse debajo de un árbol. Como somos amigas, la acompaño siempre. Mientras Petrowna mira las musarañas y de vez en cuando garabatea algo en la palma de su mano, yo hago los deberes. Es decir, copio lo que Petrowna ya ha hecho durante el recreo.

Pero ese día no teníamos nada que hacer porque habíamos estado en la lectura. Primero la señora Meier nos había amenazado con una tarea relacionada con el libro. Pero después incluso a ella le pareció injusto endilgarnos algo justo a los pocos que la habíamos acompañado de vuelta al colegio. Yo era de la misma opinión.

—De todas maneras reflexionad un poco sobre el texto —nos dijo la señora Meier al despedirse—. Nos ocuparemos del tema en detalle. Cuenta para la nota de lengua.

—Mieeerdaaa —exclamó Franz, y los otros cuatro que había aparte de nosotras le dieron la razón—. Pero ¿qué es lo que ha contado esa tía? ¿Es que alguien la estaba escuchando?

—Bueno, a lo mejor hasta tenéis que leeros el libro —dijo la señora Meier con cierto retintín mientras me lanzaba una mirada. Miré hacia otro lado.

—¿Y cuál era el título del libro? ¿Cómo se llamaba la tía que lo ha escrito? —refunfuñó Franz.

—Manual de estupidez para avanzados —gruñó Petrowna mientras me agarraba del brazo.

Un poco más tarde estábamos sentadas bajo un castaño con el trasero empapado porque la hierba estaba húmeda y nos habíamos dado cuenta demasiado tarde. Pero nos daba mucha pereza levantarnos. Petrowna había cogido del suelo una hoja y seguía con la uña el dibujo de las nervaduras. Yo me estaba comiendo el sándwich del recreo. Excepcionalmente mi madre me había preparado uno, porque en los últimos tiempos casi siempre se olvidaba de hacerlo. Pan integral con queso y lechuga. Me comí todo lo del centro y le di los bordes a Petrowna. Ella nunca llevaba

merienda, ni siquiera en primero.

—Creo que tengo que leer ese libro —le dije.

—¿Cuál? —Petrowna ya se había olvidado. Estaba observando la copa del árbol—. ¿Sabes que este castaño puede tener más de cien años? Ya existía cuando nuestros padres aún no habían nacido.

Su talante romántico me resultaba inquietante. Para traerla de vuelta al tema le enseñé el folleto. En él figuraban los nombres de los autores que habían leído algo en la Semana del Libro, y también los títulos de sus libros y sus fotos.

—Mira qué pinta tiene aquí la Leah esa —dije—. En persona es completamente diferente.

—Tal vez se lavó la cabeza para hacerse las fotos.

—¿Y sabes cómo se llama su libro, Petrowna?

—No me des la brasa todo el tiempo con lo mismo.

—Falso. Se llama *Cosas que nunca sabrás*. ¿Qué quiere decir con ese título?

—Ni idea. Tal vez el título pega con el libro.

En realidad, tenía pensado mirar en casa si me lo podía descargar gratis. Después de lo borde que había sido Leah conmigo, no tenía ganas de gastarme el dinero en su libro. Seguro que se quedaba por lo menos con la mitad, si no con todo, y eso me fastidiaba. Con esa pasta me podía comprar varios kebabs. Pero ya no aguantaba más.

—¿Sabes dónde hay una librería por aquí cerca? —le pregunté a Petrowna.

—Pasas delante de una todos los días. Junto al Starbucks —dijo.

2

El hecho de que Petrowna me acompañase a la librería era bueno por un lado, pero malo por otro. Bueno porque con ella todo marchaba mejor. Malo porque tenía la sensación de que quizá esa era una de las cosas que se deben hacer sin compañía. Como ir al váter. Aunque muchas veces también íbamos juntas allí.

Era verdad, junto al Starbucks había una librería en la que nunca me había fijado. Cuando entramos, sonó una campanilla, aunque nadie se fijó en nosotras. Dentro había estanterías con libros, mesas con libros y expositores con calendarios de gatitos. Yo pensaba que en esas tiendas solo entraban ancianas con gafas grandes. Pero en una esquina había un tío joven y sudoroso que llevaba una bolsa de deporte y detrás incluso una chica de nuestra edad. Estaba leyendo un libro enorme y reluciente que tenía abierto por la mitad. Me extrañó que le permitieran leer un libro sin haberlo comprado antes. ¿Quién iba a quererlo después?

No olía tanto a polvo como en la biblioteca. Quizá porque los libros eran nuevos, o porque aquí tenían una señora de la limpieza más eficaz.

—¿Os puedo ayudar en algo?

Una mujer con moño se nos había acercado en silencio. En su cuello se balanceaba un collar de cuentas de madera. Llevaba pantuflas, así que seguramente vivía allí.

Me quedé mirándola. No sabía cómo se compraba un libro. En Timberland hubiera dicho, por ejemplo, el color o mi número de pie. ¿Debía decir aquí «Quisiera un libro azul con doscientas páginas»?

—Quisiéramos informarnos. —Petrowna me empujó hacia ella—. Sobre un libro de una tal Leah... no sé qué más.

—¿Leah Eriksson? —La mujer del collar de madera sonreía satisfecha.

Asentí. ¿De qué conocía a la tal Leah?

—¿Es que es conocida?

Petrowna parecía leer de nuevo mis pensamientos.

—Una fantástica autora de Berlín —dijo la señora del collar de madera.

—Fuimos a una lectura suya —confesé. Mi voz sonaba aflautada.

—¡Ah, claro! ¡En la Semana del Libro! —exclamó con entusiasmo la Collares—. ¿Y qué tal estuvo?

—Una caca —dijo Petrowna—. Nadie la estaba escuchando. Excepto ella. —Y me señaló con el dedo.

Le di un pisotón antes de que se pusiera a contarle a la Collares por qué yo sí la había

escuchado atentamente. Consideraba que eso era solo cosa mía.

—Estáis en una edad difícil para la lectura —dijo la Collares.

—Yo no diría eso— replicó Petrowna amable.

Las dos se sonrieron como si alguna vez hubieran sido superamigas, después se hubieran peleado a muerte y ahora estuviesen comenzando a saludarse de nuevo.

—¿Y qué libro de Leah Eriksson es el que te interesa? —me preguntó la Collares.

Por desgracia en ese momento no me acordaba del título. Me puse a rebuscar el folleto en los bolsillos.

—Trataba de una chica cuyos padres se divorcian —dije. Y al hacerlo me sonrojé como si le estuviera describiendo el dibujo de mis bragas a un desconocido.

—*¡Cosas que nunca sabrás!* —exclamó la Collares con la sonrisa de un mago que estuviera sacando un conejo de la chistera—. Voy a ver si lo tenemos por aquí.

Se puso a mirar en el ordenador, después buscó en una estantería durante un buen rato, luego entró en un cuarto trasero. Tal vez tuviera más libros allí. Yo estaba sudando. Petrowna cogió un volumen que tenía dibujado un ramo de flores en la portada. Lo abrió por la mitad. La Collares regresó. En sus manos traía el libro de Leah.

—¡Ese es! ¡Exactamente ese!

La Collares sonrió.

—¡Mira qué contenta se ha puesto!

—¿Usted lo ha leído? —pregunté mientras sentía un extraño pinchazo en el corazón.

No quería que leyese mi historia a través de los gruesos cristales de sus gafas. Aunque no la conocía de nada y, en realidad, tampoco la quería conocer. Ella tampoco debía conocerme a mí, al menos no de aquella manera.

—No, pero una colega sí y estaba entusiasmada.

Cogió el billete de veinte euros que le entregué y lo alisó cuidadosamente, después me devolvió un billete de cinco euros y cinco céntimos. Miré con nostalgia mi billete. Era muchísimo dinero. Nunca en mi vida hubiera pensado que me gustaría tanta pasta para comprar 150 páginas.

—¿Me recomendarías este libro?

—¡No! —exclamé—. ¡De ninguna manera! ¡Lea usted otra cosa!

La Collares me dio las vueltas ligeramente irritada, metió el libro en una bolsa de papel y me regaló un marcapáginas.

Petrowna quería ir como siempre al Starbucks, ya que estábamos al lado. Me había dicho una vez que Starbucks era para ella el símbolo del bienestar y de la estabilidad. Ya solo por eso les estaba agradecida a sus padres por haber emigrado. En una tarde como aquella en su aldea de Kirguistán habría tomado, como mucho, té negro con mantequilla en casa de alguna tía.

—¡Qué asco! —dije—. ¿Con mantequilla?

—Así es. Es la tradición. Porque allí hace mucho frío. Y la grasa te da calor.

En cualquier caso yo quería estar a solas con mi libro. Tenía la sensación de que algo se agitaba dentro de la bolsa de papel. Pero Petrowna me había apoyado durante la compra del libro y yo quería agradecersele. Le encantaba el frapuchino y quería invitarla a uno. Para ella era demasiado caro.

Así que entramos en el Starbucks y le compré un frapuchino con las vueltas del libro.

—Date prisa —le dije—. No tengo todo el día.

—¿Es que tienes una cita?

—Sí. No.

—¿Tienes que vigilar a tu madre para que no se tire por la ventana?

—No deberías pensar que todos somos como tu familia.

—¿Por qué te gusta tanto ese libro tan raro? —preguntó Petrowna cambiando de tema.

Los chistes sobre su familia solo los podía hacer ella. Pero no respetaba ningún límite cuando se trataba del resto de las familias del mundo.

—Hay algo que no me cuadra en este libro —dije. Noté que casi tenía miedo de leerlo—. ¿No quieres leerlo tú primero y después me cuentas de qué trata?

—No soy tu esclava —contestó Petrowna mientras sorbía de su taza.

De vuelta a casa en el tranvía saqué el ejemplar de la bolsa.

No tenía los típicos capítulos con título, sino párrafos numerados. Eso ya me pareció un rollo. Empezaba describiendo cómo una chica entraba en la cocina y encontraba a su madre contando calorías. Eso también lo hacía siempre mi madre. Cuando cocinaba, ponía todo en pequeños recipientes sobre la balanza, y cuando había demasiados copos de avena, la madre del libro los devolvía a su paquete con una cuchara. Después tomaba nota de las calorías en una app de su iPhone. Exactamente igual que mi madre.

Había una pequeña diferencia: la madre del libro era rubia y la mía era castaña. Pero, de todas maneras, me puse tan nerviosa que me pasé de parada y tuve que caminar durante un cuarto de hora en sentido contrario.

Al llegar a casa encontré a mi madre en la cocina pesando los copos de avena. Lo peor es que estaba rubia.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—He estado en la peluquería —contestó.

—Ya lo veo.

—Y ¿qué te parece?

—Está bien. Un poco gris.

—¿Gris? —Corrió hacia el espejo. Pero al momento volvió con el ceño fruncido—. ¿Qué llevas ahí? ¿Drogas?

Oculté el libro tras la espalda.

Se dirigió de nuevo a la encimera y comenzó a transportar cucharadas de copos de avena del recipiente al paquete.

—¿Por qué haces eso? —le dije—. No quiero que mi madre esté más delgada que yo.

—¿Qué tal en el cole? —preguntó como si no me hubiera escuchado.

—Hemos estado en una lectura.

—Estupendo.

No mostró el menor interés.

Miré en la nevera y saqué un plato con caldo de pollo bajo en calorías. Le eché unas migas de pan duro y lo puse en el microondas. Mientras esperaba abrí de nuevo el libro.

«No quiero que mi madre esté más delgada que yo», leí.

Cogí el libro y corrí hacia mi habitación. Dejé el plato de sopa en el microondas. Puse el libro debajo de la almohada y me tiré en la cama. El corazón me latía con fuerza. «Las florecillas de Ikea que florecían en casi todas las habitaciones infantiles» saltaban a la vista también en mi ropa de cama. ¿Cómo podía saber Leah cómo era mi habitación? Eso lo explicaba la propia frase. Casi todas las habitaciones infantiles tenían ese aspecto.

En la clase de ética habíamos aprendido que hoy en día uno de cada tres matrimonios se divorcia. En eso tampoco era yo una excepción. Pero, por lo demás, lo tenía muy claro: yo era única. O al menos quería serlo. Mis pensamientos eran mis pensamientos. Mis frases no las decían casi todas las chicas.

¿O sí?

Tenía que continuar leyendo y me daba miedo hacerlo.

Al día siguiente me sentía como si me hubieran dado una paliza. Aunque no teníamos clase hasta tercera hora, seguía tirada en la cama, casi no podía abrir los ojos y tenía un humor de perros. Había sacado varias veces el libro de debajo de la almohada, había leído un párrafo y lo había vuelto a cerrar con rabia. Después había intentado dormir. O no lo conseguía o me quedaba dormida un rato y luego me despertaba de nuevo y mi mano volvía a buscar el libro.

El libro contaba cómo iba a ser mi vida. Y yo no lo quería saber.

Sin embargo, había aún un rayo de esperanza, y es que Leah estuviera equivocada.

¡Pero tenía razón en tantas cosas! Estaba describiéndome a mí, no me cabía la menor duda. Y me sacaba ventaja.

Luché contra el deseo de abrir el libro por la última página y leer el final.

En lugar de hacerlo le envié un mensaje a Petrowna. **He pasado una noche de mierda. Habría que prohibir este libro.**

Petrowna contestó de inmediato: **Estás chiflada.**

Mis tres despertadores, que hacía un instante estaban en silencio, comenzaron a sonar de nuevo.

Petrowna me escribió: **¿Cuándo vienes?**

Salté de la cama, busqué los pantalones, los encontré debajo y me los puse. No tenía tiempo para lavarme y tampoco para buscar ropa limpia. En el baño, las toallas sucias se amontonaban en la cesta. Eso en el libro era diferente: allí había una señora de la limpieza de origen croata que lavaba y planchaba todo, incluso los calcetines.

La cocina estaba vacía. En la mesa había una taza con una infusión fría. Me la terminé, cogí del frutero la última manzana, ya bastante arrugada, y saqué otro billete de veinte euros del cajón. En los últimos tiempos no teníamos nada de comer en casa, pero por suerte siempre había dinero en algún sitio, así que de camino al metro me podría comprar un cruasán.

Metí al tuntún un par de cuadernos en la mochila, agarré el libro y salí corriendo.

La idea se me ocurrió en el metro, cuando abrí el libro, aunque solo eran tres estaciones. Pero me daba menos miedo leerlo en un vagón lleno de gente que sola de noche en mi cama. La chica del libro, cuyo nombre aún no se había mencionado, acababa de decidir hacer novillos e irse a visitar a su padre. Así que pensé: ¿y por qué no? Si mi madre hace novillos en la cocina, entonces yo también puedo hacer lo que quiera.

Cerré el libro y me bajé.

Mi padre se había ido de casa hacía dos meses. Primero se había organizado «una modesta solución intermedia» hasta que encontrase, como él decía, «algo adecuado». Pero de todas maneras me había dado la dirección y me había dicho que podía pasarme por allí cuando quisiera. No lo había hecho aún. Y no porque me hubiese sentado mal que ya no quisiera seguir con mi madre. Simplemente no sabía cómo debe comportarse uno cuando visita a su padre, que de repente vive en otro sitio.

Había algunos de mi clase con más experiencia en esas cosas. Muchos tenían dos habitaciones y todos los lunes echaban pestes porque su camiseta favorita se encontraba justo en la lavadora del otro progenitor. Y el libro de matemáticas también estaba siempre donde no debía, y por eso no habían podido hacer los deberes. Pero yo tenía aún poca práctica. Probablemente era la penúltima alumna cuyos padres vivían bajo el mismo techo. Eso no podía durar mucho. Solo los padres de Petrowna seguían aún juntos, pero mantenían su matrimonio con vida a base de muchos gritos. No era de extrañar que no se aburriesen. Mis padres no tenían tanto temperamento.

La nueva dirección de mi padre era fácil de memorizar.

El teléfono vibró.

Dónde te has metido. Era de nuevo Petrowna. Mierda, había olvidado avisarla. Eso no me había pasado nunca.

Hoy no voy, escribí. Estoy enferma.

Petrowna: **Pues hace nada estabas bien.**

Yo, ya nerviosa: **Me he puesto mala de repente.** Le estaba mintiendo. En ese mismo instante me entró dolor de estómago. Hasta entonces solo había mentido a mis padres, pero nunca a Petrowna.

Llamé al timbre de un edificio antiguo con una fachada venida a menos. Al primer timbre que encontré. El piso de mi padre se hallaba en la parte posterior del edificio, detrás del patio, así que seguramente no tenía timbre. La puerta de entrada zumbó, la empujé y entré dejando a un lado una hilera de buzones y una fuente. La verdad es que pese a todo parecía muy chulo. Por desgracia no había nombres debajo de los timbres de la parte posterior.

Si no hubiera leído el libro, no habría sabido qué hacer en ese momento. Pero la chica del libro sabía que había que tocar los timbres más altos cuando se iba a visitar a los padres divorciados, pues las buhardillas, con sus techos oblicuos, no estaban muy solicitadas y por eso era más fácil conseguirlas, sobre todo cuando no había ascensor. Así que busqué el timbre más alto y lo escuché sonar por encima de mi cabeza a través de una ventana abierta.

Cuando llegué arriba, las piernas me dolían de subir tantos escalones. La puerta estaba medio abierta y dentro se oía tronar una aspiradora. Entré tranquilamente y me di de bruces contra una mujer gruesa que llevaba unos *leggings* de color rojo. Apagó la aspiradora y me sonrió, como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Papá? —me preguntó.

—Creo que mi padre vive aquí —dije muy cortada.

—Papá no aquí. Ven.

Me llevó a la cocina, me sentó en una silla y me preparó en un periquete un sándwich de queso.

—Cara como papá —me dijo mientras me daba un pellizco en la mejilla y me ponía el sándwich en la mano.

Era escalofriante estar sentada en una cocina ajena con una aspiradora encendida al lado. Me puse en pie y miré por una ventana que daba a un patio interior con cubos de basura. En el alféizar estaban los Lucky Strike de mi padre. Al menos una pequeña señal de que me encontraba en el lugar correcto. La señora de la limpieza asomó la cabeza por la puerta.

—Papá viene. ¿Ta?

—¿Cómo?

—¿Querer ta? —dijo, señalando una lata de té en la estantería.

—No, gracias.

—Papá venir pronto.

Asentí. No quería que lo llamase así, al fin y al cabo no era su papá.

Para hacer tiempo saqué el libro de la mochila. Y para variar le quité la sobrecubierta y me puse a mirar la solapa. Había una fotografía de Leah Eriksson, pero la verdad es que entre esa imagen y la persona de la biblioteca había un mundo. Desde luego estábamos rodeados de mentiras.

El móvil empezó a vibrar. Petrowna. **Tienes que recuperar mates.**

Le contesté con un **¡Mira qué bien!**, y continué observando la cubierta.

Para matar el tiempo me puse a leer lo que estaba escrito debajo de esa foto tan chula. Lo tendría que haber hecho mucho antes. Leah Eriksson era de Fráncfort, había estudiado Biología y después estuvo desempleada. O sea, que no le daba ninguna vergüenza reconocer delante de todo el mundo que era una inútil. Más tarde comenzó a escribir novelas juveniles con las que obtuvo un gran éxito. Eso ponía ahí. No me lo creía porque no conocía a nadie que leyese libros. Por favor..., ¿cuántos tenía que vender para poder vivir de ello? Tal vez su marido era rico. Pero la verdad es que no tenía pinta de tener marido.

Leí a toda velocidad el texto de la contraportada y después abrí de nuevo el libro. En cualquier caso era más emocionante que el periódico que había sobre la mesa. Solo de ver todas esas letras pensé que iba a desmayarme.

No me di cuenta de que mi padre ya había llegado. Estaba leyendo ese libro y todas las cosas escalofriantes que le sucedían a la chica protagonista. A mí no me iban a pasar todas esas cosas, pensé. Mi padre no era tan tonto, ¿o sí?

—¡Hijita mía! —exclamó mi padre con una voz que denotaba cierto pánico—. ¡Menuda sorpresa!

Ya lo creo que sí. Me llevé un buen susto y escondí el libro tras la espalda. No sé por qué. Quizá no quería que me pillasen leyendo.

La cuestión era que mi padre no estaba solo. A su lado había una mujer. No era «negra como la noche», tal y como acababa de leer en el libro. Era más bien marrón como el chocolate con leche. Por eso me resultaba un poco difícil adivinar su edad. Por supuesto debía de tener más de veinte años, pero más no podía decir. Y hubiera sido un poco raro que me pusiese a mirarlo en la novela en ese momento. La ropa que llevaba parecía hecha a mano, sus enormes pendientes tintineaban y tenía una sonrisa amplia. Todo ese tintineo y esa ropa me hubieran resultado indiferentes si mi padre no hubiera tenido el brazo alrededor de su cintura.

—Oh —se me escapó. No podía decir nada más en ese momento.

—Esta es Alicia —dijo mi padre mientras atraía a la mujer hacia sí, aunque ella no parecía querer salir corriendo.

—Y esta es Kim Josephine. Mi hija mayor.

El corazón se me detuvo durante unos instantes. «Hija mayor». ¿Pues cuántos hijos tenía aparte de mí? Mi mirada voló hacia la tripa de Alicia. Pero estaba oculta bajo un jersey muy holgado de punto. Intenté devolverle la sonrisa. Me tendió la mano y nos saludamos.

Mi padre paseaba la mirada entre las dos. Su sonrisa empezaba a preocuparme. De una manera tan forzada solo sonrío la gente que está a punto de sufrir un infarto.

Entonces hizo lo que siempre hacía cuando se sentía perdido. Nos invitó a comer.

En la esquina había un restaurante indio con un menú del día. Mi padre dijo que entre las doce y las tres todo estaba muy barato. No me gustó nada que dijese eso. Normalmente no se fijaba en cuánto costaban las cosas. Nos sentamos en una mesa de cuatro, él con Alicia enfrente de mí. Pedí pato crujiente con arroz y de primero una sopa, porque estaba hambrienta. De vez en cuando picaba algo del plato de mi padre, que había pedido pollo con curri de coco y cacahuete. Alicia prefirió un plato vegetariano.

No paraba de sonreírme con sus dientes blancos como la nieve. Mi padre no dejaba de tocarle la rodilla por debajo de la mesa. Yo hacía como si no me diera cuenta.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —me interesé.

—¿Qué tal está mamá? —me preguntó mi padre al mismo tiempo.

Qué mal *timing*, le hubiera podido decir en ese mismo instante. ¿Es que no veía ninguna serie? La sonrisa de Alicia parecía de repente un poco forzada.

—No muy bien —contesté—. No se levanta por las mañanas, no come nada, así que la mayoría de las veces tampoco tengo nada de comer, y ya no me quedan calcetines limpios.

—A tu edad yo me lavaba a mano los calcetines —dijo Alicia.

Mi padre y yo nos quedamos mirándola mientras ella mordisqueaba una hoja de lechuga.

—Os puedo enviar a Marija —dijo mi padre—. Ya la conoces. Nuestra señora de la limpieza. Es de Croacia.

Y justo cuando me dijo eso me di cuenta, por primera vez, de que ya no vivía en casa con nosotras y de que las cosas nunca volverían a ser como antes.

3

Llevaba una hora en casa cuando Petrowna llamó al timbre. Me traía una caja de aspirinas y un limón.

—¡Pero si tienes muy buen aspecto! —me dijo cuando abrí la puerta y le cogí las cosas.

—Es que estoy muy bien, tonta.

—No te he traído los ejercicios que nos han dado en el cole.

—Buena chica.

La agarré de la manga y la metí dentro de casa. Nos saludamos dándonos tres besos en las mejillas. Petrowna dijo que si no tenía nada contagioso y mi madre no estaba, podía arriesgarse con buena conciencia a entrar en mi casa. Petrowna era un poco maniática con las enfermedades. Siempre tenía miedo de contagiarse de algo. Eso le pasaba por leer ya en primaria libros que, en realidad, eran para estudiantes de Medicina.

—¿Qué te pasa? Tú nunca haces pellas —me preguntó después de quitarse las botas y de tirarse en mi cama.

—Están todos locos —contesté yo.

—¿Qué hay de nuevo?

—Estuve en casa de mi padre. Se ha echado una novia negra.

—¿Qué quieres decir?

—Una mujer de piel oscura. Se llama Alicia.

—¿Y? —preguntó Petrowna—. ¿Es que nunca habías visto a una negra?

—No en mi casa.

—No era tu casa. ¿Y qué me dices de Amelie?

Me rasqué la cabeza al oír esa pregunta. Amelie se sentaba justo detrás de mí en clase y siempre me daba algún trocito de las zanahorias que su madre, que era de Kenia, le preparaba todas las mañanas para el recreo. A veces se sentaba a mi lado cuando Petrowna no tenía tiempo de holgazanear conmigo.

—Amelie no cuenta —dije—. La conozco de toda la vida. Esa mujer tiene un rollo con mi padre.

—Pues dilo así, pero no comiences diciendo de qué color es su piel.

—Eres una quisquillosa.

—Y tú, una racista.

—Corta el rollo, Petrowna. Imagínate que me dan un hermanito africano.

—¡Qué monada! —dijo Petrowna.

Estábamos en la cocina y nos habíamos preparado cada una una taza de zumo caliente con el limón que había traído Petrowna. Y en cada taza habíamos disuelto una aspirina. Petrowna decía que era bueno para la circulación y para los resfriados, aunque no los tuvieras. Las tazas estaban tan calientes que tuvimos que ponerlas a enfriar en el alféizar de la ventana, donde las veíamos humear.

Petrowna cogió su taza y dio un sorbo. Después me miró por encima del borde.

—¿Por qué dices lo del hermanito? ¿Es que ya está embarazada?

—El libro dice que sí —musité—. Y yo ni siquiera sabía que mi padre tenía una novia. No nos lo había dicho, ¿entiendes? Pensé que simplemente no aguantaba más a mamá y que por eso se había mudado. Este libro me ha descubierto más cosas sobre mi padre que las que me ha contado él.

Al parecer a Petrowna ya se le había ido del coco lo del libro. Lo saqué y lo sacudí delante de sus narices. Soltó un suspiro.

—¡Ya estás con ese maldito libro!

—¡Es un libro enfermizo! —exclamé.

—Pues entonces, quémalo.

Pero también me daba miedo hacerlo.

Como seguía sin comprenderme, me senté a su lado e intenté explicarle todo desde el principio. Muy despacito. Le expliqué que en aquella lectura Leah había leído cosas que me habían mosqueado. Detalles de mi vida. Frases que yo decía o, incluso, pensaba. Y que en su libro describía a una chica que era exactamente como yo. Los padres se separaban. El padre estaba con una americana que en el libro se llamaba Tricia y tenían un niño. La madre de la chica estaba a punto de morir de inanición.

Los ojos de Petrowna brillaban de curiosidad.

—¿Y salgo yo también?

—Hasta ahora no. Solo he leído el principio.

—¿Por qué?

—¡Porque estoy muerta de miedo! Todo lo que leo sucede. Así que he pensado que si no lo leo, quizá no suceda.

—No entiendo nada —dijo Petrowna.

Tengo que decir que Petrowna no solo entendía siempre todo, sino que además lo cazaba al vuelo. Mi madre la consideraba una asocial por las peleas que tuvimos en primero, pero ya por aquel entonces Petrowna era diez veces más lista que yo.

Y mi madre no quería darse por enterada. Más bien se había quedado impresionada porque Petrowna dijo en primaria que su padre era oficialmente cocinero, pero en realidad se dedicaba a vender drogas. Eso es lo que me contó, y yo cometí el error de preguntarles a mis padres si las drogas también podían comprarse en una droguería.

El padre de Petrowna llevaba unas gafas de cristales muy gruesos, y, al verle, uno tenía la sensación de que en caso de necesidad sería capaz de construir una bomba con un hervidor de huevos. El caso es que a partir de lo de las drogas no solo me prohibieron que trajese a casa a Petrowna, sino también que me acercase a la suya.

Mi amiga no llevaba unas gafas como las de su padre, pero era listísima. En el colegio sacaba un sobresaliente tras otro, tanto si estudiaba como si no. Pero está claro que nunca había leído un

libro sobre sí misma, por eso ahora parecía corta de entendederas. Cuando uno no ha vivido esa experiencia en carne propia, no puede entenderlo.

—¿Alguna vez has tenido entre tus manos un libro? ¿Antes de este, quiero decir? —preguntó Petrowna con una risita maliciosa.

Su pregunta me puso de mal humor. Me recordaba las conversaciones que teníamos a veces cuando oscurecía y no nos podíamos ver bien. ¿A qué chico te gustaría besar? ¿A qué chica? ¿Cuál es la última película que te ha hecho llorar? ¿De verdad que nunca has leído un libro?

Intenté recordar.

—Mi padre me leía cuentos cuando era pequeña. Pero eso seguramente no vale. En el colegio una vez leímos uno, algo de Hitler.

—¿Y tú sola? ¿En casa?

—Ya lo sabes. Nunca tenía tiempo —dije.

—¿Y qué tenías que hacer?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? Pues, oír música. Montar a caballo. Hacer gimnasia. Salir contigo. Tú siempre estabas conmigo.

—De todos modos estoy alucinada —dijo Petrowna—. Dame ese libro enfermizo, lo leeré por ti.

En un primer momento me pareció un ofrecimiento muy amable por parte de Petrowna. Un verdadero sacrificio. Pero después pensé que no sería lo correcto. Lo leería y se enteraría antes que yo de las cosas que iban a pasarme. No quería que eso sucediera. Si una de nosotras tenía que leerlo, esa era yo. No debía dejarlo en manos de otra persona.

—Quizá ahí pone que voy a morir —dije yo.

Petrowna enseguida quiso abrirlo por la última página, pero se lo quité de las manos.

Puse el libro de nuevo debajo de la almohada y me senté encima. Petrowna me miró con expresión compasiva.

—En breve dejarás de ser una pobre hija única mimada —anunció—. Siempre habías querido tener hermanos.

—Hasta que conocí a los tuyos —contesté.

Eso era mentira. Aunque la verdad es que nunca he sabido exactamente cuántos hermanos tiene Petrowna, porque me hago un lío con todos sus hermanos y primos. Pero Petrowna no solo tiene en su casa a algunos chiquillos insoportables que le arrancan las hojas del cuaderno de geografía para hacer aviones de papel. Cuando éramos pequeñas, de vez en cuando la recogía del colegio un chico joven llamado Timur. Siempre que aparecía Timur yo me apartaba de Petrowna, porque tenía miedo de hacer alguna estupidez y de que siempre me recordase como una ridícula niña con las mejillas rojas como tomates.

Cuando estaba en primero, Timur me parecía un gigante. Ahora es Petrowna la que me parece gigante, y ya hace mucho tiempo que nadie viene a recogerla al colegio. Así que hace mucho tiempo que no veo a Timur. Una vez que le pregunté por él, Petrowna me dijo que estaba estudiando para convertirse en un terrorista de esos que ponen bombas. En mi interior deseé que sus pestañas infinitas no se chamuscasen si algo le salía mal.

Al día siguiente volvimos a tener las dos primeras horas libres. Por suerte me enteré en el

último momento gracias al chat de la clase. Así que pude dormir un rato más, cosa que necesitaba con urgencia porque me había pasado de nuevo toda la noche luchando contra el libro. Leí cinco páginas más y después no podía conciliar el sueño. Y apenas me había dormido, me despertó el ruido de la aspiradora.

Salté de la cama y corrí escaleras abajo hacia la cocina. Estaba dispuesta a soltarle un grito a la primera persona que me saliese al encuentro. En el pasillo que hay justo delante de la puerta de la cocina, divisé de nuevo esas gruesas piernas, esta vez embutidas en unos *leggings* de color negro. El tubo de la aspiradora emitió un ruido metálico, seguro que acababa de succionar mi pendiente favorito.

—¡Buenos días, niña de papá!

—¿Qué hace usted aquí?

—Papá enviarme. —Marija me sonrió y siguió pasando la aspiradora.

Me refugié en la cocina y cerré la puerta. Entonces me di cuenta de que no estaba sola. Mi madre estaba sentada a la mesa, en camiseta y con un tanga de color rojo bebiéndose un café. En su mano se balanceaba el sobrecito de sacarina.

—¡Mamá, estás despierta a estas horas! —Miré avergonzada sus piernas flacas y azuladas, una cruzada sobre la otra—. ¿Qué es este follón?

—Un regalo de tu padre. —Mi madre bebió un sorbo de café y alzó la vista hacia mí—. Porque le has dicho que ya no estoy en condiciones de cuidar de ti y de la casa.

—¡Yo no dije eso!

—Está bien. Es la verdad. —Y echó una mirada melancólica a su taza.

Yo me serví un vaso de agua, inspeccioné desesperada la nevera y me senté enfrente de ella mientras el estómago me rugía.

—Va a venir cuatro veces por semana —dijo mi madre en tono quejumbroso, como si se hubiera muerto alguien.

—No será verdad.

—Sí. Va a limpiar, a cocinar y a planchar.

Yo pensé que en realidad aquello no era ningún disparate. Quería tener otra vez mis cosas limpias y quería comer algo más que barritas de chocolate, zanahorias de Amelie o aspirinas de Petrowna.

—Mamá —dije—. ¿Cuándo fue la última vez que leíste un libro?

Suspiró.

—Hace ya bastante tiempo. Apenas lo puedo recordar. Era más joven que tú.

—¿Y qué libro era?

—*Hanni y Nanni*. Y después leí otro. Sobre el amor.

—¿Y alguna vez tuviste la sensación de que ese libro hablaba de ti?

Se encogió de hombros.

—Más bien era al revés. Yo quería ser la persona que vivía todas esas cosas maravillosas.

—¿Y si fuera al revés? ¿Que lees un libro y en él se describe tu vida?

—Nunca he oído nada parecido —respondió mi madre—. Para eso tienes que ser famosa o algo así.

¿Es que yo era famosa? No, que yo supiera. Era obvio, no entendía en absoluto de lo que le

estaba hablando. Y mejor que no intentase aclarárselo. Si hasta Petrowna tenía dificultades para entenderlo, mi madre no lo entendería ni por asomo.

—Deberías comer algo, mamá —le dije.

—Lo haré —contestó mecánicamente. Eso era lo que contestaba siempre.

Quizá le vendría bien vestirse y salir de casa, pensé. Pasear o comprarse ropa o hacer deporte. Lo que solía hacer cuando papá aún vivía con nosotras. Recoger zapatos de invierno y ropita de bebé para los refugiados. Tomarse un café en alguna terraza antes de que empezase a hacer frío. Me estaba imaginando qué vestido debía comprarse mi madre cuando se dio la vuelta.

—¿La has visto?

—¿A quién?

—A la nueva.

Al principio pensé en hacerme la tonta. Pero hubiera sido cruel obligar a mi madre a explicarme cosas que yo había comprendido sola hacía ya tiempo. Mejor dicho, con la ayuda del libro. Por supuesto se refería a Alicia.

Miré hacia otro lado y asentí.

—¿Y? ¿Qué aspecto tiene?

—Marrón.

—¿Cómo dices?

—Marrón.

Mi madre parpadeó.

—¿Te refieres al color de la piel?

—¿A qué si no?

—Seguro que es joven y guapa —dijo mi madre.

—Tú eres más guapa —mentí—. Y sobre todo más delgada.

Mi madre esbozó una amplia sonrisa.

En clase de lengua la señora Meier quería hablar sobre la lectura.

—Vuestras impresiones, por favor.

Muchos levantaron la mano. Yo miré preocupada mi mochila, que estaba abierta, por si alguien había podido ver desde fuera qué libro había dentro.

—Silas, ven a la pizarra y escribe las opiniones —ordenó la señora Meier.

Silas saltó por encima del pupitre, buscó largo rato el rotulador y se puso en posición junto a la pizarra blanca.

—Aburrido.

—Una mujer extraña.

—No entendí nada.

—No tan rápido —dijo Silas.

—Cosas de chicas.

—No es verdad. Yo soy una chica y, sin embargo, me quedé dormida.

—No se le entendía nada.

—Era tan fea que no podía ni escucharla.

Petrowna sacó su teléfono e hizo rápidamente una foto de las palabras de la pizarra. Después

levantó la mano.

—¿Sí?

—Yo también tengo una pregunta —dijo Petrowna, arrastrando las sílabas—. ¿Hay alguna razón en especial por la que fuimos a esa lectura?

—Las demás ya estaban llenas —dijo la señora Meier—. Me enteré tarde de que era la Semana del Libro.

Se volvió a la pizarra y la contempló unos instantes.

—Unas críticas abrumadoras, ¿verdad? ¿Te sientes mal, Kim Josephine?

Me pilló desprevenida. Me sentía mareada y tenía náuseas, pero creía que nadie lo notaría.

—Estoy bien —dije con voz ronca.

—Vaya, es una pena —dijo la señora Meier, que se había vuelto a poner sus gafas para mirar la pizarra—. No me gustaría que esas opiniones se quedasen así. Tenemos que darle una oportunidad al libro y leerlo hasta el final.

Del susto me sentí aún peor.

—NOOOOOOOOOO —gritaban todos. Yo también me puse a gritar.

—¡SILENCIO! —chilló la señora Meier aún más alto—. No tenéis que leerlo todos. Lo hará uno. Y después dará una charla sobre el libro. Contará como un tercio de la nota en el examen oral. Se puede conseguir un ocho fácilmente. ¿Qué me decís? A algunos les vendría muy bien.

La clase se quedó en silencio. Yo estaba a punto de desmayarme. Entonces levanté la mano.

—¡Yo!

—¿Kim Josephine? —La señora Meier me miró con buenos ojos—. Me di cuenta enseguida de que te había gustado. Incluso me imaginé que te gustaría leer el libro. Por supuesto es algo estupendo. ¿Alguien más quiere colaborar?

Miró a Petrowna, como si fuésemos hermanas siamesas. Mi amiga me lanzó una mirada interrogante. Negué con la cabeza. Estaba tan concentrada en Petrowna que no me di cuenta de nada más.

Por eso tampoco tuve oportunidad de defenderme. Cuando la señora Meier dijo: «Muy bien, Jasper», ya era demasiado tarde.

Tenía unas ganas tremendas de estampar el maldito libro contra la cabeza de Jasper.

—¿Tú de qué vas? ¿Por qué te metes en esto? —le solté entre dientes cuando se me acercó con una sonrisa durante el recreo.

—Yo también quiero un ocho fácil.

—Pues búscatelo en otra parte.

—El libro no es solo tuyo —protestó Jasper.

—Claro que sí —intervino Petrowna, que estaba a nuestro lado y nos miraba desde las alturas—. En cierto modo sí lo es.

Resumiendo: no podía evitar que aquel idiota hiciese el trabajo conmigo. Lo cual echaba por tierra todos los planes que tenía para ocultar el contenido de la novela a toda la clase. Le propuse a Jasper que me dejase leerla a mí y confiase en lo que yo contara sobre el libro. Pero, curiosamente, no quería. Y eso que se habría ahorrado un montón de trabajo.

Además yo ya tenía el libro, pero no quería que lo supiera. La señora Meier dijo que el

colegio compraría un ejemplar para la biblioteca y lo podríamos sacar.

—¿Y leerlo entre los dos? Una página yo y una página él, ¿o qué?

—Eso lo podéis decidir entre los dos de manera responsable —respondió la señora Meier—. No entiendo tu escepticismo con tu compañero, Kim. Por favor, ya no sois unos críos. Estáis en condiciones de poneros de acuerdo y colaborar.

Y lo que era aún más triste: últimamente Petrowna se negaba a comprenderme. Decía que desde esa lectura yo ya no era la misma de antes. Y que no podía apoyarme si yo no le dejaba ni ojear el libro. Tal vez no me entendería hasta que no lo leyese.

—Tú lo tienes muy fácil, porque no sales en él —comencé a decir, y de repente me quedé callada. ¿Cómo podía yo saber que no salía en la historia? ¿Acaso la chica del libro no tenía amigos? Tal vez no había leído lo suficiente. De todas maneras no me quedaba más remedio que seguir leyendo porque tenía que hacer el trabajo.

Solo faltaba que Jasper lo leyese antes que yo.

Le dije que me avisara cuando lo hubiera terminado y después invité a Petrowna a Starbucks para que recuperase el buen humor.

Nos quedamos paradas frente al escaparate de la librería. En realidad fui yo la que se detuvo porque vi mi libro en el escaparate. Saltaba inmediatamente a la vista. Hubiera querido entrar y comprarlo de nuevo para que nadie lo cogiese y pudiera leer mis más íntimos secretos. Pero después me di cuenta de que así no solucionaría el problema. Seguro que no era el último ejemplar que había en el mundo. Y no tenía suficiente dinero como para comprarlos todos. Quizá ni siquiera mi padre lo tenía, y en todo caso no me lo daría porque últimamente parecía estar ahorrando.

Entonces se me ocurrió una idea del todo nueva.

—A lo mejor me conoce —pensé en voz alta—. Quizá conoce a alguien de mi familia.

—¿Quién? —preguntó Petrowna.

—Leah.

—Pues pregúntaselo —dijo Petrowna.

—¿Y cómo lo hago?

—Pregunta por su dirección en la editorial.

Con Petrowna las cosas siempre sonaban muy sencillas, y es que se las sabía arreglar en la vida mucho mejor que yo. Pero en realidad se me tendría que haber ocurrido a mí.

—¿Y cómo encuentro la editorial?

—Por Dios, cariñito —dijo Petrowna—. ¿Es que tu papá no te ha contratado internet?

De repente me sentí muy estúpida. Pero en general no era estúpida, al menos no en las cosas que controlaba.

—Me voy a informar —dije—. Encontraré la editorial y le preguntaré todo a Leah.

—Hazlo, cielo —dijo Petrowna—. Pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Antes de nada, léete el libro hasta el final.

4

Mi madre abrió los ojos de par en par cuando le dije que iba a recibir una visita. De un tal Jasper.

—Oh, ¿un chico?

—No, mamá, un pececillo de colores.

Deseé que cambiase de expresión, pero por fin había una expresión en su rostro. Eso ponía justo en el libro de Leah: «Finalmente en el rostro de mi madre volvía a haber una expresión». En la novela, el chico se llamaba Jonathan. En cuanto apareció ese personaje la historia, se volvió tan aburrida que casi me asfixio.

—No es lo que piensas, mamá —le dije.

—Pues claro que no —contestó, guiñándome un ojo.

Por suerte la casa estaba recogida. Marija, la señora de la limpieza, había limpiado la cocina, había lavado la ropa sucia y en la vitro había una cacerola con un guiso. Un regalo de mi padre que humillaba a mi madre, pero a mí me llenaba la barriga. En mi habitación, Marija había sacado las bragas sucias de debajo de la cama y había pasado la aspiradora por la alfombra. Así que ya no me daba vergüenza invitar a Jasper. Y él hizo como si estuviera ansioso de reunirse conmigo.

¡Si pudiera sobreponerme y seguir leyendo el libro! Pero no lo conseguía. Tras leer cuatro páginas, estaba bañada en sudor y sabía que me esperaba de nuevo una noche de insomnio en la que en mi cabeza estarían dando vueltas todas las cosas que le habían pasado a la chica de la novela.

Por supuesto mi madre no se quitó de en medio cuando Jasper llamó al timbre.

—¡Es para hacer un trabajo, mamá! —repetí, pero ella no paraba de sonreír. Por lo menos sonreía de nuevo.

Jasper estaba ya en el vestíbulo y le dio la mano. Llevaba una camisa bien planchada y tenía un aspecto muy diferente a cuando lo veía en el colegio. Solo su sonrisa era la misma.

—¿Queréis estar en la cocina o en el salón?

Por supuesto, yo prefería mi habitación. Pero entonces mi madre nos miraría de una manera más elocuente aún.

—En la cocina —dije—. Pero necesitamos tranquilidad, ¿vale?

No nos dejó en paz hasta habernos ofrecido a Jasper y a mí un zumo y haber cortado en trocitos, y colocado decorativamente en un plato, las manzanas que había comprado Marija.

—Gracias, mamá.

Cogió un paquete de galletas de chocolate caducadas del armario y las puso en un bol.

—¡GRACIAS, MAMÁ!

—¡Vale, ya lo he pillado!
Por fin se fue de la cocina.

Me había propuesto firmemente ser amable con Jasper. Estábamos en el mismo barco, así que teníamos que encontrar la manera de colaborar. Tal vez mis preocupaciones eran totalmente innecesarias y al leer no se daría cuenta de que el libro trataba de mí. Al fin y al cabo apenas me conocía. Sabía tan poco de mis pensamientos como de la segunda primavera de mi padre y de otras cosas que, últimamente, me estaban pillando por sorpresa. Así que intenté relajarme para llegar a un acuerdo con Jasper sobre las tareas de cada uno.

Lo que no entendía era por qué me miraba tan fijamente todo el rato. Lo hacía cada vez que no lo estaba mirando, cuando intentaba hacer un esquema del trabajo y reflexionaba durante algunos minutos sobre lo que íbamos a escribir en la hoja, aparte de «Trabajo» y de la fecha. O cuando iba a buscar un vaso porque quería beber agua. Al final no pude contenerme.

—¿Qué pasa? ¿Es que tengo granos en la cara o es que me crecen flores en las orejas?

Jasper se puso rojo como un tomate.

—No... Es que... eres muy guapa.

—¿Qué? —El vaso de agua casi se me cayó encima de su cuaderno—. ¿Estás flipando?

—No. En serio. Lo siento.

Primero sentí ganas de ir corriendo al baño para mirarme la cara. Tal vez estaba diferente desde que me la había visto al lavarme los dientes por la mañana. Pero conseguí quedarme en mi sitio. Jasper cogió su cuaderno y se puso a garabatear en él como un loco, como si de repente se le hubieran ocurrido mil ideas geniales.

—No has dicho nada, ¿verdad? —le pregunté tras unos breves instantes.

—No —respondió enseguida—. No he dicho nada de nada.

—Han sido imaginaciones mías, ¿verdad?

—Eso, exactamente —dijo él con los ojos fijos en los cuadraditos del cuaderno.

Pero, por supuesto, no me lo había imaginado. En los últimos tiempos dudaba demasiado a menudo de mis facultades mentales. Vale, no iba bien en el colegio, no leía libros, de pequeña había coleccionado unas pegatinas supercursis con ponis y había pegado los mocos en las paredes, pero desde luego una cosa no era: estúpida. Al fin y al cabo Petrowna era mi mejor amiga y lo que ella más odiaba era a los duros de mollera. Una vez en segundo volcó su pupitre porque no podía soportar que la clase tardase tantas horas en aprender la tabla de multiplicar. La única vez que me tiró de la silla fue porque estaba tardando demasiado tiempo en copiar en mi cuaderno el dibujo de una célula que había hecho ella ya en el suyo. Así que yo no debía de ser tan torpe y seguro que era capaz de distinguir lo real de lo no real.

—Esta reunión no tiene ningún sentido —dije—. Tú todavía no te has leído el libro. Y yo solo una quinta parte. Estamos perdiendo el tiempo. No podemos preparar el trabajo si no sabemos lo que pasa en la novela.

—Entonces vamos a leerlo juntos —respondió Jasper con una amplia sonrisa.

—Yo no puedo leer con alguien a mi lado —dije—. Vete a tu casa.

Me dirigió una mirada tan triste que me dio pena. Cuando no sonreía, se parecía un poco a Bambi, y yo me sentía como el cazador malo que mata a su madre. Así que me subí a Jasper a la habitación y nos tumbamos en la cama a ver varios capítulos de *Orphan Black*, pero todo el rato

tuve mucho cuidado de que al menos hubiera medio metro de distancia entre los dos.

Cuando finalmente se fue (tuve que echarlo literalmente de casa e, incluso, cuando ya estaba saliendo sus suelas parecían estar pegadas a nuestras baldosas), ya no pude aplazarlo más. No podía permitirme que el libro me adelantase y me pillase desprevenida todo el tiempo. Tenía que leerlo todo, hasta la última página. Quería saber lo que me esperaba.

Lo abrí y busqué el párrafo en el que me había quedado. El libro me empezó a contar lo que yo ya sabía. El compañero con el que me condenaban a hacer el trabajo estaba totalmente colado por mí. Y yo, en la novela, me sentía justo igual de horrorizada que en la realidad. Nunca había tenido nada en contra de Jasper, incluso me parecía uno de los chicos más agradables. No nos chinchaba, no daba empujones y en general era un tío agradable y sencillo. No tenía granos virulentos y seguro iba bastante bien en el cole, tampoco lo sabía con certeza, nunca me había llamado especialmente la atención.

El libro me ponía de los nervios porque hablaba muchísimo de Jasper, que se llamaba Jonathan. No era una historia tan emocionante, la verdad. ¿Por qué el libro me robaba tanto tiempo con detalles sin importancia en lugar de ir directo al grano? Esa era exactamente la razón por la que de pequeña leía solo cómics y luego me había dedicado de lleno a escuchar música. Una canción de tres minutos se terminaba exactamente a los tres minutos, y uno no tenía que ponerse a pensar lo que iba a pasar después. Al leer, por el contrario, tenía la sensación de que todo se podía resumir en una frase, pero que esa frase, por razones incomprensibles, se extendía a lo largo de varios cientos de páginas, hasta que el cerebro se te quedaba hecho papilla. Tal vez a algunas personas les gustase, pero yo nunca había tenido la suficiente paciencia.

Me sentaba fatal que la dichosa Leah me robase el tiempo de aquella manera. Además de haberse apropiado de mi vida, en vez de contar las cosas más importantes de una forma directa, daba rodeos y se empeñaba en inventarse estúpidas intrigas. Y encima sabía perfectamente que no me interesaba nada Jasper-Jonathan. Ella misma lo había escrito.

Cuando perdí la paciencia con la historia, hojeé un poco más adelante para ver si realmente iba a tener un hermanito, y si era así, si iba a ser una niña o un niño. Pero no encontré el pasaje correspondiente y aquello me confundió aún más. Después volví para atrás de nuevo porque tenía miedo de haber pasado algo por alto. Al final estuve cuatro horas seguidas inclinada sobre el libro. Eso no me había pasado nunca en toda mi vida.

Cuando por fin lo cerré, tenía dolor de cabeza y los ojos me dolían como si alguien me hubiera echado encima un cubo de arena. También sentía náuseas. Así que eso es lo que pasa cuando lees, pensé llena de odio. Uno se esfuerza, solo desea fervientemente llegar al final y entonces te quedas con cara de tonto.

Pero una cosa me había quedado clara: Leah tenía sus razones para describir a Jonathan desde el principio con todo lujo de detalles. No se trataba solo de llenar páginas. Tenía un objetivo tan terrible que no quise pensar sobre ello durante un buen rato. Al día siguiente, tal vez. Ya se había hecho tarde, apenas podía mantener los ojos abiertos y el estómago me rugía.

Fui a la cocina a ponerme un plato más de estofado, me lo comí todo y lo dejé en el alféizar de la ventana. Intenté ver un rato *Orphan Black*, pero no lo conseguí, porque tampoco era capaz de seguir el argumento.

Me tumbé vestida en la cama y me quedé profundamente dormida.

Mi primer pensamiento por la mañana fue llamar a Petrowna. Seguía teniendo la cabeza embotada. Pero mi amiga había dicho una vez que hoy en día las personas educadas no llaman por teléfono porque no quieren agobiar a nadie. No tengo ni idea de dónde saca a veces esas maneras tan aristocráticas, ¿tal vez de su familia kirguís-turca?

La gente educada se cita por WhatsApp para telefonarse, había dicho Petrowna, excepto que sea cuestión de vida o muerte. Y no era cuestión de vida o muerte, al menos no de la mía ni de la suya. Y de solo pensar en más letras me sentía mal, así que no quería escribirle nada. Tal vez tampoco sabía lo que quería escribir en realidad.

Nos encontramos como siempre en el metro, y yo seguía sin saber cómo se lo tenía que contar. El libro se alzaba como un muro entre nosotras. Caminábamos juntas en silencio con nuestras mochilas, mientras ella iba mordisqueando una barrita de chocolate con aspecto enmohecido que había sacado de la máquina. Justo cuando estábamos a punto de entrar, Jasper pasó a nuestro lado con sus orejas de soplillo y una amplia sonrisa, como si no pudiera imaginarse un comienzo de día más hermoso.

—¡Aquí estás! —me dijo, y Petrowna frunció el ceño. Con su estatura de 1,79 metros y un cociente intelectual de 170 puntos no estaba acostumbrada a compartir la atención de la gente conmigo, por no hablar de quedar totalmente en segundo plano.

Lo saludé inclinando la cabeza. Me hubiera gustado decirle que debía mantenerse alejado. No solo por mí, sino por su propio bien. Sin embargo se puso a caminar detrás de nosotras contándonos algo, aunque no me quedó claro si se refería a un sueño que había tenido esa noche o a una película a la que pensaba ir. Poco antes de entrar en clase, me di cuenta de que se refería a que él también había leído el libro. Y además casi hasta el final. Todavía le faltaban unas veinte páginas. Dijo que no le parecía superemocionante, pero que estaba bien, aunque nadie se lo había preguntado.

—Hasta luego —dije de repente, y me dejé caer en la silla junto a Petrowna. Me di cuenta de que ella también me estaba mirando fijamente.

—¿Qué pasa?

Últimamente se me ponían los nervios de punta con cosas que no tenían nada de extrañas. Las miradas largas y pensativas de Petrowna ejercían en la mayoría de la gente el mismo efecto que el siseo de la serpiente Kaa en *El libro de la selva*.

—Yo también he leído tu libro —me dijo—. Fui a la librería y allí estaba. Me senté en una esquina y me lo leí de un tirón.

Le devolví la mirada en silencio. No quería hacerle preguntas. Aunque normalmente era ella la que aguantaba más tiempo, esta vez se rindió.

—¿Estás segura? —me preguntó.

—¿De qué?

—De lo que dices. De que el libro trata de ti.

—Si lo has leído, te habrás dado cuenta.

—Pues es que yo no estoy segura. —Petrowna se puso a rascar el esmalte negro cuarteado de su dedo índice izquierdo—. A lo mejor es que no te conozco tan bien como pensaba.

—Nadie me conoce mejor que tú —le contesté—. Sí, soy yo. Son mis pensamientos. Mis palabras. Mi vida. ¿Cómo puedes tener dudas?

Se encogió de hombros.

—Desde luego hay un par de paralelismos. Pero la tía de tu libro tiene una amiga íntima muy rara. Es bajita, rica y muy creída. ¿Así es como me ves?

—¡Anda, qué chorrada! —dije. No sabía cómo explicárselo. Naturalmente en el libro no todo era igual al cien por cien que en mi vida. La gente se llamaba de otra manera, tenía otro aspecto y no hacían justo las mismas cosas que en la vida real.

—No es como una foto, ¿entiendes? —le contesté—. Es más bien como... no sé. Un cuadro. Hay otros colores. Todo está en cierto modo distorsionado.

—¿Como en una caricatura?

—Tal vez.

Como si se nos hubiera ocurrido a las dos lo mismo, nos dimos la vuelta para mirar a Jasper, que me estaba sonriendo.

—¿Y qué pasa con él? ¿Se ha reconocido en el libro? —preguntó Petrowna.

—Creo que no. Si se hubiese reconocido, no habría dicho que el libro no le resulta tan emocionante.

—Eso es porque todavía no sabe que al final la palma —dijo Petrowna.

5

Con el tiempo fui notando que empezaba a odiar a Jasper. Aún más que a Leah y su libro. Incluso más que a Alicia. Había muchas cosas fastidiosas en este mundo, pero en la mayoría de los casos no podía hacer nada para librarme de ellas. Con Jasper era distinto. Me ponía de los nervios, pero al mismo tiempo me sentía responsable de su destino. Como si se hubiera puesto a seguirme un cachorrito al que había acariciado una vez y al que, de repente, debía tomar a mi cargo. Pero es que además no podía hacer nada para evitar lo que sucedía en ese libro. Todo era idea de Leah. ¿De dónde me venía esa molesta sensación de responsabilidad?

Lo único bueno era que el muro que se había alzado entre Petrowna y yo desde aquella lectura ya no existía. Me sentía como si de repente me hubiera atacado una enfermedad cuya existencia nadie conocía. Petrowna era la primera que me creía. Que no pensaba que eran imaginaciones mías. Antes de leer el libro me debió tomar por una de esas niñas patéticas que se inventan historias extrañas para hacerse las interesantes.

—Estoy hecha un lío por culpa de tu libro —me dijo.

—¿Pues cómo te crees que estoy yo desde hace días?!

—Sigo sin poder creerme que esa chica del libro seas tú. Es una auténtica locura.

Asentí. También yo tenía esa sensación. Pero algo debía de haber impresionado a Petrowna, a pesar de todas sus dudas, eso se notaba. Cada dos por tres se me quedaba mirando con una expresión extraña y también observaba a Jasper de reojo, como si ya no pasase de mis palabras como antes, sino que estuviera reuniendo pruebas a favor o en contra.

—Habrás que hacer algo, ¿no? —me preguntó al día siguiente en clase de mates justo mientras Jasper se esforzaba en resolver una ecuación en la pizarra.

—¿Pero qué? —susurré.

Petrowna tampoco sabía qué hacer. Pero por lo menos ya no me tomaba por una chiflada.

Al salir del cole me fui a comer con mi padre. Esta vez no estaba tan hambrienta, porque gracias a Marija había suficiente comida en casa. Esa circunstancia, en sí muy agradable, agujoneaba a mi madre, quien de repente había desarrollado un gran celo por la compra de alimentos. Compraba cosas que hasta entonces nunca habíamos tenido en la cocina, como papaya y crema de coco con almendras, como si estuviera compitiendo con Marija: ¿quién conseguirá meter más vitaminas en esta pobre niña de padres separados?

Esta vez Alicia no vino a comer con nosotros. Mi padre me dijo que no se encontraba bien. Que los olores del restaurante indio le molestaban. Asentí con la cabeza, era fantástico saber ya

de qué iba la cosa, para variar. Conocía mejor que mi padre lo que le esperaba, al menos hasta la página 190 con la que el libro terminaba. Ojalá no se le pasara por la cabeza a Leah la idea de escribir una continuación.

Mi padre estaba un poco pálido. Esa nueva responsabilidad parecía pesarle mucho.

Apenas probó su curri, como si él también tuviera náuseas. No le importó que me sirviera de su plato. Al fin y al cabo ya no es tan joven, pensé, se está metiendo en un buen lío. Es culpa suya. Espero que ni se le ocurra pensar que voy a hacer de canguro.

En ese momento me di cuenta de que había leído esas mismas frases en el libro de Leah, e intenté pensar en otra cosa. Pero no lo conseguía por mucho que me esforzaba.

—¿Y qué tal? ¿Va todo bien en el cole? —me preguntó mi padre con aire ausente.

—Sí, sí —contesté automáticamente—. Por cierto, ¿qué tengo que hacer si quiero hablar con una autora?

—¿Con quién?

—Con una mujer que ha escrito un libro.

—Ya sé lo que significa la palabra «autora». ¿Es que has leído un libro?

El asombro lo sacó incluso de sus afligidos pensamientos.

—Vaya... ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada en absoluto —dijo mi padre—. Es que me pilla un poco de sorpresa.

—Pues yo leía antes.

—Sí, me acuerdo. *La pequeña oruga glotona*.

—Estoy haciendo un trabajo para el colegio.

—Ah, claro. —Se reclinó sobre el respaldo de la silla.

—Y quiero hablar con la señora que lo ha cometido... ay, perdón, que lo ha escrito. Quisiera hacerle un par de preguntas. Eso está bien, ¿no?

—Sí, desde luego, es una buena idea.

—Exacto. Pero ¿cómo puedo localizarla?

Ya había buscado el nombre de Leah en Google con Petrowna. Pero entrar en contacto con ella era más difícil de lo que habíamos imaginado. Leah no constaba en la guía telefónica, no tenía Facebook, en Instagram tampoco encontramos su nombre. Lo único que vimos fueron un par de reseñas en algunos blogs literarios, un par de enlaces a críticas en la prensa y la página de la editorial con una foto en la que jamás hubiera podido reconocer a Leah. En ella llevaba el pelo más claro y recogido, tenía la barbilla apoyada en una mano y miraba a la cámara con una expresión de falsa empatía. Al lado estaba escrito lo que ya sabía sobre ella: sus estudios, el desempleo, los libros. Y que vivía en Berlín con su gato. Pero la página de la editorial no decía nada sobre cómo entrar en contacto con ella.

—Debes escribir al departamento de prensa de su editorial —dijo mi padre. Sacó su teléfono móvil, me preguntó por el título del libro y, en pocos segundos, tenía ya la página de la editorial con la foto que ya conocía yo.

—Hasta ahí he llegado —dije.

Con dos clics más mi padre tenía la dirección de correo electrónico del departamento de prensa, y me la pasó. Luego tuvo que marcharse. Al parecer Alicia no podía esperar más.

—Ah, por cierto, felicidades —dijo, después de haber pagado con algo de prisa y de haberse metido en el bolsillo la factura para descontarse los impuestos—. Vas a ser hermana mayor.

Estimada señora Leah Eriksson, escribí mientras Petrowna me dictaba. **He tenido el placer de leer su libro Cosas que nunca sabrás y quisiera hacer una presentación en mi clase como parte de un trabajo para la asignatura de Lengua. Para poder prepararla bien quisiera plantearle un par de preguntas. ¿Cuándo tendría tiempo? Saludos cordiales, Kim Josephine.**

—Nadie escribe correos así —dije al terminar.

Pero Petrowna replicó que yo no tenía ni idea. Dijo que la gente que lee libros también escribe así. Así que copié el texto en un correo electrónico y añadí una frase para el departamento de prensa, pidiendo que se lo enviaran a la excelentísima autora Leah Eriksson. Muchas gracias, saludos cordiales, en espera de su pronta respuesta y todo ese rollo.

—¿Qué te apuestas a que no contesta? —dije justo después de darle a *enviar*—. Parecía tan huidiza... Seguro que no contesta los correos de gente que no conoce.

—Ya veremos —respondió Petrowna.

En los últimos tiempos parecía muy pensativa. No era la primera vez que sus estados de ánimo me confundían, así que esperé a que en algún momento me diera explicaciones. La experiencia me había demostrado que preguntar no servía de mucho. A pesar de su mirada sombría no parecía estar enamorada. Una vez había tenido la misma expresión porque su tía favorita estaba esperando trillizos, y otra vez cuando su prima, que apenas nos llevaba dos años, había sido raptada por alguien que después resultó ser su prometido.

Petrowna me había felicitado oficialmente por el próximo nacimiento de mi hermanito y me había dicho que lo quería conocer en cuanto naciese y cuidar de él. Hablaba de una manera sospechosamente parecida a la amiga del libro. Hasta ella pareció darse cuenta y comenzó a reírse.

La cuestión sobre lo que debíamos hacer con Jasper era más necesaria que nunca.

Él ya había terminado de leer el libro y le había parecido un poco triste y, sobre todo, muy romántico. La protagonista no amaba a aquel chico tan majo y tras su muerte no paraba de hacerse terribles reproches.

—¡Juro que yo no me haré ningún reproche! —le susurré al oído a Petrowna. Aunque las dos hacíamos como si todo aquello fuera increíblemente divertido, no teníamos ganas de reírnos. ¡Si al menos Jasper fuera un tipo asqueroso! Pero no lo era en absoluto.

—Lo más alucinante es que ha leído el libro y no se ha dado cuenta de que habla de él —le comenté a Petrowna.

—Porque el libro no trata de él —contestó—. Él es simplemente un peón, una pieza. Demasiado imprecisa como para reconocerse.

—Es realmente horrible.

—Esa Leah es un monstruo.

De nuevo me había equivocado. Al día siguiente recibí un correo de respuesta firmado por la mismísima Leah Eriksson. Era bastante seco e inexpresivo, pero al fin y al cabo había contestado.

Estimada Kim Josephine. Muchas gracias por tus amables líneas. Me alegro de que mi libro te haya gustado y de que se lo quieras presentar a tus compañeros. Estoy a tu disposición para contestar a tus preguntas. Escríbemelas por correo electrónico. Pero, por favor, ten en cuenta que estoy muy ocupada. Así que por favor no me preguntes las mismas

cosas que ya he contestado miles de veces en entrevistas. Hazme el favor de buscar en internet para informarte un poco. Y también me agradecería que después me dieras las gracias. Cordialmente, Leah Eriksson.

—¡Qué tía tan tonta! —exclamé mientras Petrowna me quitaba de las manos el móvil y escribía: **Muchas gracias por dedicarme su tiempo. Sin embargo, me gustaría conocerla personalmente. Podemos quedar a charlar en un café, con mucho gusto la invitaré.**

—¡Jo, encima la tengo que invitar! —grité mientras Petrowna apretaba la tecla de *enviar* con la mayor sangre fría.

La reacción llegó enseguida. Decía que lo sentía mucho, pero que no tenía tiempo para citas. **Cordialmente, Leah Eriksson.**

—¿Cómo se puede ser tan arrogante? —bramaba fuera de sí Petrowna—. Al fin y al cabo somos sus lectoras. Aunque no de manera totalmente voluntaria. Si alguien leyese un libro mío y encima me quisiera invitar a un café, yo le besaría los pies.

Y escribió una vez más algunas frases aduladoras para intentar convencerla, le propuso esto y aquello y alabó todos los libros de Leah de una manera tan exagerada que parecía estar hablando de *Juego de tronos*, pero no sirvió de nada. La estúpida autora no volvió a contestar.

6

El mes siguiente pasó volando.

Nuestra casa había vuelto a ser un lugar habitable. A mamá le daba vergüenza estar mirando las musarañas mientras Marija limpiaba sin parar a su alrededor. Redujo el trabajo de Marija a dos días, lo cual significaba que yo tenía que ocuparme de nuevo de meter mi ropa en la lavadora y, a veces, incluso de tenderla.

Siempre tenía que llamar a Petrowna y preguntarle en qué cajón se ponía el detergente, porque se me olvidaban de inmediato las instrucciones de mamá. Petrowna me dijo que tenía que echar tres vasos de detergente directamente en el tambor de la lavadora, lo cual me pareció extraño, pero de todos modos lo hice.

Cuando mis camisetas aparecieron llenas de manchas blancas y en mi desconcierto le mandé una foto a Petrowna, se puso de repente como una fiera.

—¿Me vas a preguntar también cómo se limpia el polvo? ¿Solo porque mi madre es señora de la limpieza? No tengo ni idea de cómo se lava la ropa, en mi casa lo hace mi prima, yo solo he leído un libro sobre el tema, pero es un libro muy viejo.

—¿Señora de la limpieza? —le pregunté con asombro—. Pensé que tu madre se dedicaba a lavar los cadáveres del tanatorio y vendía clandestinamente los órganos a la mafia.

—Por eso la han echado. Los familiares se quejaron.

Y acto seguido Petrowna desconectó, como si hubiera herido sus sentimientos.

Entretanto mi madre se había apuntado a un curso de yoga. Quizá a dos, porque se pasaba todo el tiempo vestida con ropa de deporte de color fucsia y una cinta en la frente. Mientras hablaba con ella, en medio de la conversación se ponía a cuatro patas y estiraba el trasero hacia arriba. Al parecer esa obra de arte se llamaba «el perro que mea», o algo así.

—Con esa ropa pareces salida de uno de esos vídeos antiguos de aeróbic —le dije—. De esos que yo miraba de pequeña cuando no había dibujos animados en la tele.

—¿Tú crees? —O bien mamá se estaba sonrojando de alegría o la sangre se le estaba agolpando en la cabeza a causa de la postura. Probablemente eran las dos cosas a la vez.

Pero aquel cambio me agradaba. Cualquiera cosa mejor que una madre que se pasa el día tirada sin hacer nada y que pesa los copos de avena de uno en uno. El libro de Leah ya me había dado a entender que mamá se recuperaría, porque la madre de la protagonista conoce en el último tercio del libro a un hombre que cocina cosas riquísimas para todos. Así que mi casa ya no me resultaba tan deprimente.

—Ya puedes estar contenta de haberte topado con el libro de Leah —me dijo Petrowna cuando

le conté lo de las dos madres y comparé a la mía con la de la novela—. En los libros infantiles modernos la mayoría de las veces los padres se matan.

Por ahora en nuestro hogar, al contrario que en el libro de Leah, no había ningún hombre nuevo, y menos en la cocina. La cocina estaba ocupada, lamentablemente, por mi madre. No solo había vuelto a hacer la compra, sino que también había vuelto a cocinar, y por desgracia comida vegana. En nuestra nevera se apilaban frascos de cristal con una masa extraña de color marrón que al parecer era increíblemente sana y que parecía un extraterrestre convertido por error en puré. En el cajón de las verduras había una col rizada que mamá llamaba kale. Por las mañanas hacía un batido de col con jengibre y plátano y regularmente intentaba endilgarme un vaso. A veces de puro terror a esa col verde me tenía que comprar ya a primera hora de la mañana un kebab. Mamá decía que la carne envejece y el kale rejuvenece y te da salud.

—Vale —contestaba yo—, pues entonces en breve yo pareceré más vieja que tú. Por mí genial.

Mi padre apenas tenía tiempo para mí. Mi hermanito o hermanita ni siquiera había nacido y ya necesitaba toda su atención.

—Así son las cosas —dijo Petrowna—. Tienes que esperar a que tengan tres niños más que se pasen todo el día gritando mientras él se va de viaje de trabajo con su secretaria. Entonces tu padre volverá a acordarse de ti y como tendrá mala conciencia te comprará un descapotable. Pero hasta entonces tienes que aceptar que prácticamente eres medio huérfana.

Alicia seguía mal, tenía que estar echada y probablemente le pedía a mi padre que se echase con ella. Yo le enviaba mensajes para animarle: **Créeme, todo irá bien, lo sé.**

En ese aspecto confiaba ciegamente en Leah. En el libro no había ninguna sorpresa desagradable para mi padre. Así que no tenía la menor preocupación ni por él ni por su familia.

Mi problema era Jasper.

No hizo tantas tonterías guiado por sus sentimientos como yo me tenía al principio. Primero había intentado enviarme mensajes fuera del grupo de WhatsApp de la clase. Me preguntaba si había visto tal película o si podíamos ir a tomar un helado juntos, pero yo le ignoraba. Así que dejó de hacerlo. En ese sentido era más listo que Jonathan, el del libro, que ponía su corazón a mis pies para que lo pisotease. Así era como se expresaba. Petrowna dijo que cuando la gente hablaba tanto de sus órganos se sentía como si estuviera en la carnicería.

Pero por suerte el Jasper auténtico no mencionaba su corazón. Simplemente clavaba sus ojos en mí, lo podía percibir claramente. Cuando me daba la vuelta, me sonreía. Se ofreció para ayudarme en matemáticas, como si yo no tuviese a Petrowna. Me invitaba a su bocadillo en el recreo, cuando yo tiraba ostensiblemente el mío a la papelera, relleno de esa masa marrón y de kale. Hasta Petrowna, que siempre estaba hambrienta, se negaba incluso a olerlo.

Aparte de eso, Jasper me dejaba tranquila. Por eso a veces tenía la sensación de que yo me interesaba más por él que él por mí. Cuando dejó de enviarme mensajes, algunas tardes le escribía: **¿Cómo va todo?** O a veces le mandaba tan solo un par de emoticonos sonrientes.

Pero en la escuela seguía sin hablar con él. Simplemente me cercioraba día tras día de que estaba ahí. No fuera a morirse antes de tiempo. No es de extrañar que se sintiera un poco confundido.

Y entonces, una mañana Jasper no vino a la escuela. El corazón se me paró. Cogí el teléfono y

me puse a escribir. Por desgracia teníamos clase de matemáticas y el señor Schmechel era de los que se enteraban de todo. Se rio en mi cara y me quitó el móvil. Me dijo que lo podría recoger luego en la secretaría.

Eso no me había sucedido nunca. En el colegio todos teníamos el móvil entre las manos, pero solo pillaban a los tontos. La normativa decía que la secretaría no me devolvería el teléfono hasta pasada una semana. Así que tenía que inventarme una excusa para que la secretaria del colegio, la señora Nowotny, me lo devolviese inmediatamente. Primero pensé en contarle que iba a tener un hermanito y que por eso siempre debía estar conectada. Casi era verdad. No había necesidad de decirle que el hermanito apenas tenía el tamaño de un pepinillo.

Después pensé que si tenía que hacer el ridículo lo iba a hacer del todo.

—Es que estoy preocupada por Jasper —le dije a la señora Nowotny—. No ha venido hoy al colegio. Le he preguntado dónde estaba y no me ha contestado, ni siquiera ha leído los mensajes. Tiene que haberle pasado algo.

Me guiñó un ojo.

—¿Es que no te ha contado que le iban a sacar las muelas del juicio?

—No. —Sentí un intenso hormigueo en las mejillas pero le mantuve la mirada.

—No seréis ya novios, ¿verdad?

—¡¡No!!

Me devolvió el teléfono con una sonrisita condescendiente.

—No te lo tomes a mal. Los hombres son así. Mi marido tampoco me cuenta nada.

En el libro la desgracia sucedía en el mes de junio durante un pícnic, así que teóricamente todavía tenía tiempo. Pero ¿me podía fiar de esos datos? Petrowna tampoco lo sabía; sin embargo, opinaba que en un libro así no había nada que sucediera por casualidad. No tenía por qué suponer que todo pasaría exactamente igual que en el libro, pero no obstante debía contar con cualquier cosa.

Como no avanzábamos con el tema, Petrowna intentó de nuevo tomar contacto con Leah. Yo ya no me atrevía. Así que llamó a la editorial y escribió algunos correos, pero Leah Ericksson no decía ni pío.

—Qué tía tan chiflada, y qué maleducada —refunfuñaba Petrowna mientras yo tan solo me encogía de hombros.

Jasper y yo dejamos el trabajo en suspenso porque la señora Meier estaba quemadísima en el colegio y le dieron la baja por tiempo indefinido. No teníamos ni el menor atisbo de mala conciencia cuando nos pusimos a celebrarlo. Solo Petrowna torció el gesto:

—Ahora tendremos que pasar el tiempo haciendo juegucitos y dibujitos con los profesores sustitutos.

Pero también el profesor sustituto se puso enfermo, así que teníamos bastantes horas libres.

—Ya que hay que quedarse aquí sentado, vamos a hacer algo divertido —propuso Petrowna. Y al día siguiente se trajo una baraja. Intentó enseñarme un juego que parecía facilísimo, pero que luego tenía un montón de reglas que lo hacían supercomplicado. Siempre se me olvidaba qué carta ganaba a las demás, pero solo si era de un determinado color y estaba a su izquierda.

Al final Petrowna, muy frustrada, tiró las cartas debajo de la mesa.

—Vamos a intentarlo con el ajedrez, eso por lo menos te ayudará en matemáticas.

—Gracias, pero no es necesario.

—¡Pareces tan sexi cuando estás pensativa!

Seguro que lo decía por decir. Pero cuando nos sentamos junto a un tablero de la cafetería para jugar, uno de séptimo vino y nos hizo una foto para el periódico del colegio. Cinco minutos después Petrowna pegó un manotazo a las figuras y me dio permiso para mirar en internet un fantástico tutorial sobre *cupcakes*.

Eso me ayudaba un poco a olvidar el asunto del libro y la muerte de Jasper y todo ese lío. El libro fue a parar bajo mi cama. Al parecer Marija pensó que dos días no eran suficientes para mantener limpia nuestra casa, así que dejó el libro exactamente donde estaba, igual que algún que otro plato sucio y la montaña de clínex usados.

A veces me parecía como si el libro y Leah Ericksson hubieran sido simplemente un sueño. Por ejemplo, cuando me distraía en casa con los nuevos capítulos de *Juego de tronos*. ¿Quién necesitaba libros cuando existían las series? Tampoco le mandaba ya mensajes a Jasper. Ahora era él el que me enviaba de vez en cuando por WhatsApp imágenes enigmáticas, por ejemplo, una pata de gallina y un volcán, pero yo ya no tenía ganas de romperme la cabeza intentando descifrar su lenguaje de signos. Así que decidí dejar de sentirme responsable de su vida. Y en lugar de pensar en Jasper, me dediqué a pensar en Timur, el tío primo hermano de Petrowna.

Le pregunté a Petrowna si Timur ya había terminado su formación de terrorista y si me iba a avisar con tiempo de en qué estación de tren estallarían sus bombas. En realidad quería saber otra cosa bien distinta. Cuando pronunciaba el nombre de Timur sentía un hormigueo en la lengua. Petrowna me miró frunciendo el ceño y me dijo que Timur estaba haciendo unas prácticas en el extranjero. Eso me puso muy triste.

Así que mi siguiente encuentro con Leah Eriksson me pilló totalmente desprevenida.

7

El encuentro no fue con ella en persona, sino solo con su foto en un póster de la librería. Otra vez esa foto tan agradable de la página web de su editorial en la que no parecía ella en absoluto. Bajo la imagen había una nota escrita a mano: *Lectura, martes, 19:30*. Hice una foto y se la mandé a Petrowna.

Como Petrowna es tan lista leyó enseguida la letra pequeña. *Entrada, doce euros por persona*.

Tienes que ir sola, me escribió.

No me puedes hacer esto, contesté.

¡Con doce euros puede vivir mi familia una semana!

Suponía que Petrowna estaba hablando en broma. ¡Pero qué sabía yo sobre la economía de los presuntos narcotraficantes! Hablábamos de casi todo, pero nunca en serio sobre el dinero. El piso de Petrowna era tan pequeño, a pesar de toda la gente que vivía dentro, que tuve que esperar en la escalera una vez que fui a visitarla sin permiso de mis padres.

—Es mejor que esperes aquí —me dijo Petrowna—. Antes de que le pegues un pisotón a algún bebé sin querer.

Pensé que me gustaría invertir ese dinero en ir al cine en vez de en pasar una tarde con Leah Eriksson. El día del espectador estaban incluidas las palomitas.

Al final le saqué el dinero a mi madre. Le dije la verdad, que queríamos asistir a una lectura.

—Claro —dijo ella—, has leído ese libro que llevas siempre bien agarradito. ¿Se trata del mismo libro?

—¿De cuál va a ser? —contesté. No tenía previsto empezar a leer enseguida otro. Con ese me bastaba. Mi madre pagó la entrada de Petrowna sin pestañear. Petrowna dijo que le daba vergüenza, pero quería demostrar su agradecimiento ayudándome a acercarme a Leah y a la verdad.

Por supuesto en la lectura de Leah no había palomitas. Pero por lo menos pusieron un cuenco con palitos salados y gominolas. Petrowna y yo cogimos un montón, aunque a Petrowna le daba un poco de asco porque decía que mucha gente había metido sus manos sucias en el cuenco. La tranquilicé: las gominolas estaban tan gelatinosas que seguramente los gérmenes habían resbalado.

Por inercia nos sentamos en la última fila, lo cual resultó ser una idea estúpida, porque desde allí no podíamos ver ni oír nada. Por supuesto Leah no había aprendido a hablar de forma comprensible y un micrófono hubiera sido algo «demasiado siglo XXI» para aquella librería. No había muchas personas, unas veintitantas, la mayor parte mujeres mayores. Algunas habían llevado

a sus maridos y les daban empujones cuando se ponían a roncar durante la lectura.

—Yo pensé que escribía para gente joven —le susurré al oído a Petrowna.

—Es que hoy en día la gente está totalmente infantilizada —dijo Petrowna en voz demasiado alta, porque uno de los viejos se despertó y le lanzó una mirada furibunda—. Es verdad. Todos leen libros infantiles. Mi abuela se sabe todas las historias de *Crepúsculo* de memoria. Y eso que antes no había leído nada, si acaso la Biblia.

Yo no entendía mucho de lo que Leah estaba contando. En cambio Petrowna se enteró enseguida de que esta vez se trataba de poesía.

—Me van a salir granos —me susurró al oído—. Soy alérgica a todo lo que rima.

La cara de Leah estaba cubierta de nuevo por mechones de pelo. No estaba claro si se trataba de una poesía infinitamente larga o de una docena de poesías cortas. En cualquier caso respiré aliviada cuando la gente comenzó a aplaudir.

La librera de las pantuflas se puso de pie al lado de la mesa en la que estaba leyendo Leah. Llevaba en la mano un minúsculo ramo de flores.

—Muchas gracias, señora Eriksson. Ha sido tan conmovedor como siempre.

Leah dijo algo ininteligible. Aunque aparentaba más aplomo que en la lectura de la biblioteca, se notaba a primera vista que estaba deseando irse a casa. Pero la gente había pagado y quería hacerle algunas preguntas. Le preguntaron de dónde sacaba su inspiración y si sus historias eran autobiográficas. Leah contestó brevemente mientras se escondía tras el ramo de flores. Al final los asistentes se pusieron en fila para que les firmase sus entradas y algún ejemplar de sus libros.

Petrowna y yo nos miramos y nos pusimos a la cola también.

—Habla tú con ella —dije—. Se te da mejor hablar con la gente.

—¡No puedes esconderte siempre detrás de mí! —dijo Petrowna—. Al fin y al cabo es tu libro.

Desgraciadamente tenía razón.

Leah estaba estampando su firma con ímpetu en las hojas que la gente le entregaba. Me pregunté qué querrían hacer con esas firmas. Leah no era Taylor Swift, como mucho sus garabatos se podían colgar sin enmarcar en el cuarto de baño de invitados.

La fila iba menguando rápidamente. Ya solo quedaba yo. La mano de Leah, con sus dedos largos y delgados, se extendió en mi dirección y se quedó parada. Yo no tenía nada para darle a firmar. Mi libro seguía estando debajo de la cama.

Leah se apartó el pelo de la cara y me miró con gesto irritado.

—Soy Kim Josephine —dije.

Leah se me quedó mirando. Después sus casi invisibles pestañas se agitaron como si me reconociese.

—Le escribí un correo electrónico —dije para orientarla—. Para mi trabajo.

Ella seguía haciendo como si no me reconociera. Tal vez todas las semanas le escribían personas que querían hacer trabajos sobre sus libros.

—Tengo que hablar con usted. Por favor.

—Te escucho —dijo Leah con impaciencia.

—Pero no aquí.

—¿Dónde entonces?

—Por favor. He leído su libro, de verdad, desde el principio hasta el final. En estos últimos

años no he leído ningún libro a excepción del suyo.

Esas fueron las palabras clave. Pero ahora tenía que encontrar un modo de llegar al tema de la salvación de Jasper.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

Sin duda ya tenía una mejor disposición.

—Mi trabajo...

—No parece que se trate tan solo de un trabajo. ¿Qué es lo que quieres realmente? —me interrumpió Leah.

—Tengo un problema con su libro.

Mal planteamiento. La cortina de pelo cayó otra vez sobre sus ojos. Enseguida me corregí.

—No, quiero decir que ha provocado algo en mí. En mi vida.

Los ojos de Leah aparecieron de nuevo.

—¿De verdad?

—Se lo juro.

La librera merodeaba a nuestro alrededor. Evidentemente no sabía qué pensar sobre nuestra conversación. La apreciada autora no parecía muy contenta. Por suerte en esa tienda no había ningún vigilante musculoso que me pudiera sacar a rastras por molestar a una celebridad. Por suerte Leah no era Taylor Swift.

Petrowna también lo notó enseguida. Dejó un libro que había estado hojeando en un rincón, se interpuso entre la librera y yo, y comenzó a hablar con ella.

—Por favor —le dije rápidamente antes de que alguien nos molestase—. Tómese un café conmigo. O un colacao. Puede tomarse un té darjeeling. O un *bloody mary*. Para agradecerérselo me leeré todos los libros que ha escrito. Es algo que nunca le he prometido a nadie.

De repente Leah exclamó en voz alta:

—De verdad que eres muy extraña, ¿lo sabes?

Eso lo decía precisamente ella. Me callé educadamente.

—Recuerdo tu correo. Escribiste mi nombre correctamente. Una introducción amable, un saludo de despedida. Eso es poco frecuente en los correos que recibo a diario.

Pestañeé azorada y le mandé un beso a Petrowna en mis pensamientos.

—Mañana a las cuatro aquí en la esquina, en el Starbucks —dijo Leah—. Pero no dispongo de mucho tiempo.

—¿Sabes lo que eso significa? —me preguntó Petrowna mientras me acompañaba a la entrada del Starbucks a las 15:58.

—¿Que a Leah le gusta tomar café a costa de los demás?

—Que vive cerca. —Petrowna demostraba de nuevo ser demasiado lista para este mundo.

—Por favor, ven conmigo —le dije, cogiéndola de la manga.

Se soltó.

—Es tu cosa. Más bien tu frapuchino.

—Eres muy mala, Petrowna. Yo siempre estoy a tu disposición para todo.

—¿Tú crees? —dijo, entornando los ojos, como si tuviera dudas al respecto—. Sea como sea, soy muy buena contigo. Me gustaría mucho acompañarte y hacerle un par de preguntas, pero creo

que no te ayudaría a resolver tu problema. Tenéis que hablar en privado.

—¿Qué es lo que te gustaría preguntarle?

—Bah, da igual. Algo. —Petrowna parecía de repente avergonzada.

—Dímelo, porfa.

—Algo sobre los libros. Cómo se escriben. Cómo se encuentra una editorial cuando ya has escrito uno.

Me quedé con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y para qué quieres saber eso?

—Para nada.

—¿Es que quieres ser como ella?

—De ninguna manera —dijo Petrowna con arrogancia—. Nunca sería como ella. Ahora vete. —Y me empujó hacia dentro.

Leah ya estaba allí. Ya se había bebido un *latte macchiato*, probablemente llevaba bastante tiempo ahí sentada. Iba con la misma camiseta negra que el día anterior en la librería, me di cuenta por la mancha de dentífrico en el hombro. Empujó su taza hacia mí en silencio cuando le pregunté qué quería tomar.

—Otro.

En la taza ponía Tina.

—¿Cómo que Tina? ¿Se llama así en realidad?

Encogió el hombro de la mancha.

—Me gusta cambiar los nombres.

Lamentaba amargamente la ausencia de Petrowna. Ella conseguía que la gente se sintiese desamparada y estúpida a su lado. Pero cuando quería, su encanto salía a borbotones. Ya había sido presentadora varias veces en el Día de Puertas Abiertas de nuestra escuela y había conseguido que incluso los alumnos más pequeños y más tímidos se pusieran a contar chistes al micrófono como si estuvieran hipnotizados.

Nosotras en cambio estábamos ahí sentadas mirando nuestras tazas y Leah no me hacía el favor diciendo algo. Tenía que hacerlo yo todo.

Carraspeé.

—¿Cómo lo hace?

—¿El qué? —saltó ella.

—Quiero decir que cómo escribe sus historias.

—Pues simplemente lo hago —contestó, removiendo la espuma de su taza—. Nunca lo he podido explicar bien. En un momento determinado la historia está ahí. Y entonces yo la agarro.

La he pillado, pensé. Era casi una confesión.

—Pues eso es precisamente lo que usted no debería hacer. Se trata de mi historia.

—¿Cómo dices?

Se lo expliqué. Me estaba escuchando a mí misma y todo sonaba bastante confuso, incluso un poco demencial. Le describí cómo me había reconocido en la historia, incluso cuando ella había intentado cambiar algunas cosas como nombres, colores de pelo o detalles secundarios. Pero todo eso no podía ocultar lo esencial. Había escrito con mi propia voz sobre mi vida. Y para que me creyera mencioné a mi padre y al nuevo bebé, a mi madre y finalmente a Jasper.

—Todo lo demás lo podría soportar, pero lo de Jasper es difícil. De verdad que no es mal chico. No hay que quitarle de enmedio.

—¿Hum? —exclamó Leah con gesto interrogante. No estaba claro si había entendido algo de lo que le había contado.

—Su libro no termina muy bien para él.

Frunció el ceño.

—Ah, sí, es cierto. Esa maldita alergia. No es un giro muy acertado. Lo vi en una película. Un poco cursi, la verdad.

—Es que Jasper, al que usted ha llamado Jonathan, también existe. Existe de verdad, está en mi clase. Me parecería horrible que tuviera que morir por mi culpa.

—¿Por qué por tu culpa?

—Porque sale en mi libro. O sea, en el suyo.

—¿Estás tomando algún tipo de medicación? —me preguntó de repente.

Estiré la mano y la agarré de la manga.

—No estoy loca. Se lo juro. Tan solo he leído su libro. Desde entonces todos piensan que se me ha ido la pinza.

Aquello no pareció tranquilizarla. Se soltó de mi mano y arrastró la silla hacia atrás para apartarse de mí.

—¿Para qué me necesitas?

—Tiene que ayudarme. Tiene que reescribir la historia.

—Pero ¿cómo se te ocurre algo así? El libro lleva mucho tiempo publicado.

—Pues no lo sé. Usted es la autora.

—De verdad me encantaría ayudarte —dijo con una amabilidad que me pareció muy repentina y totalmente fingida.

En ese instante me di cuenta de que quería deshacerse de mí porque probablemente me tenía miedo. Mi problema no le preocupaba. La vida de Jasper no le interesaba en absoluto.

Sin embargo, Leah se hizo la comprensiva, aunque de forma poco convincente porque desde luego no tenía madera de actriz.

—Pues no sé qué puedo hacer, Amy-Karoline. Habla con tus padres o con algún psicólogo sobre el tema. Seguro que tenéis a alguien para estas cosas en el colegio.

—No lo dice en serio, ¿verdad?

—Es la primera vez que alguien se queja de algo así —dijo—. De verdad que no sé cómo te puedo ayudar. Podrías escribir a la editorial. Tienen gente contratada para atender al público.

—Pero yo no soy el público. Y usted es la que ha escrito ese estúpido libro. ¿Por qué intenta todo el rato buscar algún pretexto y endilgarle el problema a otros? Usted es la única responsable.

—No sé de qué me estás hablando —exclamó Leah. Y acto seguido agarró a toda velocidad la bolsa negra, se enfundó una chaqueta negra y se largó antes de que pudiera darme cuenta.

Sabía que nunca volvería a tener una oportunidad como esa. Así que salí del Starbucks y miré hacia todos los lados. Alcancé a ver a Leah doblando una esquina. Si Petrowna estaba en lo cierto y Leah vivía allí cerca, ahora se dirigía a casa y yo podía enterarme de dónde encontrarla en cualquier momento. Estaba clarísimo que nunca volvería a quedar conmigo de forma voluntaria. Para ella yo era una loca.

Perseguí a Leah como había visto hacerlo en las películas. No era tan fácil. Por un lado no podía perderla de vista, pero por otro lado me tenía que mantener escondida detrás de la gente por si ella se daba la vuelta. Y de hecho una vez se volvió, pero no pudo verme. A lo mejor era miope de tanto escribir y demasiado presumida para llevar gafas.

Desgraciadamente no se dirigió a casa, sino a un supermercado ecológico. Me quedé merodeando por la entrada. Hacía mucho frío para estar ahí parada y Leah tardó bastante. Después de un siglo salió con una bolsa llena de coles en la mano y una barrita de muesli entre los dientes. La seguí. La calle hacia la que dobló me resultaba familiar de una manera inquietante. Me oculté tras un árbol como una espía de una vieja película en blanco y negro mientras Leah sacaba las llaves delante del portal.

Por seguridad esperé unos minutos después de que ella hubiera entrado en el edificio y acto seguido me acerqué para ver los nombres en el portero automático. No había rastro de Leah Eriksson. Pero en la buhardilla vivía una tal Tina Müller. Hice una foto para enviársela a Petrowna.

Tenías razón, escribí en el teléfono. **En realidad se llama de otra manera.**

¿Es que siempre tengo que tener razón?, respondió Petrowna, y me envió un emoticono con los ojos haciendo chiribitas. **¡Y además razón del todo!**

Me metí el teléfono en el bolsillo del pantalón. Por una extraña razón no quería contarle a Petrowna que mi padre vivía en la esquina de al lado. Quizá porque yo misma todavía no sabía qué pensar de todo aquello. Pero después sí se lo conté.

Mi padre tampoco sabía qué pensar sobre el hecho de que la chica a la que últimamente llamaba su hija mayor apareciese sin avisar en la puerta y quisiera entrar en su piso. Hasta entonces yo había sido su única hija, o sea, la mayor y la pequeña en una misma persona. Hasta entonces tampoco había visitado a mi padre con flores y con una botella de zumo de espino amarillo, y todo ello además en compañía de Petrowna.

Los regalitos eran idea suya.

—Las embarazadas necesitan vitaminas —había dicho—. Si no, el niño les absorbe todo lo que tienen en el cerebro. Y necesitan cosas ácidas. Mi madre siempre tomaba espino amarillo cuando estaba embarazada de mí. Y mira el resultado.

—De acuerdo. Te creo —contesté mirándola desde abajo.

Tardamos mucho en encontrar el maldito espino amarillo en un herbolario.

—¿Y por qué tenemos que llevar también flores? —pregunté.

—Nunca están de más —dijo Petrowna.

El ramo de flores se lo compramos al vietnamita de la esquina. Como Petrowna se enrolló a hablar con la dueña sobre la escritura vietnamita, las rosas nos costaron la mitad.

—Kimmi, tesoro. Y la mejor amiga de Kimmi. —Mi padre titubeó primero, pero después nos hizo pasar—. ¡Qué bien, me alegro de veros!

—¿Es que ya no trabajas? —le pregunté mientras le esquivaba en el descansillo para poder entrar en el piso.

—Hoy trabajo desde casa. Por favor, quitaos los zapatos.

Fui al armario y me quité las Vans sacándomelas con la punta del pie. Petrowna puso sus zapatos de tacón bien colocados en el armario. Eran nuevos, es decir, en realidad estaban bastante

desgastados, pero eran nuevos en manos de Petrowna; un hallazgo del mercadillo o una herencia familiar. Que Petrowna, con su altura, llevase tacones me dejaba patidifusa. Yo, que medía 1,62, me conformaba con que la gente me llamase «la pequeña».

—Lo siento —dijo mi padre—. Lo de quitarse los zapatos es nuevo aquí.

¿Se percibía una cierta irritación en su voz? ¿Acaso Alicia no era perfecta?

—Para mí no es nada nuevo. —Petrowna empezó a mover los dedos de los pies hundidos en sus medias de nailon—. Soy asiática. En mi país se dice que solo los bárbaros entran en casa con los zapatos puestos.

Carraspeé. ¿Es que tenía que decirle eso a mi padre en la cara?

Después le dio la mano.

—Soy Petrowna.

—Ya nos conocemos hace tiempo.

Mi padre retiró la mano un poco deprisa... Eso de que se conocían era un poco exagerado. Debido a las prohibiciones Petrowna y yo habíamos conseguido mantener nuestra amistad durante ocho años completamente al margen de nuestras familias.

—Pero, un momento. ¿No te llamabas antes de otra manera?

—¿Cuándo? —preguntó Petrowna imperturbable.

—En preescolar.

—No.

—¿Nos haces un café, papá? —interrumpí. Sabía que los nombres eran un tema delicado para Petrowna.

—¿Adónde vas? —me gritó con voz de pánico. Yo ya había plantado los pies en el salón, donde Alicia, muy pálida, estaba tumbada en el sofá rodeada de muchos cojines.

—Mejor tumbada, si no puedes perderlo —dijo Petrowna a mis espaldas.

En el caso de que quisieran ser unas palabras de ánimo no obtuvieron el efecto deseado. Alicia la miró horrorizada.

Puse las flores junto a Alicia sobre el sofá, me quedé pensativa durante unos instantes y las cogí de nuevo. Al fin y al cabo no estábamos en un entierro. Eso lo había reservado Leah-Tina solo para Jasper.

No sabía qué decirle a Alicia. ¿Cómo se hablaba con las personas que llevaban un pequeño bebé en la tripa? ¿Tenían dos cerebros en un solo cuerpo? ¿Quién de los dos pensaba? ¿Quién decidía lo que había que hacer?

Todo aquello me resultaba inquietante.

Petrowna no parecía tener esos problemas. No era de extrañar porque en su familia nacían niños cada dos por tres, a veces de dos en dos y a veces de tres en tres. Se sentó junto a Alicia en el sofá.

—Soy la mejor amiga de su hijastra —dijo—. Me llamo Petrowna.

—Eso no es un nombre —dijo Alicia. Probablemente estaba molesta porque la había llamado madrastra.

—¿Entonces qué es? —Petrowna arqueó las cejas.

—Es un nombre paterno. —Durante unos instantes Alicia incluso se olvidó de acariciarse la barriga—. El nombre que en algunos países se añade al nombre principal. Se forma a partir del nombre del padre. ¿Tu padre se llama Peter?

—Vaya sorpresa —dijo Petrowna—. No contaba con que aquí hubiera alguien que supiera de esas cosas.

—¿De dónde eres? —preguntó Alicia.

—De Berlín —dijo Petrowna—. ¿Y tú?

—De Stuttgart.

Y se sonrieron.

Mi padre estaba en la cocina mirando perplejo la botella de espinos amarillo.

—¿Has tirado la casa por la ventana?

—Sí —contesté mientras abría la palma de la mano. Él suspiró y me puso un billete de diez euros encima. Desde el salón nos llegaban risas a dos voces.

—Tendrías que haberme avisado. —Señaló la puerta—. Quizá no estamos en condiciones de recibir visitas. Y menos una visita de este tipo.

—¿A qué te refieres?

—A nada. Solo quiero que me avises cuando traigas a extraños.

—¿Extraños?

—¿No era esta la chica que siempre te pegaba?

—Eso fue en primero.

—Desde mi perspectiva es como si hubiese sido ayer.

Yo era demasiado cobarde para decirle que fui yo la que empezó la pelea. En primero Petrowna apenas era un poco más alta que yo. Y yo simplemente no soportaba que esa chica tan extraña a la que mis padres habían profetizado un oscuro destino fuese mucho más lista que yo. Cuando no amaba a Petrowna por encima de todas las cosas, la quería matar. Y eso seguía siendo así. Ella, por el contrario, solo me tiraba de la silla cuando la llamaba por su verdadero nombre. Y eso no ha cambiado hasta hoy.

Naturalmente nuestra visita tenía su razón de ser. Cuando le anuncié a Petrowna que la casa de mi padre y la de Leah tan solo estaban separadas por unos cuantos bloques, chasqueó la lengua.

—De nuevo una casualidad, ¿eh?

—No sé —dije.

—Tal vez tu padre la conozca.

—No creo. Ya estuve charlando con él una vez del tema. Y se comportó de una manera muy normal.

—¿Y la nueva? —preguntó Petrowna.

—¿Qué?

—Su nueva novia. Tal vez sale cada dos por tres a tomar el *brunch* con Leah Eriksson y le revela detalles sobre ti.

—En el Café Sehnsucht —reflexioné—. Quizá van juntas al Café Sehnsucht.

—¿Y por qué al Café Sehnsucht?

—Porque es donde sirven los bizcochos de chocolate más ricos en el *brunch*.

—Ajá —dijo Petrowna—. Está bien que hayamos aclarado ese punto.

Dejé a mi padre en la cocina y volví donde estaban Alicia y Petrowna. Hablaban como expertas en nacimientos.

—Y si el niño viene de pie —decía Petrowna—, no dejes que te hagan una cesárea de ninguna de las maneras. Que nazca así, con los pies por delante.

—¿Tú crees?

Alicia parecía atemorizada.

—Seguro. Una de mis primas pequeñas nació así. En un taxi. Yo estaba allí. No le pasó nada, aunque estaba completamente azul cuando salió de la tripa. Ahora tiene cuatro años y ya sabe escribir.

Desafortunadamente yo no podía aportar nada interesante al tema de los nacimientos en taxis. Así que me puse a pensar lo que había leído en el libro de Leah. La chica del libro que era yo siempre estaba pinchando a la nueva novia de su padre. Las dos se sentían ofendidas, se tenían por tontas y siempre debía mediar alguien entre las dos.

Al leerlo tuve la impresión de que en esa situación no era posible otro comportamiento. Pero ahora me empezaba a dar cuenta de que las cosas podían ser diferentes. ¿No era una pesadez, incluso un aburrimiento dar todos esos rodeos para terminar aproximándose tímidamente al otro? Al contrario que Leah, yo podía ir directa a lo esencial.

—¿Puedo elegir el nombre? —pregunté, así pues, sin dar rodeos.

—¿Cómo dices?

—El nombre. Para mi hermano.

—Ay, no sé. Todavía no hemos empezado a pensarlo. Y además no sabemos si será niño o niña. —Alicia, desconcertada, buscaba con la mirada a mi padre, que seguía en la cocina y probablemente estaba hecho polvo porque no podía fumar—. Pero en cualquier caso puedes hacernos alguna sugerencia.

—Timur sería muy guay —dije.

Petrowna se dio la vuelta y se me quedó mirando.

—Muy bonito. Lo pondremos en nuestra lista de nombres —dijo Alicia, esforzándose y mordiéndose el labio inferior.

—No conoce a Leah —dijo Petrowna mientras bajábamos las escaleras.

—¿Se lo has preguntado?

—De forma indirecta. Le he preguntado si todos los libros que había por el suelo eran suyos.

—De mi padre seguro que no son.

—Pero a Alicia le gusta leer. Y el nombre de Leah no le suena de nada.

—¿Y eso qué significado tiene para nosotras?

Petrowna se encogió de hombros.

—¿Sigues estando segura de que son tus pensamientos los que salen en el libro?

—¡Que sí, hombre!

Mientras bajábamos las escaleras mi móvil vibró. Era un mensaje de Jasper: una bicicleta, un perro, un signo de interrogación.

Recordaba vagamente haber tenido una bicicleta. Pero se me había olvidado qué hacía con ella. Probablemente montar. Quizá había hecho alguna excursión con mis padres en preescolar para aprobar a la cuarta el examen de bicicleta.

Pero nunca me dejaban montar sola porque a mi madre le parecía muy peligroso. Y ella nunca tenía tiempo o ganas de acompañarme. Los primeros meses mis padres me llevaban en coche al colegio, hasta que empezó a darme vergüenza y les pedí un abono de transporte como el que tienen las personas normales.

—¿Tengo una bicicleta? —le pregunté a mi madre, que estaba en cuclillas junto al macizo de flores del jardín delantero haciendo agujeros en la tierra. En el libro de Leah la madre comenzaba a hacer arreglos florales—. Por cierto, mami, ¿qué estás haciendo ahí?

—¿Tú qué crees?

Tenía las manos sucias, el pelo le caía sobre la frente y cuando me acerqué vi una bandeja de la floristería con unas plantitas minúsculas de hojas colgantes. Además llevaba unos *leggings* ajustados, lo cual, con o sin dieta de por medio, no me parecía una buena idea.

—Nunca te había visto andar con plantas.

—Todavía te quedan muchas cosas por ver —gruñó mi madre.

—¿Una bici? —intenté de nuevo.

—Mira en el garaje.

Señaló hacia atrás con la pala y con la otra mano se secó el sudor de la cara. Era divertido verla con la nariz manchada de tierra.

Eché una mirada en el garaje. Había media docena de bicis. Algunas de ellas debían haber sido mías. Intenté subirme a la más grande y las rodillas se me quedaron casi a la altura de los hombros, como en los dibujos animados. La única que tenía un tamaño normal era una bici muy cursi de señora con una cesta enorme para llevar la compra. Muy seductora. Pero yo no quería seducir a Jasper, solo quería que siguiese con vida.

Las ruedas estaban desinfladas.

Asomé la cabeza por la puerta del garaje.

—¡Mamá! ¡Está desinflada!

—¿Y qué? —respondió.

Volví de nuevo junto a la bici y apreté el neumático con el dedo gordo. Después miré si en alguna de las bicicletas había una bomba.

Y así era. La sujeté entre mis manos pensativa y la miré por delante y por detrás.

Tendría que ser capaz de inflar una rueda yo sola, pensé. Eso no podía contárselo a Petrowna de ninguna manera, que una rueda desinflada me pareciese un obstáculo insalvable. Me las apañé para meter la bomba en la válvula, salieron pitidos y silbidos, fui tocando la rueda y seguí inflando hasta que sentí agujetas en los brazos. Y la rueda apenas se infló. Tal vez un poquito. Después de estar así un cuarto de hora decidí que era suficiente.

Saqué la bicicleta del garaje e intenté escabullirme sin que mi madre se diera cuenta y tratase de endilgarme un casco. Pero cuando alzó la vista no dijo nada. Ni siquiera me preguntó adónde iba.

Me subí a la bici y comencé a pedalear.

Al final mi madre no pudo contenerse y tuvo que hacer un comentario:

—Las ruedas están desinfladas. Me vas a destrozar las llantas.

Algo parecido dijo Jasper cuando me vio en mi vehículo. Toqué el timbre y me quedé esperando delante de la puerta de su casa hasta que bajó. Tenía un perro con aspecto de lobo, con

unos ojos azules que se clavaban en mí como si me quisieran embrujar. Nunca me hubiera imaginado que tendría un perro así.

—¿Lo puedo acariciar?

Asintió. Acaricié el cuello gris y blanco del perro, que no apartaba de mí sus ojos fascinantes.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí con ese cacharro?

Jasper estaba mirando la bicicleta desde todos los ángulos sin dejar de sonreír.

—He pillado muchos baches —contesté, escondiendo las manos sucias tras la espalda.

Jasper sacó una bomba del sótano, se puso de rodillas delante de mi bici y la infló con un par de maniobras. No entiendo qué hizo que no hubiera hecho yo. Era alucinante. Para disimular mi bochorno me puse a acariciar de nuevo al perro. Ahora parecía que se estuviera riendo de mí.

Después nos subimos a las bicis y nos dirigimos al Volkspark, donde Jasper quería llevar a su perro para que jugase en una pradera. Sin embargo, el perro le miró y se tumbó debajo de un banco.

—Está viejo ya —explicó Jasper.

—Yo ahora tampoco tendría ganas de ponerme a dar brincos por el césped —dije.

Así que nos sentamos en un banco y nos quedamos callados. No tengo ni idea de lo que estaría pensando Jasper en ese momento. Pero me pregunté por qué me había invitado a dar un paseo. ¿Quería intentar de nuevo ligar conmigo? ¿Quería hablar sobre ese trabajo que nunca habíamos terminado? Como no sabía la respuesta pensé que tal vez lo más sencillo sería preguntar a Jasper directamente.

Por ejemplo así: «Eh, Jasper, he leído un libro que trata de mí, tú también sales y te mueres. Así que ten cuidado. Por cierto, ya conoces el libro».

Una superidea.

—Dime, Jasper —le dije—. Ese libro de Leah Eriksson, el de nuestro trabajo... ¿Te lo has leído entero?

Asintió con la cabeza.

—¿Hay alguna cosa que te haya resultado familiar?

Frunció el ceño y me miró inquisitivamente. Se oía al perro jadear debajo del banco.

—¿Te refieres a algo en concreto? Lo preguntas porque se desarrolla en Berlín, ¿verdad?

—Sí, exacto. Pero no es importante —respondí, y me levanté—. Me tengo que ir a casa. Seguiremos hablando otro día.

El viejo husky, debajo del banco, sacó la lengua y se partió de la risa.

8

Estaba contenta de que Petrowna, y no otra cualquiera, fuera mi amiga. Era tan guay que nunca dejaba de sorprenderme. Parecía que hubiera tenido diez vidas y no hubiera olvidado nada de lo que había aprendido en cada una de ellas. Sin embargo, nunca hubiera pensado que era capaz de abrir puertas cerradas con llave.

—Contrólate —dijo Petrowna mientras se metía la tarjeta azul del comedor escolar en el bolsillo—. No puedo abrir cualquier puerta. Pero esta cerradura es muy fácil, la verdad. No te puedes imaginar cuántas veces me dejó las llaves dentro de casa.

Y es que también era muy modesta. Pero pensaba en todo. Por ejemplo en mirar la página web de la editorial para enterarse de cuándo estaba de viaje de promoción Leah Eriksson. Según la página web Leah Eriksson se encontraba en esos momentos en un pueblucho de Baviera. Así que su buhardilla debía estar vacía. Sin embargo, mi corazón latía con fuerza cuando Petrowna corrió el pestillo con la tarjeta. Encima la puerta emitió un fuerte chirrido.

Aunque era primera hora de la tarde, el piso estaba sumido en la oscuridad y resultaba bastante tétrico. Además no olía precisamente a limpio. Un gato saltó al pasillo maullando.

—Mierda —exclamó Petrowna.

—¿Por qué?

—Alguien vendrá a dar de comer a este animalejo mientras ella está de viaje. Tenemos que darnos prisa.

Lamentablemente yo no sabía lo que estábamos buscando. Había sido idea de Petrowna entrar en el piso de Leah. Búsqueda de pistas, lo llamaba.

—Enciende la luz —dije. No se me ocurría nada más.

—Demasiado peligroso —susurró Petrowna—. ¿Es que nunca has visto una película de espías?

Así que no solo dejamos la luz apagada, sino también las cortinas echadas y nos fuimos abriendo paso a tientas a través de aquel cuchitril mugriento y tropezando una y otra vez con trastos. Poco a poco nuestros ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. El gato nos seguía con una mirada de reproche con sus ojos relucientes. No me sentía a gusto. Había algo en aquel animal que me alteraba. Le transmití mis inquietudes a Petrowna.

—¿A qué te refieres?

—Tal vez Leah haya transformado a su examante en ese animal. O a su ex mejor amiga.

—O a una lectora pesada —dijo Petrowna—. No digas chorradas. ¿Es que Leah tiene pinta de poseer poderes mágicos?

—Pues un poco sí.

Encima la tía era un desastre. Ni siquiera había limpiado bien la cocina antes de irse de viaje. Y eso que, por lo que Petrowna había averiguado, iba a estar cinco días seguidos viajando por el sur de Alemania. Pero había dejado las tazas sucias en el fregadero y el lavavajillas apestaba. En el alféizar de la ventana había algunos tiestecitos con plantas mustias.

—Me dan ganas de regar las macetas y poner el lavavajillas —dijo Petrowna, arrugando la nariz.

—Imagínate la sorpresa que se llevaría Leah al volver.

Nos dirigimos entre risas hacia la habitación que Leah parecía usar como dormitorio y cuarto para dos tendederos. Había colgadas algunas prendas descoloridas que en el pasado debían haber sido negras. Mientras tanto, Petrowna me decía que los escritores en general eran un desastre. Lo había leído una vez.

—Por ejemplo, en *Harry Potter* la autora siempre se ríe de los que limpian una superficie — me instruía Petrowna—. No quiero ni pensar el aspecto que tendrá su casa.

Me encogí de hombros. Yo no había caído en eso. En las películas de *Harry Potter* nunca se hablaba de la limpieza.

Salimos corriendo del dormitorio, horrorizadas ante la visión de los sujetadores de Leah colgados en el tendedero. La habitación siguiente, la más pequeña, era justo lo que andábamos buscando. Al menos los ojos de Petrowna brillaron de repente, como los del gato. La habitación tenía el tamaño del trastero de mi casa y dentro se veía una mesa estrecha con un ordenador. El poco espacio que había en el suelo estaba cubierto de cajas repletas de recortes de hojas de periódico y de notas. En la pared, había un corcho con algunos cuadrados de papel de diferentes colores. Petrowna se abrió camino a través de las cajas, después iluminó con su teléfono el tablero de corcho. Intentaba descifrar los garabatos de Leah con los ojos entornados.

—¿Qué es eso? ¿La lista de la compra? —pregunté.

—Qué va. Son anotaciones sobre gente. Tal vez para su próximo libro.

Me apretujé contra Petrowna, con un pie sobre una caja de zapatos que crujía. En los cuadrados de papel del corcho había cosas horripilantes: «Chica, 13, madre con cáncer, padre alcohólico». «Chico, 16, locamente enamorado por primera vez de otro chico que es depresivo». «Chica de 11 años se muda a una gran ciudad y todos le hacen *mobbing*».

—¿Qué colecciona?

—Ideas —dijo Petrowna—. Caracteres deplorables para su libro.

—¿Por qué tienen que pasarles cosas tan terribles?

—Porque todo el mundo prefiere leer cosas horribles.

—Yo no —respondí.

—Tú también. Pero todo debe tener un final feliz.

Petrowna se apartó del panel de corcho y se sentó en la silla del escritorio. Encendió el ordenador, que estaba en modo pausa, y se puso a maldecir.

—Seguro que tiene todo con contraseñas.

Tecleó algo y el escritorio del ordenador de Leah se abrió de repente, exactamente igual de caótico que el resto de la casa.

—¿Cómo lo has hecho? —Empezaba a creer que Petrowna poseía también poderes.

—Esta mujer es tan vanidosa como el resto de los mortales. Lo normal es que utilice el

nombre de su gato o su seudónimo.

—¿Y cómo sabes cómo se llama su gato?

Petrowna suspiró como si yo hubiese dicho una tontería. Se puso a mirar todos los archivos, desplazó el cursor por líneas interminables de letras. Después se sacó un *pendrive* del bolsillo, lo insertó y empezó a grabar textos.

—¿Qué vas a hacer con todo eso?

—Quiero leerlo todo.

—¿Estás loca?

—Quiero saber si también tiene algo sobre mí.

—Ah, entonces, ¿esa es la razón por la que estamos aquí?

—¿Pues qué te creías? ¿Que hemos venido aquí a cotillear su ropa de cama?

—Pensé que habíamos venido por mí. Y por Jasper. —Me sentía un poco engañada.

—También por eso —dijo Petrowna—. Pero sinceramente no contaba con encontrar algo que nos pudiera ayudar en tu caso. Evidentemente aquí no hay ninguna prueba de que Leah te haya estado observando. Ni siquiera hay unos prismáticos. Y en ese corcho no hay una foto tuya que te haya hecho sin que te dieras cuenta. Al parecer todo lo que escribe lo saca de su cabeza. A veces coge una idea del periódico, pero nunca se ha publicado nada sobre ti en la prensa. Solo quiero saber si en su disco duro hay otras vidas.

—¿Y cómo vas a saberlo?

—Al menos la mía sí la reconoceré —musitó Petrowna—. ¿O es que crees que solo tu vida es lo suficientemente emocionante como para salir en un libro?

Estaba detrás de Petrowna mirando durante lo que me parecieron horas cómo grababa archivos en su *pendrive* y me sentía totalmente aturdida. Todo ese tiempo había pensado que lo de salir en un libro era un fastidio. Pero ahí estaba Petrowna, quien al parecer opinaba que era mucho más que mala suerte. Por primerísima vez, desde que nos conocíamos, parecía envidiarme por algo. ¿Es que le parecía guay salir en un libro? ¿Era un honor? ¿Acaso me había convertido en la celebridad con la que yo ya soñaba en la guardería? En cualquier caso por aquel entonces me imaginaba la existencia de una estrella de una manera bien distinta: consistía en llevar una corona en la cabeza y tener cajones llenos de Smarties. Todos querrían tener una foto mía y me regalarían peluches.

En lugar de eso tenía una nevera llena de coles en mi casa y una sensación de tensión creciente en la cabeza que me asaltaba siempre que pensaba demasiado. Nadie lo sabía mejor que Petrowna. No podía pensar en serio que fuera bonito que cualquiera pudiera leer que a veces metes los calcetines sucios en el cajón del escritorio.

El ordenador de Leah era un armatoste viejo y macizo que parecía del siglo pasado.

Emitía unos extraños sonidos, como si fuera a explotar de un momento a otro por sobrecalentamiento. El gato se acurrucó cómodamente en una caja llena de recortes de periódico. Las manos me temblaban cuando le di un golpecito a Petrowna en el hombro.

—Vámonos.

—Vete tú —dijo Petrowna.

—Me voy de verdad.

—Vete de una vez.

Estaba perpleja. Ni siquiera se dio la vuelta. Seguía grabando uno a uno todos los documentos, incluso los más insignificantes, en su *pendrive*.

—Vale —contesté. Salté por encima del gato y me dirigí hacia el pasillo. Tenía que atravesar el dormitorio. Ya desde allí escuché cómo la llave giraba en la cerradura.

—Petrowna —grité con voz ahogada—. Alguien viene.

Naturalmente ella ni me oyó, el ruido del ordenador era muy fuerte. Me sentía como en esas pesadillas en las que uno se da cuenta de que está en peligro y, sin embargo, no puede dar un paso. Apenas me podía mover, la voz me fallaba y el corazón me latía con fuerza en algún lugar debajo de la lengua.

La puerta se abrió, Leah dejó caer en el pasillo una bolsa de viaje mientras soltaba imprecaciones y yo me escondí detrás de la puerta del dormitorio. Al parecer no estaba tan paralizada como creía. Leah se quitó el abrigo y se dirigió a la cocina. Entonces cambió de forma abrupta de dirección. Tal vez había oído el ruido del ordenador. Atravesó la puerta detrás de la que me encontraba y se dirigió derecha al despacho, o sea, hacia Petrowna, que estaba de espaldas.

—¡Te he pillado! —gritó Leah entre molesta y alegre.

Al parecer en un primer momento había confundido a Petrowna con otra persona. Cuando Petrowna se dio la vuelta, Leah retrocedió y comenzó a buscar su teléfono en el bolsillo del pantalón. Pero no consiguió sacarlo. Yo salí de detrás de la puerta y de un salto me puse a sus espaldas, cogí con la velocidad del rayo un mamotreto que había a mis pies y se lo estampé con todas mis fuerzas en la nuca.

Un libro nunca es lo suficientemente pesado como para dejar a alguien KO, tal y como me aleccionó más tarde Petrowna, en lugar de darme las gracias por el pequeño respiro que logré. Según ella, tendría que haber cogido un candelabro o un pisapapeles (¿de dónde, por favor?), Leah se habría quedado inconsciente y habríamos podido huir. Tal vez nunca se habría acordado de nosotras. O de nada.

En cambio ahora estaba consciente y furiosa a más no poder. Después del golpe se tambaleó, momento que aprovechamos para abalanzarnos sobre ella y maniatarla con un cable del ordenador. Probablemente también habríamos logrado reducirla sin necesidad de atacarla por la espalda, porque los brazos y las piernas larguiruchos de Leah eran blandos y endebles, como si nunca hubiera cogido algo más pesado que el ratón del ordenador. En cambio Petrowna era enorme y yo seguía estando bastante musculosa aunque llevase cuatro años sin hacer gimnasia.

Así que Leah estaba sobre la cama con un calcetín en la boca porque, como es lógico, había intentado gritar. Sus ojos se clavaban en nosotras con furia.

—Tranquilícese —decía Petrowna—. Tenemos que hablar con usted.

Leah hacía unos ruiditos que no sabíamos si expresaban rabia o sufrimiento.

—Comprenda que tenemos que ponerle el calcetín en la boca para que no grite —le dije—. Si nos promete estar callada...

Leah y Petrowna me miraron a la vez. Petrowna giró el dedo en la sien, y eso me pareció muy poco solidario de su parte.

—¡Propón tú algo mejor! —le grité—. ¿La vamos a dejar así el resto de su vida, con un calcetín apestoso en la boca, cuando en nuestra clase pronto habrá un chico menos? ¿Qué me dices

a eso? Y mientras tanto tú te pones a leer y a mirar todos los archivos para comprobar si te revelan algún secreto sobre tu vida. Porque en realidad para eso es para lo que hemos venido.

Leah no paraba de girar la cabeza de una a otra, y, después comenzó a menearla con fuerza y a hacer gestos en la medida en que se lo permitía el calcetín que tenía entre los dientes. Y entonces Petrowna hizo algo inesperado: extendió la mano y con un solo movimiento le quitó el calcetín de la boca. Aquello pareció sorprender a Leah tanto como a mí. En cualquier caso, de repente se tranquilizó.

—Mi amiga tiene razón —dijo Petrowna—. Tenemos que hablar con usted. Y usted nos tiene que contestar. Es decir, usted no tiene la obligación de hacerlo, pero por favor, haga un esfuerzo y ayúdenos. Y después, si quiere, vaya a la policía. Me da igual. Ya me conocen.

—Me llevas acosando desde el día de la lectura. —Leah me estaba señalando con un dedo tembloroso—. Y hace poco en Starbucks me pareciste una loca de atar.

—¡Mira quién fue a hablar! —exclamamos Petrowna y yo al mismo tiempo y, acto seguido, nos estrechamos las manos: un viejo ritual de preescolar que ya casi habíamos olvidado porque hacía tiempo que no decíamos lo mismo al unísono.

En el pasado no es que sucediese a menudo, pero de vez en cuando sí, la mayoría de las veces por error. Mucho más a menudo Petrowna decía más bien lo contrario de lo que yo tenía en la punta de la lengua. Y yo luego le daba la razón porque casi siempre la tenía.

—¿Cómo demonios habéis entrado aquí? ¿Habéis robado algo? —preguntó Leah.

—Pero, hombre, mujer —respondió Petrowna—. Usted es una escritora, ¿no? ¿Cómo es que hace unas preguntas tan aburridas? Digamos que usted no había cerrado bien la puerta. ¿Y cuál de sus cachivaches nos debería parecer tan increíblemente valioso?

—¿El ordenador? —quiso saber Leah algo avergonzada—. ¿Dinero?

—Por el dinero que usted tiene tirado por aquí yo ni siquiera me molestaría en subir las escaleras hasta su buhardilla —dijo Petrowna con arrogancia. Después me señaló con el dedo—. Su padre está forrado.

—Creo que ya no —repliqué en honor a la verdad—. Va a tener un bebé.

—Los hijos no te quitan el dinero, tan solo reducen la herencia —me dijo Petrowna en tono tranquilizador para volverse después hacia Leah—. ¿Por qué no está en Villa Nosecuántos como pone en la página web?

—Lo anularon otra vez. No actualizan la página como es debido —respondió Leah con gesto malhumorado—. Desatadme. Estáis completamente locas. Pero me gusta. Vamos a hablar.

No nos ofreció ni una infusión ni un trago de agua. Mejor así. ¿Quién iba a atreverse a beber de sus asquerosos vasos? Pero tampoco llamó a la policía ni pidió ayuda a gritos desde el balcón. Se sentó en su cama mohosa y nosotras nos quedamos de pie cambiando el peso de un pie a otro hasta que Petrowna se decidió a agarrar un cojín de la cama, lo tiró al suelo y se sentó encima. Yo la imité, pero sin cojín, porque ya no quedaba ninguno para mí.

Entonces intenté contarle todo. Era un poco difícil. Yo no era una buena narradora, nunca lo había sido. Era una de las razones por las que no solía levantar la mano en clase. Cuando llevaba dichas tres frases, la mayoría de la gente parecía fastidiada y comenzaba a rascarse algo, como si mis palabras tuvieran polvos picapica. Cuando tenía que leer un trabajo, me escribía todo, palabra por palabra, los números, incluso la pregunta «¿Tenéis alguna pregunta?».

Petrowna, que la mayoría de las veces tenía mucha paciencia conmigo, esta vez no paraba de moverse inquieta en el cojín. En un momento dado no pudo contenerse y se puso a resumir mi historia. Me pareció una impertinencia que contase así mi vida después de todo lo que Leah me había hecho. Pero después me di cuenta de que Petrowna, como siempre, había encontrado las palabras adecuadas.

—Nunca había escuchado algo así —dijo Leah cuando Petrowna terminó. Juraría que se sentía avergonzada—. Quiero decir que simplemente he construido el personaje de una adolescente típica, algo simple, con la que pueden identificarse muchas personas.

¿Era eso cierto? ¿Me estaba llamando tonta? ¿Y vulgar? ¿Y encima Petrowna estaba sonriendo? Me hubiera gustado estamparles el mamotreto en la cabeza a las dos.

—En realidad, aparte de mí nadie se ha reconocido en la historia —dije a cambio.

—Aparte de ti probablemente nadie más ha leído el libro —soltó Petrowna. Después se volvió hacia Leah—: No somos idiotas. Ya hemos hablado sobre este tema otras veces. Yo también dije que en la historia no había nada que pudiera ser personal, pero ella insiste en que usted ha descrito su vida con pelos y señales. Desde entonces ha cambiado mucho, créame, lo sé. Además le pasan las mismas cosas que en su libro: la separación de los padres, la madre que está a régimen, el padre que tiene una nueva novia, y después de repente también hace su aparición un cagoncete.

—Tan solo he escrito algo habitual —adujo Leah—. ¿Qué hay de especial en todo ello?

—¿Por qué lo niega siempre? —intervine de nuevo—. Si usted agarra la vida de otras personas y hace un libro sin preguntarles, es usted una ladrona. Pero usted es algo peor aún. Usted es una asesina. Porque encima mata a Jasper, como quien no quiere la cosa. Aunque no le ha hecho nada.

Leah se rascó la nuca, después su mirada se iluminó y asintió.

—Es verdad, esa estúpida picadura de avispa. Por eso ya quisiste hablar conmigo una vez. Pero ¿qué significa *matar*? El chico de mi libro es una figura literaria. Me lo he inventado. Puedo hacer con él lo que quiera. Ni siquiera se llama Jasper.

—¡Qué arrogante es usted! ¡No puede hacer todo lo que le dé la gana! —estallé.

Leah se sujetó la cabeza con las dos manos.

—¿De qué estás hablando? Son letras. Tinta de imprenta. Me lo he inventado todo. Me pertenece.

—¡Pues claro que no!

Las dos alzamos la voz y comenzamos a pegarnos gritos, Leah y yo. Me parecía lógico echarle una bronca, al fin y al cabo tenía algo que reprocharle. Al menos debía reconocer que me había robado mi vida. Pero ¿por qué me echaba la bronca ella a mí? Cuanto más la escuchaba, más claro tenía que la cosa no iba conmigo.

—¡Desde que mis libros se leen en los colegios no paro de recibir correos estúpidos! —bramaba Leah—. La gente no sabe ni siquiera escribir mi nombre correctamente, pero todos quieren que les escriba trabajos, y encima a toda prisa, porque anteayer era la fecha límite de entrega. Y cuidadito si no les contesto enseguida, entonces escriben una reseña en Amazon donde ponen muy claro: «No contestó a mi correo inmediatamente, es tonta, por eso el libro es una mierda». Y una estrella en Amazon es una estrella en Amazon. Me hacen preguntas que he contestado ya en miles de entrevistas porque no se toman el trabajo de echar un vistazo en Google.

Y si alguna vez les doy todo masticado y bien explicado por escrito, ¿tú crees que me dan las gracias? ¡Casi nunca! Pero los que más me atacan a los nervios son los que me preguntan si voy a escribir una continuación de algún libro. Lo hacen siempre. ¡Pero yo no escribo secuelas!

Se detuvo para respirar. Petrowna se volvió asqueada. No podía soportar que alguien se quejase de una manera tan desaforada.

—Pero usted tiene que entender que nosotras somos diferentes de esa gente que se porta tan mal con usted —dije, intentando calmar a Leah, que estaba fuera de sí—. Nosotras no hemos sido tan comodonas. Incluso hemos mirado en Google sus viajes para ver cuándo podíamos entrar en su piso.

—Es cierto, eso hay que tomarlo en consideración —dijo Leah con desdén—. Esto no me ha pasado nunca. Es casi algo inspirador. Y además me llamáis de usted como si tuviera cien años. Y eso que podría ser vuestra hermana mayor.

Petrowna y yo nos miramos avergonzadas y conmovidas. Definitivamente no queríamos tutearla. No estábamos en la caja de H&M.

—¿Os podríais ir marchando? —preguntó Leah con voz cansada.

—Pero es que usted todavía no nos ha ayudado —le recordé—. Por usted Jasper se puede morir sin más.

—¿Y cómo te imaginas que puedo ayudaros? ¿Qué se supone que debo hacer?

—Podría reescribir su libro. Sin la muerte.

Los ojos de Leah comenzaron a dar vueltas.

—Incluso alguien como tú debería comprender de una vez que eso no es tan sencillo. Yo podría escribir en mi ordenador todo lo que tú quisieras, pero nadie lo imprimiría en un libro, porque ya ha sido publicado.

—¿No puede cambiar nada *a posteriori*?

—Nada en absoluto. Cero.

—Entonces tal vez pueda escribir una continuación... En la que se vea que la muerte fue solo... un malentendido, o algo así. O sea, que no fue de verdad. Eso pasa a menudo.

Leah se puso a bostezar.

—Ha sido un error desatarla —dijo Petrowna—. La tendríamos que haber atado al ordenador y no soltarla hasta que hubiera escrito algo que salvase a Jasper.

Leah se colocó de un salto detrás de la cama y se levantó con un palo de escoba en la mano. En la otra tenía su teléfono.

—Está bien —dijo Petrowna—. No le haremos nada. En cualquier caso con usted no hay nada que hacer. Y pensar que por usted me quería convertir en escritora...

—¿Qué? —exclamé.

—Mejor déjalo. —Leah agitó la escoba para resultar más convincente—. Aprende algo decente. Trabaja de camarera.

Petrowna empezó a carcajearse. Después se puso a mi lado y me dio la mano para que me levantara.

—Ven, cariño. Aquí no vamos a conseguir nada.

Saqué fuerzas de flaqueza. Abandonamos el piso sin ni siquiera darnos la vuelta.

Nada más llegar a la calle empezaron a temblarme las rodillas. En un momento dado incluso me tuve que sentar en un murete. Me sentía como si hubiera dado cinco vueltas al parque

corriendo.

Entonces un policía apareció por la esquina y sentí tanto miedo que casi me agacho para esconderme detrás del muro. Casi me hubiera puesto a sollozar por las injusticias de este mundo. Pero el policía se fue en otra dirección, llevaba un vaso de café en una mano e iba silbando. Petrowna estaba a mi lado, pensativa y silenciosa. Tenía la sensación de que no se encontraba conmigo, sino en un lugar muy lejano.

9

Durante los días siguientes no sucedió absolutamente nada. Pero yo tenía todo el tiempo la sensación de que iba a pasar algo. Las cosas no podían seguir su curso después de haber entrado por la fuerza en una casa ajena. Un día que el cartero llamó a nuestra puerta pensé seriamente en saltar desde la ventana de mi habitación y salir corriendo, hasta que vi la furgoneta amarilla de correos y me di cuenta de que no era la policía que venía a buscarme. También me invadía el pánico cada vez que sonaba el teléfono.

En ese momento me di cuenta de que nunca antes había hecho algo prohibido. Sencillamente tenía demasiado miedo de los castigos. En cualquier caso, en el libro de Leah no se hablaba en ningún momento de un arresto. Aunque por otro lado Leah no podía haber previsto todo, al fin y al cabo con el libro no se terminaba mi vida. Tras la muerte de Jonathan yo debía seguir sola adelante, como la chica del libro.

¿Qué hubiera sucedido en realidad si no lo hubiera leído? ¿Habría descrito mi vida de igual forma? ¿Simplemente no me habrían llegado las indicaciones que decidían sobre mi vida y sobre la muerte de Jasper? ¿Y habría tal vez en algún lugar del mundo otros libros que describían cómo continuaba mi vida? ¿A partir de ahora tendría que leerme todos los tomos de las librerías para saber más sobre mí misma?

Esas preguntas me estaban volviendo loca.

En cualquier caso el libro había puesto mi vida patas arriba. Aunque visto desde fuera todo parecía seguir su curso con normalidad, cada paso me producía una sensación diferente. El tema de Jasper me seguía torturando. Desde que le había visto con su perro, cada vez que pensaba en avispas y abejas me sentía fatal.

—Tal vez hubiera sido mejor mantenerme apartada de él desde el principio —le dije a Petrowna—. Ahora le conozco mejor y eso hace todo aún más difícil.

—A la mayoría de las personas les resulta útil tener más información sobre los demás —dijo Petrowna con su voz de el-listo-de-turno-toma-la-palabra-en-la-clase-de-ética—. ¿Y tú qué demonios sabes de él?

—Que sonrío en cualquier situación y sabe inflar la rueda de una bicicleta —respondí. Pero me callé que lo hacía de una manera especialmente habilidosa y que no pude apartar la vista de sus manos durante toda la operación.

Qué pena que no podamos ser simplemente amigos, pensé. Por el contrario, yo había decidido, llena de aflicción, que en el futuro me apartaría de su camino, así que salía corriendo cada vez que se me acercaba.

¿Y qué hacía él después de que yo me comportase durante semanas como una chiflada? Un

jueves durante el recreo se acercó a mi pupitre, pidió disculpas amablemente a Petrowna, con la que yo estaba conversando en ese momento, y me preguntó si podíamos hablar a solas. Le seguí por el pasillo bajo la atenta mirada de mi amiga y una vez allí me apoyé en una pared que habíamos decorado con imágenes de niños de diferentes colores de piel durante la semana de la Paz Mundial.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —me preguntó Jasper en voz baja.

—¿Qué dices?

—No quiero agobiarte, pero ¿va todo bien?

No me lo podía creer.

—¿Me acabas de preguntar si todo va bien?

Se encogió de hombros.

—Si lo que quieres decir es que no es de mi incumbencia, lo comprenderé perfectamente.

—No, no me refiero a eso —susurré avergonzada. Difícilmente podía comunicarle que yo, por el contrario, tenía muchas razones para estar preocupada por él.

—Te comportas de un modo extraño —dijo.

—Es que soy extraña.

—No. Ahora eres extraña de una manera diferente a antes. ¿Quieres que volvamos a quedar? ¿Para seguir viendo *Orphan Black*?

¡Todo era tan difícil! Me caía bien, de verdad. Pero Leah lo había echado a perder todo. Sin su libro yo seguramente habría reaccionado de otra manera.

—Te presto el DVD —dije con brusquedad—. Me sé todos los capítulos de memoria. Y seguramente tú no eres de los que se descargan las cosas piratas.

Sonrió sin el menor asomo de desilusión.

—Tenemos Netflix. Pero gracias.

Y para matar todos los sentimientos románticos desde la raíz dije:

—Pero ahora tengo que ir al váter. Es una urgencia.

El martes siguiente, a la salida del colegio, estuve a punto de pasar a su lado sin darme cuenta, hasta que de repente me llamó por mi nombre. Peor aún, no por el mío, sino por el nombre de la chica de su libro. Leah estaba de pie debajo de una farola y me miraba desde las alturas.

—Disculpa —dijo—. No me acordaba de tu verdadero nombre. Sonaba tan artificial y complicado que la editorial no me hubiera dejado utilizarlo.

—¿Cómo me ha localizado?

—Eres mi invención, así que debo saber a qué colegio vas, ¿no? —dijo riéndose mientras a mí se me ponía la piel de gallina.

Debió darse cuenta de mi reacción.

—Tranquila. Era una broma. He preguntado en la biblioteca pública qué clase fue la que vino a mi lectura. Hubiera podido esperarte directamente delante de la puerta de tu clase.

Me sentía sobrepasada. Echaba de menos a Petrowna, que estaba enferma en casa. ¿Cómo se hablaba con una persona a la que has maniatado con el cable de un ordenador y le has metido un calcetín en la boca?

—¿Vamos al parque? —preguntó Leah.

Asentí. Recorrimos juntas exactamente el mismo camino que solía hacer con Petrowna. Yo iba callada. Confiaba en que Leah me dijera enseguida qué quería de mí.

—Escucha. —Estábamos sentadas en un banco y ella seguía dando rodeos—. No se me quita vuestro asunto de la cabeza. Para mí todo esto es en cierto modo algo muy especial.

Yo no paraba de mirarla sin decir ni pío. ¿Y cómo pensaba que era para mí? ¿Esperaba mi compasión?

—Intenta ponerte en mi lugar. —Al parecer Leah se iba a poner a lloriquear de nuevo. ¿Es que todos los escritores eran unos ñoños?—. Imagínate que escribes libros desde hace siete años porque no encuentras un trabajo decente. Poca gente los lee, pero la cosa marcha más o menos. A veces tienes una lectura y tres veces por semana hay alguien que quiere que le escribas un trabajo sobre tu propio libro. Y entonces llegáis vosotras. Primero me perseguís, después entráis por la fuerza en mi casa, me tratáis violentamente y me contáis un montón de historias confusas.

Me quedé callada.

—¿Y dónde está tu amiga? —preguntó Leah—. Esa grandullona que es hija de inmigrantes.

—Tiene cistitis.

Leah sonrió con aire soñador.

—Tendría que haber escrito sobre ella. ¡Es tan interesante!

Por encima de mi cadáver, pensé. Y en voz alta dije:

—No se lo aconsejo.

—¿Le puedes decir que me llame? Podría escribir una serie completa sobre ella.

—¿Es que no me ha oído? —dije, alzando la voz—. Petrowna ha llamado desde pequeña la atención, cada segundo de su vida. No necesita su deprimente serie.

Ya solo faltaba que la cara de Petrowna apareciese en todas las vallas publicitarias y que yo tuviera que pedirle un autógrafo del famoso actor Elyas M'Barek, porque al ser una nueva celebridad iría siempre con él a jugar a Laser Tag.

—Piensa por ejemplo en la posibilidad de que lo lleven al cine... —Leah cerró los ojos ensimismada, totalmente ajena a mis consideraciones más íntimas—. ¿Sabes? A veces se me acaban las ideas y también las ganas de escribir. Y entonces aparece alguien como ella... Y podría ponerme en marcha inmediatamente.

Seguro que hubiera seguido hablando si en ese preciso instante no hubiera pasado Jasper de largo pedaleando en su bicicleta. Aunque en realidad no pasó de largo: se bajó de la bici y me preguntó por los deberes. Que si en matemáticas teníamos que hacer el ejercicio 8a o el 8c.

Sin duda se trataba de una broma, porque estoy segura de que lo sabía mucho mejor que yo. Yo ni siquiera sabía que teníamos deberes de mates. Sin embargo, le dije que le mandarí todo por WhatsApp para que se largase. Pero no lo hizo. Se puso a mirar con curiosidad a Leah porque probablemente la había reconocido del día de la lectura. Antes de que se pusiera a hablar con ella le di un golpecito con la punta del pie en la rueda delantera de la bicicleta y le dije:

—Hasta luego.

Por fin se largó. Aunque se volvió un par de veces para mirarnos.

—Por cierto, ese es Jasper —dije—. Jonathan en su libro. El chico que debe tener en su conciencia. ¿Cuánto tiempo de vida le queda exactamente?

Leah le miró pensativa mientras se alejaba en su bici.

—Hay autores que afirman que ciertos acontecimientos inventados de sus libros se convierten en realidad —dijo.

—Si usted hubiera escrito algo más bonito, ahora tendría la conciencia tranquila.

—Ninguna obra de arte termina sin muertes —dijo Leah, suspirando—. ¿Es que vas a denunciar ante un tribunal a todos los escritores?

—Los autores de las obras de arte están ya todos muertos —contesté—. Ahora solo queda gente como usted.

—Mírate a ti misma. —Leah habló con un tono tan gélido que pensé que sería capaz de matar a cientos de inocentes crías de foca—. Estás ahí sentada y echas la culpa a todo el mundo sin ni siquiera mover un dedo. Parece que tengo la culpa de todo lo que te pasa. ¿Te parece normal esa actitud?

—Es que es verdad.

—Pues entonces sigue lamentándote y déjame en paz de una vez.

—¿Que yo me lamento? ¿Y usted? ¡Me persigue y me espía para lanzarme sus reproches!

—¡Qué tontería! —exclamó Leah—. Sois vosotras las que empezasteis a perseguirme y ya podéis estar contentas de que no os denunciase. Pero en realidad quería decirte otra cosa completamente diferente. Y es que hay algo que puedes hacer para salvar a tu querido Jasper.

No es mi querido Jasper, quise decir, pero en lugar de decirlo pregunté:

—¿El qué?

—La chica del libro no tiene interés por Jonathan. Tú no te interesas por Jasper, y por eso supones que Jasper es Jonathan. Así que tienes que hacer de Jasper una persona completamente diferente. Una persona que no aparezca en el libro y con la que los acontecimientos del libro no tengan nada que ver. Y que por lo tanto no muera, como el chico de mi libro.

Yo no tenía muy claro lo que me quería decir. Leah tenía ideas demasiado complicadas. Tal vez por eso se dedicaba a escribir libros. Seguro que Petrowna lo habría entendido enseguida.

—No entiendo lo que tengo que hacer.

—Piensa un poco. La cosa es muy sencilla: enróllate con Jasper. Hazle cariñitos, por ejemplo. Que sea tu ligue. Jonathan, el del libro, nunca tuvo la oportunidad de hacer manitas con la protagonista, a causa de su trágico destino. ¿Lo entiendes ahora? Sáltate el marco del argumento, inventa uno nuevo. Y entonces serás libre.

—¿Igual que ahora?

Leah puso los ojos en blanco.

Pero yo lo había entendido perfectamente. Había reaccionado de una manera tan estúpida para no retorcerle el cuello. Porque me había tendido una trampa especialmente odiosa.

10

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lloré. Una vez se me cayó el iPhone en el váter, pero pude aguantarme las lágrimas a duras penas. Cuando papá se fue de casa no le hice a mi madre el favor de montar las mismas escenas que ella. Fui educada y orgullosa y le deseé lo mejor. Mi primer suspenso en lengua ya estaba a años luz, pero recuerdo un ligero cosquilleo bajo los párpados y una enorme bola en la garganta. Sin embargo no me puse a llorar. Aunque en realidad sí lo hice. En el baño.

Petrowna reaccionó horrorizada ante mi explosión de sentimientos en la diminuta habitación que compartía con sus dos hermanos pequeños. Ni siquiera me importó que estuvieran delante los dos mocosos. De todas maneras estaban inclinados sobre un teléfono móvil que tronaba mientras ellos movían los labios haciendo *playback*.

A Petrowna no le gustaba recibir visitas, ni siquiera la mía. Mejor dicho: sobre todo la mía. Y en realidad tenía prohibido ir a su casa. Pero esta vez no hice ni caso. Y ella se dio cuenta de la gravedad de la situación, así que me dejó entrar, buscó un pañuelo de papel, no encontró ninguno y me dio media braga que su madre, tal y como se apresuró a explicarme, usaba para quitar el polvo y luego ponía a lavar en un programa de 90 grados.

—¡Es tan injusto!

Me sequé las lágrimas con la media braga de flores.

—Ella se inventa toda esa mierda y yo tengo que arreglarlo todo. Y ahora encima quiere decidir con quién tengo que ligar. Pero ¿qué es lo que pretende de mí? ¿Es que le tengo que vender mi alma y echarme en brazos de Jasper? ¿Aunque yo no quiera?

—No tienes que vendérsela. Se la tienes que regalar —dijo Petrowna—. Lo único que vas a recibir como recompensa es la sensación de haberlo intentado todo.

No sabía si eso me compensaba

—*Zzzzzz*. —De repente uno de los hermanos de Petrowna emitió un zumbido tan bien logrado que estuve a punto de dar un manotazo a un insecto invisible.

Jasper estaba colocando la cadena de la bici cuando me tropecé con su mochila. No quería tirarme encima de él a la primera, solo le quería invitar a ir a algún sitio. Vamos, tenía que hacerlo. ¿Cómo se hace algo así?

—¿Quieres ir al cine o a Starbucks? —le pregunté sin rodeos.

Alzó la mirada hacia mí.

—¿Y eso?

—Porque sí. Tú ya me invitaste una vez, ¿no?

—No tenemos que llevar la cuenta.

Se incorporó y nos quedamos mirándonos a los ojos. Me esforcé en mantenerle la mirada. Él sonrió.

—Se nota a la legua. Estás por mí —dije, intentando que sonase como una broma.

Él siguió sonriendo y contestó.

—Si tú lo dices...

En cualquier caso no me llevó la contraria. Pero que ahora se hiciese de rogar era tan innecesario como agotador. Ahí estaba yo intentando salvarle la vida, y él, ¿qué hacía él? Se reía de mí. Quería que le bailase el agua. Quería que le convenciese.

Al salir del colegio, y a falta de mejores ideas, nos fuimos al parque. Él caminaba al lado de su bicicleta, yo caminaba a su lado y el pedal me golpeaba continuamente en la pantorrilla. Empecé a estrujarme el cerebro para sacar algún tema de conversación. Era mucho más agotador hablar con él que con Petrowna. Se me tenía que ocurrir algo para que no se aburriese y me dejase plantada. Esta vez no llevaba al perro, así que no podía acariciarle y hablar sobre él.

Nos sentamos bajo un castaño encima de la chaqueta de Jasper. Lo de la chaqueta fue muy amable de su parte, con Petrowna siempre tenía el trasero mojado porque ninguna de nosotras quería sacrificar una prenda.

—En realidad es una pena que no hayamos presentado el trabajo —dijo Jasper.

—Ni siquiera conseguimos terminarlo.

—Una pena.

—¡Qué va! A mí no me lo parece —dije—. El libro me sacaba de quicio.

Jasper se encogió de hombros.

—Tienes razón. He leído libros más emocionantes, desde luego.

El hecho de que un chico de esa edad leyese me pareció increíble. Hasta ese momento en mi mundo los niños pequeños se dedicaban a correr de aquí para allá gritando como los hermanos de Petrowna, y los mayores se descargaban en el móvil vídeos con chicas desnudas que no paraban de gemir.

—¿Qué es lo que te gusta hacer? —le pregunté a Jasper—. Así, en general. Pero no me digas que leer.

—Me gusta el cine —dijo Jasper—. Me gusta la música, toco la guitarra y el piano. Cuido de mi perro. Pero a veces también me gusta estar sin hacer nada de nada. Como ahora.

Que considerase el tiempo que estaba conmigo como «nada de nada» me molestó. Al fin y al cabo era él el que quería algo de mí. El libro de Leah era bien claro en ese punto. Y para no tener la responsabilidad de ese «nada de nada» me volví hacia Jasper y pensé si debía cogerle de la mano. Entonces me di cuenta de que tenía las uñas sucias y me podría resultar embarazoso porque sus uñas, tal y como pude comprobar mirándole de reojo a las manos, estaban bien limpias.

¿Qué podía hacer? Suspiré, me acerqué más a Jasper, cerré los ojos y le di un beso en la boca.

Después supe lo que ya me había imaginado hacía mucho tiempo: que en las películas los besos están totalmente sobrevalorados. En las pelis un beso siempre provoca algo especial. Se resuelven crímenes, se desgarran familias, se declaran guerras y las amistades se destruyen.

Con mi beso no sucedió nada. Tal vez no había sido una buena idea, pero al menos era mi idea, y no la idea de Leah. Yo tenía un objetivo. Quería salvar a Jasper de su aciago destino,

liberarle del papel del muchacho que no me interesaba y que iba a morir.

Pero después del beso todo seguía igual. Yo seguía sin tener nada en contra de Jasper. Pero tampoco a su favor. Por suerte Jasper tenía los labios firmes y cerrados. No fue tan asqueroso y húmedo como el beso que di por accidente en la fiesta de despedida del campamento. Jasper era un tío majo y su sonrisa constante era muy dulce.

Pero no estaba enamorada de él. No tenía ganas de volverle a besar, de mirarle, de hablar con él o de seguir pensando tan intensamente en él y en su peligroso futuro. No sentía mariposas en el estómago. Exactamente igual que como lo había descrito Leah: «Ni mariposas, ni libélulas, ni siquiera una minúscula mosca». El castaño bajo el que estábamos sentados no se desplomó. El cielo permaneció donde estaba. Todo era normal. Besarse era, en el mejor de los casos, bastante aburrido.

Jasper no me miraba. Miré su perfil, verdaderamente atractivo, en cualquier caso nada feo. Parecía sumido en sus pensamientos.

—¿En qué estás pensando? —pregunté.

—Estoy sorprendido —dijo—. No te entiendo. ¿Por qué has hecho eso? ¿Te estás aburriendo?

Yo sentía de todo menos aburrimiento. Y si pensaba que darle un beso era algo muy divertido, estaba equivocado.

—Puedo dejar de hacerlo si no te gusta —dije con la esperanza de que nos pusiéramos a discutir y dejásemos de vernos durante un cierto tiempo. Al menos eso me proporcionaría una agradable pausa.

—Sí, por favor, déjalo —dijo Jasper—. Estoy seguro de que quieres algo de mí. Hay algo que me mosquea.

—Listillo —le dije—. Pues entonces vete y dale besitos a tu perro.

Me levanté, pisé la chaqueta y me fui.

La puerta de entrada estaba abierta, así que pude entrar sin problemas en el oscuro portal de la casa de Leah y subí las escaleras. Llamé a la puerta con los nudillos, preparada para empezar a dar golpes con el puño si era necesario. Pero Leah abrió a la primera. Estaba en pijama, tenía el pelo recogido y se veía su rostro flaco y malhumorado.

—Buenos... eh... Buenas tardes —dije.

—Soy escritora —dijo Leah—. Puedo andar por ahí como me apetezca.

—Pero si no he dicho nada...

—Pero ibas a hacerlo. —Me hizo entrar—. Quítate los zapatos.

Aunque tenía miedo de ensuciarme los calcetines la obedecí. Al fin y al cabo apreciaba mucho que me dejase entrar, porque no debía de tener buenos recuerdos de mi presencia en su piso.

Me dio la espalda (¡qué valiente!) y se dirigió a la cocina. La seguí renqueando. El gato estaba durmiendo en la cesta de la fruta y no se movió hasta que Leah comenzó a hacer ruido con los vasos.

—No quiero nada —dije rápidamente. Los cacharros de Leah seguían estando sucios.

—Pero yo sí. —Se puso medio vaso de un líquido que tenía en una jarra y señaló una silla—. Serás mi invitada.

Me senté. El hecho de que estuviera tan simpática no podía significar nada bueno.

Tomó un trago, arrugó el rostro y tiró el resto en la pila.

—¿Sigue vivo? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—Sí. Todavía no estamos a mediados de junio. Y hace frío. No he visto ni una sola avispa.

—¿Qué te hace pensar que sucederá este año?

¡Tenía narices que fuera ella la que me preguntase a mí!

—Es su libro, ¿no? ¿Cómo lo ha pensado usted? ¿Dentro de un año? ¿Más tarde?

Frunció el ceño.

—No, no, es un argumento lineal.

—¿Qué?

—Todo seguido. Creo que no he previsto grandes periodos de tiempo entre los acontecimientos.

—Usted ni siquiera recuerda lo que ha pensado, ¡y ahora una persona tiene que creer en ello! ¡Su libro es tan chapucero como su casa!

—¡Eh! —exclamó Leah—. Podrías ser un poco más simpática. Te he dejado entrar por pura amabilidad.

—No —contesté—. Por mala conciencia.

En cualquier caso no me llevó la contraria. Así que le conté acerca de mis esfuerzos por darle a Jasper otro papel y salvarle. Incluso le conté lo del beso en el parque.

Me escuchó con atención.

—¡Qué encantador! —dijo—. ¡Qué romántico!

—¡De eso nada! —exploté yo—. ¡Lo mejor que se puede decir sobre el beso es que no fue asqueroso!

—Así que la cosa no ha funcionado entre los dos tortolitos...

—Ni siquiera un poco. Igual que en su libro.

—Quizá no besas lo suficientemente bien.

Quizá su historia no es lo suficientemente buena, quise decir, pero en lugar de hacerlo musité:

—¿No me puede usted ayudar tal vez de otra manera?

Exhaló un suspiro.

—¿Sabes una cosa? Me halaga que quieras ver en mí a un hada buena. Pero no lo soy. Lo único que sé hacer es escribir libros. Y lo mismo ni siquiera lo hago especialmente bien.

Miró con aire deprimido por la ventana.

—Siempre deseé que alguien me dijera que mi libro le había cambiado la vida. Pero nunca pensé en un caso como el tuyo. A veces la gente se queja cuando se reconoce en mis novelas, pero tu problema es totalmente nuevo para mí.

A mí me parecía que estaba contenta por tener por fin a alguien con quien hablar. Seguro que se sentía terriblemente sola. Su piso no tenía el aspecto de acoger a muchas visitas. Probablemente estaba siempre escribiendo sus historias en el ordenador, y de vez en cuando iba a una biblioteca o leía ante escolares que durante la lectura se metían el dedo en la nariz o dormían con los ojos abiertos. Leah Eriksson era la prueba viviente de que la gente necesita profesiones normales, algo que tenga que ver con medicamentos o con motores.

—Entonces, ¿qué pasa ahora conmigo? —le dije para recordarle que estaba allí y que tenía un problema.

—Bueno, chica, tengo que desilusionarte —dijo—. De una vez por todas: no puedo hacer nada por ti. No se pueden reescribir los libros. Y por ti no voy a sacarme de la manga una continuación en la que Jonathan resucite. Sería algo totalmente inverosímil en un libro, y en la vida real ya ni te digo. Solo hay una cosa que puedas hacer. Ya te lo he explicado. ¿Tú no quieres que la historia del libro sea la tuya? Entonces vive otra vida. Construye tu propia historia. Libérate. Haz lo contrario de lo que pone ahí.

—¡Pero si lo he intentado ya! —repliqué—. ¿Cree usted que es tan sencillo ponerse a besuquear a alguien de quien no estás enamorada?

—No lo has intentado de verdad. Has pensado que con ese beso fingido podías cambiar el destino de una persona. Querías cambiar su vida. Olvídalo. Lo único que puedes cambiar es a ti misma.

Me metí las Vans a presión porque era demasiado vaga para desatar los cordones.

Leah me observaba divertida.

—Dile a tu amiga que me llame —dijo cuando terminé.

—¿Por qué?

—Me gustaría charlar con ella.

—¿Para robarle también su vida? Ni hablar.

Y me marché dando un portazo.

—Tú ya has cambiado —dijo Petrowna—. Hace una semana te hubieras puesto a lloriquear y a quejarte de lo mala que es Leah contigo. Y ahora estás ahí sentada echando pestes. Totalmente proactiva. Pronto incluso aprenderás a meter tu plato en el fregadero después de comer.

—Vuélvete a la India —le dije—. Nosotros, al contrario que vosotros, tenemos lavavajillas.

—Pero yo algún día pasaré de lavar platos a ser millonaria.

—Podrías hacerte famosa incluso antes —le dije—. Leah quiere verte de nuevo y escribir sobre ti.

—Ya lo sé —dijo Petrowna con desdén—. Ya sé que inspiro a la gente. Sobre todo a mí misma.

Abrí la boca y la cerré de nuevo.

—Si puede escribir sobre una chica como tú..., ¿por qué no puede buscar a alguien verdaderamente interesante? —reflexionó Petrowna—. Mira mi vida. Habría muchas cosas que contar. ¿Sabes por ejemplo que yo vine al mundo ya con dientes?

Observé a Petrowna. La había visto ya muchas veces. Era alta y seguía creciendo. Tenía un rostro redondo. Estaba un poco gordita. Se había hecho un moño que parecía que se iba a deshacer de un momento a otro. Pero lo hacía así aposta y yo sabía cuánto trabajo y cuántas horquillas había ahí dentro. Era una persona muy inteligente y tenía una familia terrorífica. Que yo, por cierto, no conocía, excepto por sus historias.

¿Qué sabía yo en realidad de Petrowna? En primer lugar intuía que quizá a ella no le resultaba tan desagradable como a mí la atención constante de otras personas.

—Así que quieres cambiar... —dijo Petrowna, arrancando una hoja de su cuaderno—. Vamos a hacerlo de forma sistemática. ¿Qué tenemos ahora y qué cosas se pueden cambiar? ¿Cuáles son tus parámetros?

—¿Qué?

—¿Cuánto pesas?

—¡No pienso engordar! —Tanto no me importaba Jasper.

—Hum. Más alta o más baja tampoco te podemos hacer. Pero te podrías cortar el pelo.

—¿Quéééé? —Cada vez era peor—. Si acaso teñírmelo.

—O bien —reflexionó Petrowna en voz alta—, tal vez deberíamos empezar desde dentro. ¿Cómo te ha descrito Leah y cómo tendríamos que transformarte? ¿Cómo comienzas el día? ¿Qué es lo primero que haces?

—Mirar mis mensajes.

—Pues entonces deja de hacerlo.

Y continuó así. Petrowna dibujó una tabla y la completó con lo que yo hacía hasta ese momento y con lo que debía hacer a partir de entonces. Ya no podía seguir vistiéndome de negro. Ni siquiera la ropa interior. No tenía que ducharme por la noche, sino por la mañana, así que necesitaba despertarme antes. Para desayunar tenía que comer lo que nunca había comido en mi vida, o sea, muesli. Petrowna me prometió ir a comprarlo conmigo, uno con mucho chocolate.

—Y lo mejor de todo —dijo—, ahora serás vegetariana.

—Ni hablar.

—No puedes rechazarlo todo. Quieres conservar tu figura, no quieres ni siquiera cortarte el pelo, pero excepcionalmente podrías pensar en los pobres animales. Podrías hacerlo, ¿verdad? Además, encima está muy de moda.

—¡Y ahora me tengo que duchar de madrugada!

Me empecé a sentir tan furiosa que estaba dispuesta a comerme cruda a Petrowna y a Leah después, por no hablar de un pollo asado bien crujiente.

—¡Ya es bastante sacrificio! A mi edad se necesita mucho sueño... y muchas salchichas.

—Ya las tomarás en el entierro de Jasper.

Intenté llevarla hacia otro terreno.

—¿Y si simplemente me cambio de clase? ¿O de colegio? Entonces Jasper habrá desaparecido de la zona de peligro. Y Leah se quedará con las ganas, porque no habrá previsto ese giro del argumento en su libro.

—¿Y qué pasa conmigo? —gimoteó Petrowna—. ¿Tengo que arreglármelas aquí yo sola?

En ese momento no tuve más remedio que besarla. Era inconcebible que para Petrowna pudiera ser difícil arreglárselas en cualquier sitio. Naturalmente yo no tenía ni pizca de ganas de cambiar de colegio. Nuestro colegio era tan bueno como podía serlo cualquier otro: un cole con buena fama, pero en el que no había que esforzarse demasiado. Era una escuela pública asociada a un proyecto que también les ofrecía a chicos y chicas desfavorecidos como Petrowna la posibilidad de aprender junto a chiquillos mimados como yo técnicas de meditación y otros cosas importantes. Mientras en otras escuelas tenían que empollar matemáticas, nosotros nos dedicábamos a visitar residencias de ancianos y pintábamos paredes para pedir la paz mundial.

—¿De qué te estás riendo? —le pregunté a Petrowna cuando se puso a mirar sus dibujos.

—Te estoy imaginando vestida de color rosa —contestó, pero yo tenía la sensación de que no estaba diciendo toda la verdad.

Comencé mi nueva vida visitando a mi padre. En las últimas semanas le había visto más veces

que en todo el año anterior.

Alicia seguía tumbada en el sofá. Tenía la cara abotargada. Mi padre intentó que no se le notara que prefería estar reunido de la mañana a la noche y volando de un lado para otro antes que estar haciéndole zumo de naranja a Alicia, que además luego vomitaba.

—¿Podemos ir a comer juntos? —le pregunté aún en el umbral de la puerta.

—Coge dinero de mi cartera y compra algo para todos.

Mi padre se había dedicado tanto a Alicia que ya no le quedaba nada para mí.

Saqué su cartera del bolsillo de la chaqueta que estaba colgada en el armario. En la funda transparente de dentro había una foto preciosa de cuando yo era un bebé. Tal vez debía darle una foto más actual. Al lado se veía la foto de una Alicia radiante. Luego había un rectángulo con unos puntos brillantes sobre un fondo oscuro. Parecía una ecografía. La giré de un lado a otro, pero los puntos y las líneas siguieron siendo puntos y líneas.

No era la primera vez que tenía entre mis manos la cartera de mi padre. En ese aspecto siempre había confiado en mí. Yo nunca había cogido nada porque siempre había dinero rodando por nuestra casa, y en mayor cantidad de lo que yo hubiera podido gastar en un día normal. Además ir de compras no me interesaba gran cosa.

Cogí un billete de veinte euros y titubeé. Mi padre tenía varios billetes verdes de cien euros. ¿Los habría contado? ¿Debía comenzar mi nueva vida cogiendo uno? ¿Tal vez la nueva Kim no solo era una allanadora de moradas y una novillera, sino también una ladrona?

Al final no me atreví. Cogí un billete más de diez euros y compré en el vietnamita de la esquina varios platos de tofu y verduras. Los preparé en la pequeña cocina, es decir, los saqué de la bolsa y les quité el papel de aluminio. Alicia vino tambaleándose desde el sofá, vio los recipientes humeantes y se fue tal y como había venido. Mi padre se sentó a mi lado y se puso a masticar un buen rato algo que había pescado entre las verduras. Tenía la mirada vidriosa.

—Esto no es carne, ¿verdad? —preguntó cuando consiguió tragárselo.

—Se llama tempeh o algo así. —Puse las vueltas sobre la mesa.

—¿Por qué no has comprado comida de verdad?

—Ya no como animales muertos.

—¿Ya os han enseñado en clase de biología alguna de esas películas ecologistas tremebundas?

—No. Es que quiero cambiar.

—¿Y eso?

—No lo sé. Simplemente no quiero ser la misma de antes.

Mi padre se me quedó mirando largamente. Después pinchó con el tenedor un trozo de tofu.

—A mí me gustas como eres.

—Y me gustaría comprarme ropa nueva —dije—. Tal vez de otros colores.

Eso pareció entenderlo. Sacó su cartera y me dio un billete de cien.

—Todavía recuerdo bien tu fase rosa —me dijo.

Busqué unos calcetines rosas en H&M. Las manos me temblaban, pero tenía que empezar por algo. También hubiera podido coger unas bragas, había de color rosa, pero todas llevaban un dibujo de Elsa o Anna, de *Frozen*, o las dos juntas. A veces también con Olaf. Me seguía gustando la peli, pero no la quería llevar puesta.

En la caja me saqué del bolsillo el billete de cien. Era estúpido pagar los calcetines con ese

billete, pero no tenía otra cosa. Mientras aquel vendedor de pelo negro comprobaba si el billete era auténtico, me quedé mirando sus pestañas. Eran muy largas y me resultaban familiares. Entonces vi el cartelito con su nombre y durante unos segundos me olvidé de respirar.

—¿Timur? —pregunté después de coger aire de nuevo.

—¿Es que nos conocemos? —Me lanzó una mirada indiferente y preparó la vuelta.

—Soy Kim —dije—. Ya sabes, Kim como Kim & Petrowna. Tu Petrowna.

Dije eso simplemente por decir algo. Porque en realidad la garganta se me había quedado congelada. Timur estaba muy diferente a como le recordaba. Ya no era un gigante sabelotodo de rostro amable, sino un tipo bastante bajito y delgado, casi de mi misma altura. Tenía una barbilla prominente y sin afeitar. Y estaba en la caja del H&M.

—¡Ah, sí! —contestó con bastante indiferencia—. Has crecido mucho. ¿Quieres comprar una bolsa o te lo llevas tal cual?

—¿Qué haces aquí? —conseguí preguntar.

—Pues ya lo ves. Estoy trabajando. Y al mismo tiempo estoy terminando bachillerato.

—¿Y tu formación con prácticas en el extranjero?

—¿Cómo dices?

—Está bien. No me des bolsa, me lo llevo así.

Metí los calcetines en el bolsillo de la chaqueta, farfullé algunas palabras de despedida y me fui dando trompicones hacia las escaleras mecánicas.

Petrowna no contestaba a mis mensajes. Vale, eso ya había pasado otras veces. Ya había aceptado, con todo el dolor de mi corazón, que en su vida había cosas más importantes que yo. Pero precisamente ahora no era un buen momento.

¿Por qué me has mentido sobre Timur?, escribí a golpes en el teclado. ¿Dónde estás? ¿Y qué soy yo? ¿Acaso existo todavía? ¿O me ha inventado Leah? Dime algo. Si no, me volveré loca.

En el WhatsApp podía ver que ni siquiera estaba leyendo mis mensajes. Horas después comprobé que lo había leído todo y seguía sin contestarme. Pasaron más horas aún y me llegó un mensaje: **No puedo. Más tarde.**

En otra persona me hubiera sonado bastante borde. Pero Petrowna y yo no nos andábamos con tonterías. Sin embargo, que al día siguiente no viniera a la escuela sin decirme nada o explicarme la situación me pareció muy fuerte.

Sin Petrowna me sentía sola y desamparada. Por primera vez me pregunté por qué no tenía otra mejor amiga. A los demás yo no les caía ni bien ni mal, también podía hablar y reírme con otros. Entonces, ¿por qué sin Petrowna me sentía tan incompleta?

En mi desolación me acerqué en el recreo a Jasper, que estaba a punto de salir al patio con una pelota de baloncesto.

—¿Tienes tiempo?

Resopló. Su sonrisa ya no era tan amplia.

—¿Es urgente? —preguntó.

—Para mí sí.

Asintió con la cabeza y le tiró la pelota a un chico de otro curso. Después me siguió hasta detrás de un seto, justo al lado de la valla metálica.

—No tengas miedo, no voy a volver a besarte —le dije—. Quiero hablar.

Él esperó educadamente.

—¿Te gusto? —le pregunté.

—Ya lo sabes. —Me estaba mirando directamente a la cara, como si no hubiera nada más obvio y evidente en el mundo.

—Pero ¿por qué?

En ese momento comenzó a mirarse la punta de los pies. Después se encogió de hombros.

—No sabría decirte por qué. Lo más que te puedo decir es por qué no deberías gustarme.

—Está bien. Suéltalo ya.

—Eres egocéntrica —dijo Jasper.

—¿Qué?

—Piensas que eres el centro del mundo.

—Ya sé lo que significa egocéntrico —le interrumpí—. Quisiera saber cómo has llegado a esa conclusión. Yo no me siento así.

—Apenas tomas en consideración a los demás. Y cuando lo haces para ti no son más que simples figurantes en tu propia obra de teatro. Todo es pura fachada. Lo único que cuenta eres tú.

—¡Eso no es justo! —Tenía en la punta de la lengua contarle toda la verdad sobre lo nuestro, pero pude contenerme por los pelos. De hacerlo no solo me tendría por egocéntrica, sino por una loca de atar—. ¿Acaso tú eres diferente? ¿Te interesas por alguien aparte de tu persona?

Se rio.

—Quizá todos seamos como tú y no nos damos cuenta. Pero sí, yo diría que sí me intereso por los demás.

Quería seguir haciéndole preguntas simplemente para demostrarle que su opinión sobre mí era errónea y que yo quería saber más sobre él, por ejemplo. Pero en ese momento noté una vibración en el cuerpo. Comencé a buscar como una loca mi iPhone. Cuando lo encontré vi un mensaje de la consulta del dentista que me recordaba una limpieza de boca en los próximos días. Jasper se había marchado hacía tiempo.

11

Llamé a la puerta de la casa de Petrowna. Durante varios minutos nadie abrió. Oía a sus hermanos gritar y disparar salvas de ametralladora. Parecían no reaccionar al timbre. Cuando tenía el puño ya dormido de tanto golpear la puerta, abrió una mujer que era más joven que vieja... Probablemente una de las numerosas tías y primas que vivían en otro sitio pero siempre andaban por allí.

—Quiero ver a Erna —dije.

Erna era el verdadero nombre de Petrowna. Su padre kirguís y su madre turca no se ponían de acuerdo en darle un nombre kirguís o turco, así que eligieron un nombre alemán, el primero que se les ocurrió: el de la jubilada que una vez los adelantó en la carretera y les dejó su viejísimo coche destrozado. El seguro de Erna pagó el triple de su valor real y con ello Erna pasó a formar parte del círculo de los santos familiares. No era de extrañar que Petrowna no reaccionara a ese nombre.

—¡¡¡Erna!!! —gritó la tía o la prima en dirección al pasillo. Varias voces contestaron con gritos y la prima se volvió hacia mí.

—Erna no está aquí.

—¿Dónde está?

—Ni idea. —Y me cerró la puerta en las narices.

Me senté en las escaleras y me agarré la cabeza con las dos manos. Petrowna no había ido a la escuela, no cogía el teléfono y en casa tampoco estaba. ¿Con quién iba a hablar? Con mi madre no había vuelto a hablar en serio desde que tenía tres años. Acababa de estar en casa de mi padre. Jasper me tenía por una loca y una falsa.

Solo había una persona con la que podía hablar. A la que no tenía que dar grandes explicaciones. Lo sabía todo. Al fin y al cabo escribía sobre mi vida.

Estaba a punto de levantarme cuando escuché los pasos pesados de alguien que arrastraba los pies. Parecía tratarse de un caracol gigante que subía los escalones con un enorme esfuerzo. Después escuché una tos que me resultaba familiar. Finalmente apareció Petrowna. Llevaba en las manos nuestro libro de matemáticas, y encima un cuaderno abierto. En ese cuaderno estaba escribiendo algo mientras caminaba.

Me levanté. Parecía tan ensimismada que notó demasiado tarde que algo se interponía en su camino, casualmente su mejor amiga. Tenía los ojos enrojecidos. Pestañeó un par de veces hasta que me reconoció. Después sonrió, sin el menor atisbo de culpa.

—¡Cariño! Lo tengo —exclamó.

—Vi a tu querido Timur en la caja —le dije, como si no se lo hubiera escrito ya una docena de veces.

—¿Y?

—Me dijiste que estaba estudiando para ser terrorista.

—¿Por qué te crees cualquier chorrada? —Ignoró la ofensa y me puso el cuaderno delante de las narices—. Mejor mira esto. Ya está todo arreglado.

Intenté descifrar un par de líneas ilegibles.

—¿Es tu diario?

—No —dijo triunfante—. Tu diario. Lo que hace Leah lo podemos hacer nosotras, ¿o no?

Yo debía de tener una expresión de absoluto desconcierto. Se dejó caer en el escalón y me atrajo hacia sí cogiéndome de la manga. Después me explicó lenta y claramente que estaba dedicándose a reescribir la historia de Leah, de manera que todo saliese bien. Si realmente se trataba de mí, ella lo haría mejor que una autora que no me conocía de nada y que consideraba a todas las personas de nuestra edad tan poco interesantes como las cucarachas.

—Todas con una excepción —dije—. Tú la inspiras. Quiere quedar contigo.

—Eso quieren muchos. —Petrowna se limpió la nariz con la manga—. ¿Me has entendido? ¿Sabes lo que he estado haciendo todo este tiempo?

—No es tan difícil. No me tienes que hablar como si fuera una cría.

—Repite con tus propias palabras lo que acabo de explicarte.

Le arranqué el cuaderno de las manos y se lo devolví después de unos instantes.

—No puedo descifrar tus garabatos. Primero tienes que escribirlo en el ordenador.

No sabía que Petrowna no tenía ordenador. Ni viejo ni nuevo. Eso me aclaró por qué lo hacía todo a mano, no solo los típicos deberes, sino también las cosas que nosotros simplemente copiábamos de internet e imprimíamos: apuntes para las presentaciones de clase o trabajos más largos.

—Puedes quedarte un ordenador mío —le dije—. Uno de los viejos.

—¿Cuántos ordenadores viejos tienes?

Tenía la sensación de que era mejor no contestar.

—Vamos a escribirlo en el teléfono —dijo Petrowna tras pensarlo durante unos instantes—. Será lo más rápido.

—¿Cómo dices?

—Como un SMS. Pero más largo. Tendrás un programa para escribir en tu iPhone, ¿no?

—Sí, pero —repliqué— ¿cómo vamos a hacerlo?

—Tú lo lees y yo lo tecleo —dijo Petrowna.

—¿Es que no puedo leer lo que pone aquí!

—Entonces tú tecleas y yo te lo dicto —dijo Petrowna.

Así que nos sentamos en las escaleras y ella se puso a leer en voz baja mientras yo tecleaba las frases. Tardamos una eternidad. Petrowna me miraba por encima del hombro, me dictaba las frases y corregía los errores. Por suerte no hice tantos, porque tengo un programa de corrección en el teléfono.

No había pensado que necesitaríamos tanto tiempo. Ya había anochecido. Mientras estábamos ahí sentadas, la puerta de Petrowna se abrió al menos tres veces. Sus hermanos se pusieron a tirarnos bolas de papel que, tal y como yo me temía, habían chupado antes: las bolas estaban sospechosamente húmedas y olían a babas.

Una vez otra mujer adulta asomó la cabeza por la puerta y gritó un par de frases. Petrowna contestó voceando sin ni siquiera darse la vuelta. La mujer desapareció.

—¿Está enfadada? —le dije en voz baja.

—No. Mi tía nos va a traer algo de comer. Concéntrate.

La mujer nos puso un plato en el escalón. En él había una especie de empanadillas. Cuando quise coger una, Petrowna me dio en los dedos.

—¡Necesitas los dos dedos gordos para escribir!

—¿Y tú?

—Yo no. Y se comió dos empanadillas de golpe después de limpiarse las manos con un pañuelo desinfectante. Ya no pronunciaba las frases con tanta claridad.

En tres ocasiones pasaron vecinos a nuestro lado. Uno pisoteó nuestro plato. A otro se le cayó una bolsa de judías sobre mi cabeza, y ni siquiera me pidió perdón. Un tercero nos echó la bronca. Sin ni siquiera darse la vuelta Petrowna escupió una salva de palabras en su dirección. Una vez más no entendí nada.

—¡Terminado! —dijo Petrowna en algún momento. Dejé mi móvil en el escalón y cogí la última empanadilla que quedaba en el plato, junto a la pisada del señor.

—¿Y bien? —dijo sin aliento—. ¿Qué te parece?

—¿El qué?

—El comienzo de mi historia. La entrada de tu diario.

Me encogí de hombros.

—No he hecho más que escribir, no lo he podido leer.

—¿Quieres decir que has tecleado palabra por palabra y no has entendido nada?

—Sí, he entendido algunas palabras sueltas —dije, indignada.

—Pero en realidad no tienes ni idea de lo que ha pasado.

—Realmente no —confesé.

Petrowna soltó un gemido.

—Entonces tienes una tarea más para mañana.

—No deberías estar siempre enganchada al teléfono, tienes una mala postura —dijo mi madre. Se acababa de pintar un ojo y el otro estaba todavía pálido y lleno de arrugas. Me dijo que se iba con sus amigas de yoga a comer en un restaurante eritreo.

—¿Con todo el grupo?

—Mmmmm —dijo, lo que realmente no era una contestación a mi pregunta.

—No estoy enganchada al teléfono —le expliqué—. Estoy leyendo un libro.

—Estás leyendo tu móvil.

—Pero estoy leyendo un libro.

Justo el que yo había tecleado con mis dos pulgares. Ahora que no tenía que escribir y leer al mismo tiempo, el texto me resultaba de lo más emocionante. Después del libro de Leah no era tan

fácil emocionarme.

Sin embargo, al principio había intentado escaquearme, porque había que leer demasiadas páginas.

—¡Son páginas diminutas de un teléfono móvil, tía! —me había contestado inmediatamente Petrowna dejándome KO—. Y no lo he hecho para mí.

—Leer es malo para la vista —dijo mi madre.

—¿Es que crees que lo hago por gusto? —exploté—. ¿Por qué todos os tenéis que meter conmigo? ¿Cuándo vuelves?

—En algún momento. —Sonrió con los labios pintados. No tenía buen aspecto, pero parecía satisfecha—. ¿Tienes miedo de quedarte sola?

—No soy una cría.

—Puedes invitar a tu amiga, la gorda asocial.

—No es gorda, es grande —contesté automáticamente—. ¿Desde cuándo tiene permitido dormir aquí?

Mi madre me dio un beso en la cabeza sin contestarme y se fue. Seguí leyendo mientras se me quemaba en el horno una *pizza* congelada de salami y champiñón, seguí leyendo mientras quitaba la parte quemada de la *pizza*, seguí leyendo mientras comía, mientras bebía, en el váter.

Cuando terminé tenía la sensación de que me faltaba algo. Así que hice lo que hasta entonces nunca había hecho voluntariamente. Volví a leerlo todo. Y una vez más. Maldita Petrowna, pensé, esto es todavía poco texto. Me sentía como si me estuvieran dejando morir de hambre delante de un plato lleno de comida.

Oí a mi madre regresar de madrugada y desaparecer en su habitación silbando suavemente. Los ojos se me cerraron de nuevo. Durante las horas anteriores había tenido un ojo cerrado mientras el otro seguía leyendo. Probablemente por eso los ojos no pararon de lagrimear, incluso cuando ya estaba durmiendo.

—Tienes que seguir escribiendo —le dije a Petrowna.

Llevaba dos semanas diciéndoselo una y otra vez. La primera vez se sintió abochornada, como cuando nuestro profesor de gimnasia dijo delante de toda la clase que todas las chicas deberían tener una figura como la de Petrowna, o sea, no tan delgada. Aquel día se puso roja como un tomate, y después se enfadó un montón.

Esta vez primero se sonrojó, después se quedó callada.

—¿Eso significa que te gusta? —me preguntó.

—Claro que no. Solo quiero saber cómo continúa.

—Tú ya sabes cómo continúa. Todo saldrá bien, no como en el libro de Leah. Jasper se salvará.

Reprimí la sospecha de que me estaba ocultando algo importante.

—En tu libro él es diferente al Jasper de Leah —dije—. En su libro es un tontorrón aburridísimo, pero en el tuyo es un tío muy guay.

—No quería hacerle especialmente guay. Tan solo normal.

—¡De verdad, Petrowna! Todos esos hoyuelos y sus manos y esos mechones de pelo húmedos por el sudor. ¿Eso te parece normal?

Se encogió de hombros. Poco a poco fui teniendo la sensación de que Petrowna no quería

hablar del tema. Y para sacarla de su mutismo, pensé en voz alta qué actor podría interpretar el papel de Jasper si hicieran una película del libro.

—¿Qué pena que Shawn Mendes sea solo cantante! ¿Verdad?

Pero ni siquiera reaccionó a esa frase.

—¿Sigues escribiendo en tu Samsung? —le pregunté.

Farfulló algo. Tal vez la cosa ya no le hacía gracia y no quería reconocerlo. O el texto no le estaba saliendo tan bien como ella esperaba. Una vez en el colegio, al terminar un trabajo de lengua rompió una docena de páginas escritas y dijo: «¡Mejor un suspenso que entregar esta porquería!». Aún recuerdo cómo la profesora, la señora Niemens-Grützke, intentó recuperar de la papelera los pedazos para reconstruir el texto.

—¡Ni se te ocurra borrar el archivo! —le dije.

Me miró con extrañeza.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque tal vez crees que no te ha salido bien.

La mirada de Petrowna me atravesó. Detrás de mí estaba Jasper secando con la manga la lluvia del sillín. Podía verlo reflejado en las gafas de sol de Petrowna.

—El libro me ha salido fatal —dijo muy animada de repente—. En realidad es una idea fantástica borrarlo todo.

—¡No! Te acabo de decir justamente lo contrario.

—¿Qué? —preguntó, lanzando una sonrisa que no iba dirigida a mí.

—¡Dame tu archivo! Al fin y al cabo trata de mí.

—No todo trata siempre de ti —dijo Petrowna de repente en un tono demasiado alto, tan alto que vi a Jasper estremecerse en las gafas de sol—. Pero vale, tú lo has querido.

Sacó su teléfono, tecleó un par de veces y después me enseñó la pantalla. Me acababa de mandar un correo electrónico con un documento adjunto.

12

Me levanté media hora antes de lo habitual, aunque me sentía destrozada. Me puse mi acostumbrada ropa de color negro, me lavé los dientes y contemplé mi rostro en el espejo como si no lo hubiera visto nunca antes. Me preparé un capuchino con leche de almendras (la leche había desaparecido de nuestra cocina en los últimos tiempos porque era demasiado poco saludable) y salí a hurtadillas de casa cargada con mi mochila.

Era sorprendente lo diferente que parecía el mundo si cogías el metro media hora antes de lo habitual. Había muchas menos personas. Y no estaban tan nerviosas ni hacían tanto ruido. Quizá porque seguían durmiendo con los ojos abiertos. Por eso no estaban atentas a sus teléfonos, sino mirando al frente. Silencié el mío y también desactivé la vibración. Me sentía como si me hubieran amputado una parte del cuerpo.

Por primera vez en mi vida llegué la primera al laboratorio de química. Por suerte ya estaba abierto. Entré, me senté en mi sitio, puse la mochila en el pupitre y apoyé la cabeza. En esa postura me quedé dormida. Jasper me despertó.

—Disculpa —dijo cuando casi me caigo de la silla por el susto—. Creí que estabas pensando.

—Entonces es que esperas demasiado de mí —murmuré. Se sentó sobre la superficie libre de mi pupitre y comenzó a bambolear las piernas sin dejar de sonreír.

—¿Has entendido el ejercicio 6c? —me preguntó.

—Jasper —dije—. No te quieres enterar, ¿o qué? No entiendo nada de química. Siempre copio los deberes de Petrowna.

Esbozó una sonrisa aún más amplia.

—¿Por qué te deja simplemente copiar en vez de ayudarte? De esa manera no vas a aprender nunca.

—Porque me tiene por imposible —contesté—. Me considera la tía más torpe de la tierra.

—Vaya. —Extendió el brazo y me dio unos golpecitos en el hombro. Debía de ser a modo de consuelo—. Los hay más aún.

—¿Más qué?

—Torpes.

—No para Petrowna.

—¿Te lo ha dicho?

—Peor aún. Lo ha escrito.

Finalmente lo pilló.

—¿Es que tenéis un problema o qué pasa?

Me encogí de hombros. No encontraba las palabras para explicarle a Jasper en qué estado se encontraba mi amistad con Petrowna. Hubiera tenido que retroceder mucho en el tiempo. Y ya el propio comienzo de la historia sonaba muy extraño.

Así que nos quedamos los dos callados, él bamboleando las piernas y yo mirando la parte de atrás de sus pantalones vaqueros, mientras la clase se iba llenando. La última en entrar a toda prisa fue Petrowna. A juzgar por el tono vehemente de sus disculpas, se había chocado con el señor Brenner en la puerta.

Se dejó caer a mi lado, tiró la mochila encima de la mesa y se volvió con expresión furiosa hacia mí.

—¡He estado esperándote! ¡Todo el tiempo! ¡En el metro! ¡Te he enviado un millón de mensajes y tú...! —Ahora le faltaban incluso las palabras.

—¿Por qué esperar a alguien que es tan estúpido?

Ni siquiera la miré a la cara.

—¿Quién es estúpido?

—Venga, ¡no te hagas de nuevas!

Parecía perpleja. Verdaderamente confundida.

—Ya me imaginé que no te iba a gustar —farfulló.

—¡Vaya sorpresa! —estallé, intentando no alzar la voz demasiado—. Me describes como una tía gorda, estúpida y mimada y a mí, curiosamente, no me parece bien. ¿Es que estoy gorda? Y sobre todo, ¿cómo me puedes poner de nombre Pia? ¿Es que no sabes que es el nombre que más odio?

Petrowna abrió la boca, pero el señor Brenner se le adelantó.

—Siento mucho molestar —dijo por encima de nuestras cabezas—. Pero por favor, Pia, coge tus cosas y siéntate en el asiento libre junto a Jasper.

Petrowna soltó una risita que sonó un poco amarga y, sobre todo, bastante malévola.

—¡No me llamo Pia! —gruñí.

—Si usted hubiera participado en clase tan solo una vez en el último semestre, tal vez habría tenido la oportunidad de aprenderme su nombre, ser desconocido —dijo el señor Brenner.

Durante toda la hora me arrepentí de no estar enamorada de Jasper. Las cosas que había escrito Petrowna, excepto las repugnantes descripciones de mi persona, eran en realidad bastante agradables. Era mucho más odiosa que Leah, pero su historia era mejor y Pia y Jasper eran una pareja superguay. Si todo hubiera sido como en el libro de Petrowna, Jasper y yo hubiéramos podido estar haciendo manitas debajo del pupitre durante toda la clase. Él me habría puesto la mano en la rodilla y yo habría cogido su bolígrafo Frixion sin preguntar por qué me había olvidado el mío en casa.

Me acercó su carpeta sin decir nada cuando vio que yo llevaba demasiado tiempo buscando algo en mi mochila. Como no había podido tomar apuntes, me acercó también su cuaderno. Y él también se acercó. Nuestras rodillas se tocaban. Así por lo menos pasaría menos frío, porque el señor Brenner estaba abriendo justo en ese momento la ventana. Decía que el ambiente estaba muy cargado. Siempre nos hacía entender que éramos demasiados en clase y le robábamos el oxígeno.

Noté la corriente de aire en las orejas y me anudé el pañuelo alrededor del cuello.

Jasper cogió su chaqueta y me la puso por los hombros. Y al mismo tiempo no se olvidó de

seguir escribiendo y de levantar la mano con un movimiento desenfadado. Pero el profesor nunca le preguntaba. Porque el señor Brenner, supongo yo, sabía que Jasper lo sabía. Esa era también la razón por la que a Petrowna tampoco le preguntaban cuando alguien más levantaba la mano al mismo tiempo. Y por eso a veces gritaba las respuestas con su voz grave desde el pupitre si tenía que esperar demasiado tiempo.

Pero Jasper tenía paciencia. Su chaqueta olía a desodorante, al metro y un poco a perro mojado. Pero no de un modo asqueroso, sino agradable. También la tonta de Petrowna lo había notado. Y lo había descrito perfectamente en su libro, de otro modo yo no hubiera sido capaz de establecer esa comparación. Le devolví la chaqueta de mala gana cuando la clase por fin terminó, el señor Brenner salió corriendo y la ventana se cerró de golpe en el mismo instante.

—¡No hay de qué! —contestó Jasper y desapareció en el recreo, mientras yo recogía mis bártulos y me planteaba si debía quedarme con el bolígrafo Frixion para el resto del día. En realidad me hubiera encantado seguir sentada a su lado durante más tiempo, pero eso habría llamado la atención de todo el mundo y no quería pagar un precio tan alto.

—Te ayudo. —Petrowna recogió a toda prisa mis cuadernos.

—Deja ya esa mierda.

—Escucha, lo de Pia... No lo dirás en serio... Es solo un nombre.

—¡Lo digo en serio, Erna!

Se puso roja.

—Perdóname, guapa. Ha sido una estupidez por mi parte. Voy a pensar si puedo cambiar todo de nuevo. Pero no es tan sencillo como parece.

—¿Qué es lo que tienes que pensar? Y además no tienes que cambiarlo todo, solo el nombre. No es tu primogénito. Es solo un estúpido libro. Sobre mí.

Petrowna se sonrojó de nuevo. Nunca la había visto así.

—Entonces no debería mandarte la escena del beso —susurró.

—¿¡La escena del beso?!?

—Tenía que escribir algo agradable, ¿no? Algo que terminase bien.

La voz de Petrowna sonaba balbuceante, lo cual no le pegaba nada.

—¿Qué tiene que ver todo esto con un besuqueo? —pregunté furiosa.

—No tienes que leerlo.

—Claro que sí —dije—. Quiero leerlo todo.

Petrowna estuvo esperando una semana entera, pero luego explotó.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Has leído el final?

No sé, pero parecía más pequeña cuando me lo preguntó.

Estábamos ante el espejo en el cuarto de baño de chicas. Yo me estaba pintando la raya del ojo. No porque Pia-barra-yo tuviera mucha maña con el *eyeliner* gracias a un tutorial de YouTube, sino porque me resaltaba los ojos. Últimamente si no me pintaba la raya mi cara parecía pálida e inexpresiva.

Por desgracia había encontrado esa frase en la historia que había escrito Petrowna.

Pues claro que había leído el final. Lo había leído todo, aunque el texto se había estirado como la serpiente del juego que venía instalado en los antiguos móviles Nokia. Eran muchísimas páginas. Pero se leían tan rápidamente que tuve que empezar una segunda vez desde el principio porque quería más y más.

No sabía cómo explicárselo a Petrowna, pero esas páginas eran precisamente la causa de que la llevase evitando toda una semana. Era la primera vez que eso sucedía en la historia de nuestra amistad, porque la mayoría de las veces, tal y como me acababa de dar cuenta, era yo la que corría detrás de Petrowna.

Esta vez los papeles se habían tornado. Petrowna me buscaba continuamente con la mirada, pero yo la evitaba. Encima yo había quedado ya dos veces a la salida del colegio con Anabell, a la que Petrowna llamaba la «Princesa somnífero». Mi madre se aprendió su nombre para siempre después de la primera reunión del colegio porque el padre de Anabell estaba en alguna junta directiva.

Anabell parecía una modelo y se había enamorado, tal y como me confesó, de la funda de mi iPhone. Charlamos dos días al menos durante dos horas sobre las fundas de los iPhone. La mía me la había traído mi padre de Londres. Anabell la fotografió desde todos los ángulos con su iPhone para poder enseñársela a su padre con todo lujo de detalles. Cuando le pregunté qué era lo último que había leído (ni yo misma me podía creer que le estuviera preguntando algo así), Anabell me respondió: «¿Qué quieres decir?».

Sin embargo, no me venía mal para variar. Esperaba que su cháchara me ayudase a olvidar la traición de Petrowna. Yo también quería hacerle daño. Aunque Petrowna fuera el cerebritito de la clase, del colegio y del mundo entero, nadie le había dado permiso para destrozarme de tal manera con su Samsung.

Y nadie podía obligarme a creer que todo lo hacía para salvar a Jasper.

Me había retratado como una persona tan ridícula que se me cortaba el aliento. No solo es que me siguiera llamando Pia. Su personaje habría rechazado cualquier otro nombre, decía. No tengo ni idea de lo que quería decir con eso.

La chica era, por lo demás, despiadadamente penosa. Era rica y mimada, una hija única que vivía en una casa inmensa y estaba loca por Jasper. No es de extrañar, porque él era un tío alucinante. Desgraciadamente Petrowna había descrito todo aquello de una manera tan convincente que te lo creías.

Podía imaginarme perfectamente a Pia. Podía ver a aquel chico increíblemente dulce y con una alergia sin diagnosticar yendo a pasear al parque con su perro. Lo único que no me podía explicar era por qué un tío tan guay se enamoraba de una tía tan pедorra. Porque desde luego no podía adivinar desde el principio que ella le salvaría la vida al final de la historia.

Petrowna y yo habíamos sido durante muchos años amigas íntimas, hasta que tuve que enterarme, de esa manera, de lo poco que me apreciaba. No podía hablar del tema con nadie, y con ella menos aún.

Ahora estábamos delante del espejo del baño de las chicas y ella esperaba mi respuesta.

—No he leído nada —le dije para no tener que seguir hablando del tema—. Nunca más volveré a leer un libro.

Llamé a la puerta de Leah pensando que la encontraría con un pijama lleno de agujeros o

envuelta en una manta. Pero cuando abrió la puerta tuve que parpadear un par de veces hasta que la reconocí. Llevaba el pelo recogido, un traje negro y se había maquillado las ojeras con bastante acierto.

—Ahora no puedo —dijo en cuanto me vio—. ¿Aún sigue vivo?

—Aún. —Empujé la puerta con la punta del pie—. ¿Cómo es que va tan elegante?

—Tengo una entrevista con fotógrafo. —Me cogió de la manga para hacerme entrar y cerró la puerta—. ¿Cómo es que te presentas aquí sin más ni más? ¿Es que no sabes que hoy incluso una llamada es considerada de mala educación?

—No empiece usted también, por favor —dije—. Mi vida está destrozada. Ahora he perdido a mi mejor amiga y todo es por su culpa.

—¿A lo mejor también me quieres culpabilizar de la guerra de Siria y de los bajos intereses de los bancos? —Leah se estaba empolvando la cara con una brocha—. Tengo que irme. Me lo puedes ir contando en el taxi.

Poco después estaba sentada junto a Leah en el asiento de atrás de un taxi y le contaba lo que Petrowna me había hecho. Cómo me había roto el corazón. Con un móvil y con muchas, muchas letras.

—¿Tu amiga inmigrante? ¿Le preguntaste por fin si tenía tiempo para mí?

—¡Por Dios, le estoy contando algo realmente importante!

—Vale. ¿Y esa historia termina bien? ¿Al final el chico vive? Entonces deberías estar contenta.

—No estoy contenta —respondí—. Me siento como si hubieran abusado de mí. Como si me hubieran sacado las tripas.

—¿No será que tú nunca te sientes contenta? —Leah se estaba quitando unas invisibles pelusillas de la manga—. Si el chico se muere, no te gusta. Si el chico está felizmente enamorado, ya te estás quejando otra vez.

—¡Es que ella ha descrito cómo nos besamos! ¡Me siento como si lo hubiera hecho! No, más bien como si ahora tuviera que hacerlo. Mejor que esa estúpida Pia.

—Está exagerando. —Leah se estaba mirando en un espejo de mano—. Es solo un libro. En este caso incluso se trata solo de un manuscrito. No significa nada.

—¡Es que usted no entiende nada de libros! —exclamé furiosa.

Pero ¿de qué se reía ahora?

—¿Es que no puede escribir una historia sobre dos chicas que haga retroceder todo? ¿Para que yo pueda empezar desde el principio?

Leah exhaló un suspiro.

—Por cierto, tu colegio me ha ofrecido hacer un taller. ¿Debo aceptarlo?

—¿Por qué siempre se está escuchando a sí misma? —exploté—. ¿Y adónde demonios se dirige? ¡Quiero bajarme en la próxima estación de metro!

—Nunca esperes agradecimiento —dijo Leah—. Me lo tatuaré en el muslo. —Y le gritó al taxista como si fuera sordo—: ¡Por favor, deje a esta chica en la próxima esquina!

13

Anabell y yo fuimos al cine a ver la última película de Disney. No solo nos unían las fundas del iPhone, sino también la pasión por las películas de animación. Quería evitar las películas románticas a toda costa, porque tenía la sensación de que después me sentiría peor. Estábamos comprando palomitas y un refresco cuando escuché unas voces familiares a nuestras espaldas. Curiosamente reconocí primero la voz de Jasper.

—Esos cubos gigantes de palomitas me parecen monstruosos, pero la verdad es que cuando compras uno, se queda vacío enseguida —decía él.

—Monstruoso es otra cosa —contestó Petrowna con un tono extrañamente dulce.

Me di la vuelta, pero seguían sin verme. Es que yo soy bajita. Además el pelo rubio de Anabell relucía tanto a mi lado que yo me sentía del todo insignificante. Jasper y Petrowna estaban muy juntos, pero no como si fueran una pareja, sino buenos amigos. Como Jasper y yo hacía poco. Como Petrowna y yo hacía poco. Nosotras incluso nos habríamos dado la mano o el brazo. Pero ellos dos no lo hacían.

Soy de reflejos lentos cuando algo me sorprende. Me quedo paralizada. Como en aquel momento. Anabell me dio un empujón porque no se podía decidir entre las palomitas dulces o las saladas. Se volvió hacia mí e inevitablemente miró en la misma dirección.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Los has visto? ¿Qué hace con ella?

—¿Y qué hace ella con él? —respondí en un susurro.

En ese momento nos descubrieron.

Yo ya había visto a Petrowna en muchos estados de ánimo diferentes. Furiosa (a menudo), indiferente (más a menudo), contenta (raramente), impredecible (continuamente), genial (la mayor parte del tiempo); sin embargo, nunca la había visto tan perdida. Y de nuevo se había sonrojado. Su cara brillaba incluso en la penumbra. Tenía una expresión de desamparo y le salieron hoyuelos como a un niño pequeño.

El único que se alegró sinceramente fue Jasper.

—¿Vais a ver también esa película de animales? Podemos sentarnos juntos —dijo con una sonrisa.

Anabell se encogió de hombros. Petrowna también. Yo en cualquier caso había perdido el habla. Estaba observando las pestañas de Jasper, que tenían las puntas de color rojizo, justo como lo había descrito Petrowna en su libro. ¡No me había dado cuenta hasta entonces!

—No queremos molestar —dijo Anabell con una voz con la que hubiera podido doblar a las princesas de las películas de Disney. Y al decirlo puso los ojos en blanco para provocarles.

Petrowna ni siquiera le dedicó una mirada. Me estaba mirando a mí desde arriba, pero curiosamente al mismo tiempo era como si ella fuera pequeña y yo grande. No sabía qué hacer. A Jasper ni siquiera le quería mirar, porque verle me entristecía casi tanto como ver a Petrowna.

—Tenemos asientos numerados —dije yo—. Lo mejor es que los conservemos. No vayamos a tener luego lío.

—Es cierto —contestó Jasper—. Pero después podemos hacer algo juntos.

Después de la película quise marcharme a casa lo antes posible, pero Anabell necesitaba con urgencia «su porción vespertina de pasta» en el restaurante Vapiano. Por suerte no le gustó y tras el primer bocado llamó a su madre, que la recogió pocos minutos después como si la hubiera estado esperando con el coche en la esquina más cercana.

Todos respiramos aliviados cuando Anabell se marchó. Poco después los tres estábamos junto a la entrada del metro. Yo miraba a Jasper, él a Petrowna y ella a mí.

—Te llevo a casa —le dijo Jasper a Petrowna.

—A ti también, claro —dijo unos segundos después. Al hacerlo sonrió azorado, lo que casi me hizo llorar.

—Pero tú tienes que ir en otra dirección —dijo Petrowna.

—Da igual —contestó Jasper sonriente.

Yo no dije nada porque no pintaba nada.

—No te preocupes, no vamos a pegar a nadie por el camino ni tampoco vamos a robar bolsos.

Mientras hablaba, Petrowna miraba a Jasper a los ojos y yo me sentía como un chicle en la suela de su zapato.

—¿Prometido? —preguntó Jasper.

—¿Algo más? —dijo Petrowna, y luego para despedirse le dio un beso en la boca.

—Te lo puedo explicar —me dijo cuando estábamos ya en el metro, aunque no le había pedido ninguna explicación—. Seguro que estás pensando lo peor de mí. No, no puedo explicarlo. No sé qué decir.

—Mejor explícame tu libro —dije en un susurro—. ¿Has estado esperando nueve años para decirme todo lo que has escrito?

—¿De qué estás hablando? —Petrowna me agarró de los hombros—. ¿A qué te refieres?

—A mí. —En ese mismo instante me di cuenta de que no tendría que haberlo dicho—. A nosotras —me corregí—. A todo. Sobre todo me refiero a Jasper.

—Si hubiera sabido que las cosas se iban a poner así, no habría escrito ese estúpido libro jamás —dijo Petrowna.

Yo asentí.

—Sí, hubiera sido mejor.

—Lo sé —dijo, dejando caer los hombros—. No sabría decirte cuándo empezó a torcerse la cosa. Al principio quería escribir tu historia, lo quería hacer bien, mejor que Leah, pero luego...

—... tenías que reírte un poco a mi costa. —Apreté los ojos para que las lágrimas salieran.

—Pero ¿por qué dices que a tu costa? —preguntó Petrowna, que esta vez, para variar, no entendía nada.

—¡Porque yo soy Pia, y Pia es una imbécil!

Petrowna se me quedó mirando fijamente. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Y luego la abrió de nuevo. Carraspeó.

—Creo que no has entendido nada, cielo. Esa Pia, excepto en las primeras páginas, no tiene nada que ver contigo. Soy yo.

¿Me quedé sorprendida? No. Estaba flipada, me había quedado de piedra. ¿Tanto me había equivocado?

—¡Pero si es fea! —dije débilmente.

—¡No lo es! —replicó Petrowna contrariada como si hubiera ofendido a su prima favorita—. Es que no tienes gusto.

—¡Es una hija única rica y mimada! —Esta vez la lógica estaba de mi parte.

—¿Es que una no puede fantasear en su propio libro? —gritó Petrowna.

—¡Su madre nació en una granja de Sudáfrica!

—Tenía que cambiar un poco las cosas, no quería que te dieras cuenta enseguida de que estaba escribiendo sobre mí misma.

—Y entonces, ¿quién es ese tipo que en el libro se llama Max? —pregunté por si acaso. A lo mejor también me había equivocado.

—Venga, eso sí que lo sabes —murmuró Petrowna—. Me temo que ahí sí que me he pasado.

Después no dijimos nada más hasta mi estación, nos bajamos y anduvimos siete minutos hasta la puerta de mi casa. Allí nos quedamos paradas en silencio.

—Anda, ríete —me pidió Petrowna con humildad.

—Ahora mismo no puedo. Tal vez mañana —contesté, aunque no lo creía.

—También me puedes pegar, si quieres. —Y se agachó hacia mí, para que la alcanzase mejor.

Le revolví el pelo y después me limpié la mano en su chaqueta.

—¿Desde cuándo usas gel, Petrowna?

—¡Déjalo ya! ¿Es que no tienes suficiente con verme caer tan bajo? Y además —Petrowna se giró en dirección a nuestra casa—, tu madre ya no aguanta más. La cortina de la cocina se está moviendo todo el rato.

Y poniéndome un brazo sobre los hombros señaló con el otro en dirección a la ventana.

Casi al mismo tiempo se abrió la puerta de entrada. Mi madre se había echado un chal sobre el pijama y estaba bostezando a la luz de la farola de nuestro jardín.

—Venid adentro —dijo—. Ya me he cansado de espiaros.

—¿Yo también? —preguntó Petrowna con estupor.

—Tú también. Si no mi hija se va a quedar toda la noche en la calle por ti.

Petrowna respiró ruidosamente.

—Muchas gracias. Pero de verdad tengo que irme.

Mi madre se encogió de hombros, entró en casa y dejó la puerta medio abierta.

Petrowna se había ido a casa y yo estaba tumbada en la cama leyendo su historia de nuevo. No podía entender por qué me había enfadado tanto. Y por qué había estado tan ciega. Todo lo que Petrowna me acababa de decir era cierto. Bastaban un par de palabras y de repente tenía ante mí un libro completamente diferente que por desgracia ya no tenía nada que ver conmigo.

Metí el móvil debajo de la almohada, me puse de lado y cerré los ojos. Pensé en la verdadera Petrowna que se quería ocultar tras una chica inventada. Que al parecer deseaba ser una tía tan tonta y aburrida como la de su libro. Que prefería ser rica y aburrida en lugar de fascinante.

Una vez, cuando Petrowna y yo teníamos trece años, hubo una semana en la que no tuvo ni un momento para mí. Faltaba sin causa justificada a la escuela. Al final de la semana apareció y dijo que se quería casar. El hombre era un tío político de segundo grado que acababa de cumplir veinte años y ya era vicepresidente de una agrupación de *hackers* de Azerbaiyán, según contó Petrowna. Por eso nadie podía verle, aparte de ella, porque la policía alemana le podía echar el guante.

Petrowna dijo con convencimiento que era el amor de su vida, mientras compartíamos un helado y procurábamos repartirnos equitativamente la nata y las bolitas de chocolate. Me enseñó una foto de la que solo recuerdo la capucha.

En aquel entonces aquello no me sorprendió. La historia le pegaba mucho a Petrowna. Ese jefe de una banda peligrosa era justo el tipo de hombre que me imaginaba a su lado.

Pero tres días después Petrowna volvió a ser completamente normal. Me contó que ella y su prometido se habían separado porque no compartían los mismos valores. Y en la cabeza se me quedó para siempre la idea de que los chicos normales no estaban hechos para mi amiga.

Y ahora se dedicaba a besar a Jasper. Jasper, un chico al que yo al principio ni siquiera había tomado en consideración. Y que me seguía pareciendo aburrido porque era demasiado majo para ser interesante. Hasta que leí el libro de Petrowna. Desde que le había visto con los ojos de Pia, todo era diferente.

Pero yo jamás podría competir con Petrowna, que ya en una ocasión casi se había convertido en una mujer casada.

Lo máximo que podía hacer era seguir intentando salvar la vida de Jasper.

—Nada de nada —me dijo Petrowna dos días después—. Le he preguntado por todas sus enfermedades. Está sano. Nunca ha sufrido una picadura. Le he dicho que de todas maneras debería tener cuidado con las posibles alergias y eso, pero se limitó a sonreír.

Petrowna llevaba horas estudiando páginas de medicina para informarse de lo que había que hacer en caso de sufrir la picadura de un insecto. En su libro Pia había extraído el aguijón con los dientes y había salvado a Max de una muerte segura. Pero Petrowna sabía que en la vida real las cosas no serían tan sencillas.

—Lo más importante es conservar la calma —leía en voz alta—. Rascando cuidadosamente se puede extraer el aguijón para evitar que el veneno llegue hasta el riego sanguíneo.

—Entonces puedes hacer eso —le dije.

—Después debe poner las piernas en alto y hay que llamar a emergencias —siguió leyendo Petrowna—. Ah, guay. Mira, aquí pone que también se le pueden administrar medicamentos antialérgicos. Si los tienes a mano.

La farmacéutica llevaba unas gafas de pasta que asomaban bajo un flequillo recto y gris. Los ojos estaban justo en el medio, porque las gafas se le habían escurrido hasta la punta de la nariz.

—¿Me lo puedes repetir, por favor? —preguntó.

—Quisiera comprar adrenalina, un antihistamínico, cortisona y Beta-2-miméticos —leí de un trozo de papel. Me había escrito todas las cosas que decía la página web de Petrowna. Seguro que

ella se lo habría aprendido de memoria a la primera.

—¿Para hacer qué? —La farmacéutica entornó los ojos extrañada.

—Para ayudar a una persona en un caso de emergencia —le dije—. Después de un *shock*.

La farmacéutica se apoyó las gafas en la frente.

—¿Y a quién, si puedo preguntar?

—A un conocido. —Tragué saliva—. El novio de una amiga. Tenemos indicios de una posible picadura. Podría ser alérgico y morir en la flor de la vida.

—¿Indicios de una picadura? ¿Te lo ha comunicado el servicio secreto de las avispas?

La farmacéutica seguía con gesto serio, pero yo tenía la sensación de que se estaba divirtiendo.

—¿Tu amigo es alérgico a las picaduras de insectos? —preguntó finalmente la farmacéutica, exhalando un suspiro.

Probablemente hubiera debido mentir. Pero en lugar de hacerlo me encogí de hombros.

—No lo puedo descartar.

—Se trata de un juego, ¿verdad? —preguntó la farmacéutica.

—¡No! —contesté—. Es una cuestión de vida o muerte.

—¿En este mismo instante?

—No, todavía no. Probablemente en mayo o junio.

—Entonces a más tardar en esa época tendrás una receta para mí —dijo la farmacéutica.

¡Una receta! En eso no había pensado para nada.

—Cuando alguien se está muriendo en sus narices, ¿también le pide una receta?

—No —contestó la farmacéutica—. Llamo al médico de urgencias. Bueno, no eres la única en la farmacia. Hasta luego.

Abrió un cajón y me puso en la mano cuatro pastillas de glucosa de colores.

En realidad me tendría que haber relajado con todo ese asunto. Al fin y al cabo Jasper ya no era mi problema, sino el de Petrowna. Y al mismo tiempo era su felicidad. ¿Qué podía pasarle ahora? Ninguna avispa podía vencer la determinación de Petrowna.

Le conté lo de mi visita a la farmacia, y con ello le traspasé oficialmente la responsabilidad. Mientras se lo decía incluso conseguí sonreír aliviada, aunque Petrowna enseguida preguntó por qué sonreía de aquella manera tan extraña... «Como mi abuelo después de ir al dentista», dijo.

Después de mi visita a la farmacia Petrowna había vuelto a revisar su historia: un insecto le picaba y Pia le salvaba la vida extrayéndole el aguijón y poniéndole una inyección de emergencia en el brazo. ¡Vaya movida! Alabé todas las mejoras y en mi interior deseé ardientemente que a Petrowna no se le ocurrieran más ideas. Porque ya me estaba atacando a los nervios eso de leer siempre lo mismo con pequeños cambios. Y además me dolía.

—Mejor escribe una continuación —le dije, y al hacerlo me pareció que le estaba haciendo la pelota, porque Petrowna resplandeció de alegría.

Yo ya no tenía nada más que hacer. En cualquier caso necesitaba un descanso urgentemente. Y lo tuve: de nuevo Petrowna no tenía tiempo para mí. Durante la clase se dedicaba a mirar a Jasper y le enviaba mensajes con el móvil escondido debajo del banco. En el recreo me tiraba los cuadernos para que los copiase y se iba a besuquearse con Jasper en el patio de fumadores.

Cuando le preguntaba algo, no me contestaba, probablemente porque en ese mismo instante se estaba imaginando con Jasper en una bañera.

14

Cuando mi madre me dijo que llevaba mucho tiempo sin saber nada de Petrowna, puse los ojos en blanco para disimular la punzada que sentí en el corazón.

—¿Será porque tenía prohibido entrar en casa? —pregunté con aparente frialdad.

—Ay —dijo mi madre—. Esa es una vieja historia. En aquel entonces erais muy pequeñas las dos.

—Ahora es demasiado tarde. Ya no tiene tiempo para mí.

—Ajá, ¡tiene un novio! —A veces mi madre pillaba las cosas de un modo increíblemente rápido—. ¿Cuándo te vas a echar tú uno?

Nos ahorré a las dos una situación penosa haciendo como que no la había oído. Y en lugar de contestar me puse a escribirle un mensaje a Petrowna. En contra de lo que esperaba, me contestó de forma inmediata por primera vez desde hacía varias semanas.

Te he echado de menos, me escribió. **¿Puedo ir a dormir a tu casa?**

Entonces hice algo desacostumbrado. Me volví hacia mi madre y le enseñé la respuesta de Petrowna en el teléfono. Tapé cuidadosamente el resto de los mensajes con el dedo.

—Si no nos pone la casa patas arriba... —contestó mi madre titubeando.

—Entonces era muy pequeña —dije, repitiendo sus palabras de antes—. ¿Eso significa que la prohibición queda oficialmente anulada?

—Quizá de manera condicional —contestó mi madre—. Y si se lava las manos antes de comer.

Petrowna se lavaba las manos con mucha más frecuencia que mi madre. Siempre decía que para ella era un acto propio de personas civilizadas. En cambio mi madre siempre se olvidaba de lavárselas, incluso después de ir al baño. A veces tan solo abría y cerraba el grifo sin mojarse los dedos. La había visto hacerlo un par de veces. Ese comportamiento me parecía un misterio.

Petrowna no solo se lavaba las manos después de ir al baño, sino también antes. Y cuando llegaba a casa. Y cuando había ido en metro se enjabonaba los dedos dos veces. Y antes de comer, por supuesto. Y cuando había tocado huevos crudos.

—Hay salmonela en la cáscara —me explicó.

—¡Qué gracia!

Nuestros móviles estaban juntos encima de la mesa. Habíamos buscado en una página web algunas recetas de crepes y estábamos intentando ponernos de acuerdo sobre cuál íbamos a hacer. Petrowna me pegó un grito porque había manchado su pantalla con yema de huevo. Y porque ahora

las salmonelas estaban en su Samsung y no se podía lavar.

Mi madre hizo su aparición bien entrada la mañana y yo suspiré aliviada al ver que iba vestida de una manera casi normal. Un pijama con las perneras demasiado cortas pero, al menos, a rayas. Eso era ya un avance. Un mes antes llevaba siempre pijamas con todos los personajes de Disney que a mí me encantaban cuando estaba en la guardería. Le rogué que me entregase todos. No porque me los quisiera poner, sino porque los quería llevar en secreto a una tienda de segunda mano.

Petrowna y yo habíamos hablado. Por primera vez tuvimos una noche entera para hacerlo. Yo estaba un poco preocupada porque tal vez ya no sabríamos qué decirnos. O nos gritaríamos o quizá nos pegaríamos. O peor aún: tenía miedo de que ella solo hablase de Jasper.

Pero todos mis temores eran infundados. Petrowna no dijo ni una palabra sobre Jasper. De vez en cuando la pantalla de su móvil se encendía. Entonces tecleaba algo velozmente, pero de tal manera que yo no alcanzase a verlo.

En un momento dado dijo:

—En los libros todo es más guay que en la vida real. Incluso cuando una misma los ha escrito.

Cuando le pregunté a qué se refería, hizo un gesto de hastío. Me escuchaba con mucha más atención que antes. Le conté lo extraño que me resultaba que mi padre fuese a tener un niño. Y que me preguntaba si se parecería a mí.

—Seguro —contestó Petrowna—. Fijo que tiene esa mala suerte.

Hablamos de cómo nos gustaría ser cuando fuésemos supermayores, tipo veinte o veintidós años. Nos prometimos vivir juntas, comprar un televisor enorme y prepararnos siempre zumo caliente de limón cuando una de nosotras estuviera enferma.

A la mañana siguiente estábamos muertas de cansancio. Y discutíamos sobre si debíamos echar en la sartén mantequilla o aceite de girasol. Teníamos que elegir entre cuatro recetas y en cada una de ellas ponía algo diferente.

—Mantequilla —se entrometió mi madre mientras nos ponía un paquete encima de la mesa.

Petrowna estudió el envoltorio desde todos los ángulos, asintió, cortó un trozo y lo puso en la sartén, donde enseguida empezó a chisporrotear. Mi madre nos miraba mientras echábamos la masa en la sartén e intentábamos darles la vuelta a los crepes, justo cuando ya no estaban líquidos pero tampoco quemados. Lo conseguíamos una de cada tres veces. Fuimos poniendo los defectuosos en otro plato, y la verdad es que estaban especialmente ricos.

—¿Puedo probar uno? —preguntó mi madre.

Empecé a quitar la parte quemada de uno de los crepes que tenía mejor aspecto, pero me lo quitó de las manos y se lo metió entero en la boca.

—Eres una invitada muy agradable —le dijo a Petrowna.

—Muchas gracias —dijo Petrowna con el tono más suave de su voz.

—¿Qué quieres ser de mayor? Me refiero al trabajo —le preguntó mi madre.

Puse los ojos en blanco. Pero Petrowna se quedó tan tranquila.

—Voy a estudiar informática —dijo, y mi madre la miró con un gesto de aprobación.

Yo sabía que Petrowna no estaba diciendo la verdad. En cualquier caso no toda la verdad. Hacía poco me había dicho que quería estudiar tecnología aeroespacial. Mi madre se comió tres crepes más con Nutella y después nos dejó solas. El Samsung vibró. Petrowna limpió las salpicaduras de la pantalla y se lo metió en el bolsillo.

—Es un pesado —dijo—. Pero tengo que irme.

—¿Y quién va a recoger todo esto? —le pregunté.

—Ya nos habíamos puesto de acuerdo. Cuando vivamos juntas, yo cocinaré y tú limpiarás —dijo Petrowna.

Pero después se compadeció, limpió rápidamente con un trozo de pijama de Micky Mouse de mi madre las salpicaduras que habían caído en los armarios y en el suelo y se marchó.

Me había alegrado demasiado pronto. Yo esperaba que con aquello mi historia se terminara. Al fin y al cabo Petrowna la había reescrito. Y aunque me había dolido, lo cierto es que había conseguido ponerse ella como protagonista y liberarme a mí. Pero mi esperanza no duró mucho tiempo.

Petrowna se separó de Jasper tres semanas antes del pícnic y declinó toda responsabilidad sobre su futuro.

—Lo siento mucho —me dijo—. Tengo una sobredosis de sonrisas. Si le veo otra vez sonreír empezaré a gritar. Ya no puedo hablar sobre él, ni siquiera puedo pensar en él. A partir de ahora hazme el favor de hablar de este asunto con otra persona.

—¡Pero si ya lo teníamos todo planificado! —protesté, horrorizada—. ¡No me puedes hacer esto!

—No puedo reprimir mis sentimientos —dijo Petrowna—. Y yo he hecho lo que he podido. Ya no tienes que sentirte responsable. Y yo menos todavía, desde luego.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por nada. Simplemente ya me da igual.

—¿Y si muere?

—Con esa sonrisa no morirá ni a los cien años —dijo Petrowna—. Incluso en un libro sería algo totalmente inverosímil.

Pero ¿por qué todo eso no me tranquilizaba?

—De todas las traiciones que te he soportado, esta es la más fuerte —le dije.

—Si dices siempre lo mismo me vas a aburrir —soltó Petrowna.

Para el pícnic de fin de curso mi madre preparó zanahorias y pepinos cortados en palitos y mezclados con un extraño puré de judías. Me negué a llevar esa comida, pero mi madre se encogió de hombros y se quedó tan tranquila. Últimamente estaba de muy buen humor siempre. Tal vez tomaba drogas. O a lo mejor el hombre que salía en el libro había entrado en su vida.

Pero en los tres manteles extendidos en la hierba había cosas muy ricas. Petrowna había traído una especie de rollo con queso de cabra que estaba buenísimo. Además había bizcochos, ensaladas y pan recién hecho. Los padres y las madres charlaban en pequeños grupos y toda la clase formaba una pandilla que cada vez se alejaba más de los manteles y de las atentas miradas de los adultos. La señora Meier había regresado de su baja por agotamiento y la asociación de padres y madres le regaló un ramo de flores. No estaba muy claro para qué. Tal vez porque había tenido el valor de acercarse de nuevo a nuestra clase.

Mi madre estaba charlando con el padre de Petrowna, que no solo llevaba unas gafas de cristales muy gruesos, sino que además se había dejado un bigote muy llamativo. Del bolsillo de su chaqueta asomaban un tenedor y un bolígrafo. A Petrowna en cambio no se la veía por ninguna

parte. Probablemente llevaba ya mucho tiempo en otro sitio, en otro parque o en otro mundo. En cualquier caso estar en una fiesta con Jasper la agobiaba, según me había comentado antes. Decía que en esa fase de separación había desarrollado una alergia, una alergia contra él.

A mí también me hubiera gustado estar en pandilla. Pero me había sentado junto a Jasper en el césped. Jasper estaba tumbado de espaldas mirando al cielo. Desde que Petrowna le había abandonado ya no sonreía. A su lado estaba tumbado su perro, y yo lo acariciaba de vez en cuando. Tenía muy claro que todos pensaban lo que no era cuando nos veían ahí tumbados uno al lado del otro. Jasper no quería hablar conmigo, ni siquiera me miraba. Tal vez le recordaba a Petrowna.

Yo estaba cabreada con Jasper porque me lo estaba poniendo todo muy difícil. Aunque por otra parte resultaba más fácil vigilarlo si se quedaba quieto en un sitio en vez de ir moviéndose de un lado a otro con los demás.

Era lo único que podía hacer. Lo tenía claro. No podía ser de otra manera, no podía saltarme el marco del argumento, independientemente de quién se hubiera inventado ese argumento. No podía obligar a Petrowna a amarle. Y sobre todo, no podía obligarme a mí misma a olvidar esa historia. Solo podía ser yo misma y nadie más.

Durante esas horas espanté a tres avispa y a cinco abejas. Cuando Jasper, para colmo de males, cogió un trozo de sandía que había por ahí, el corazón se me detuvo. Tuve que espantar de su manga a un animalillo que zumbaba de manera insistente. Jasper me rehuyó y me puse roja como un tomate.

Todos nos miraban con una sonrisa indulgente pero también burlona. Mi padre, que había venido sin Alicia pero con tres cajas de bombones de chocolate, me guiñó el ojo. Mis progenitores conversaban como viejos amigos, o al menos eso parecía desde fuera. Probablemente estaban hablando de que mi padre tenía por fin un piso más grande y yo podría pasar un fin de semana con él cada quince días.

Fue el pícnic más agotador y al mismo tiempo más aburrido de toda mi vida. Me perdí todo lo que podía tener algún interés porque no me apartaba de Jasper. No me levanté hasta que empezó a oscurecer. Le pregunté a nuestro profesor de biología, que en ese momento estaba buscando la tapa de un táper, si las avispa y las abejas volaban en la oscuridad. Dijo que de ninguna de las maneras. Los padres y las madres recogieron los restos y una parte de la clase quería seguir allí, pero Jasper se levantó y se dirigió hacia su bicicleta. Su perro se puso a trotar detrás de él.

—¡Eh, Jasper! —le grité—. Mándame un mensaje cuando llegues a casa, ¿vale?

—Pues claro, cariño —contestó.

Naturalmente no me mandó ni una palabra.

Y así aquella historia llegó casi a su fin. El pícnic que había estado temiendo durante meses transcurrió sin ningún incidente. Jasper me evitaba desde entonces porque pensaba en primer lugar que le perseguía, y en segundo lugar que me faltaba al menos un tornillo.

Por él hice el mayor ridículo de mi vida. Toda la clase y todos los padres, incluidos los míos, me habían visto pegada a Jasper quitándole insectos de todo el cuerpo. Como si hubiera aprovechado la oportunidad justo cuando él y Petrowna ya no estaban juntos. Al fin y al cabo nadie aparte de Petrowna sabía que Jasper primero se había interesado por mí.

No podía haber sido más lamentable. Y sin embargo, era lo más bonito que me podía pasar.

Porque Jasper no había muerto. Para conseguirlo había hecho el más grande de los ridículos, pero no estaba arrepentida.

15

Dos meses y medio después

Cuando terminaron las vacaciones, Henry apareció en nuestra clase. Hasta entonces había vivido en Nueva York, pero no era un alumno de intercambio porque sus padres eran alemanes y ahora trabajaban en Berlín. Sabía hablar bastante bien alemán desde pequeño, aunque no lo suficientemente bien. Cometía muchos errores y no conocía algunas palabras. Como se había sentado a mi lado, tuve que ayudarle bastante.

Cuando me preguntó si quería ir a su casa para ayudarle con los deberes de historia le dije inmediatamente que sí. A cambio él me ayudaría con el inglés. Me gustaba porque me recordaba a un actor y porque todo el rato me decía: «*You are so smart!*».

Me besó en el preciso momento en el que habíamos acabado con historia y todavía no habíamos empezado con inglés. Yo lo vi venir, incluso cerré los ojos a tiempo. Pero no estaba preparada para lo que luego sucedió.

Después de que los labios de Henry rozasen los míos, se quedó paralizado y apartó bruscamente la cabeza. Abrí los ojos. Las aletas de su nariz se movían temblorosas.

—¿Has comido cacahuets? —preguntó, respirando con dificultad.

—Eh... ¿Por qué?

Efectivamente de camino a su casa había sacado una bolsa de cacahuets de la máquina y la había vaciado en cinco minutos.

—Soy alérgico. —Henry comenzó a ponerse rojo—. Llama a mi madre.

Bajé las escaleras gritando.

Cuarenta minutos después estaba sentada junto a la madre de Henry en urgencias. Henry estaba dentro y un médico y una enfermera lo estaban atendiendo. Le hicieron un agujero en la vena y le pusieron un goteo. Yo lloraba y la madre de Henry me tomó la mano emocionada.

—No se va a morir, si es lo que estás pensando. Para que eso suceda tendría que comerse un cacahuete entero. Es solo un tratamiento preventivo. Somos un poco exagerados con este tema y él también estaba especialmente alterado. En cualquier caso tú no tienes ninguna culpa. ¡Tranquilízate, por favor!

—¡No puedo! —musité entre sollozos—. ¿Es que siempre tengo que tener la culpa de todo?

—¿Has perdido a algún ser querido? —Me miraba atentamente.

Negué con la cabeza. Después me encogí de hombros. No, no había perdido a nadie. Excepto a Petrowna, varias veces, pero hasta entonces siempre la había vuelto a encontrar. Sin embargo, todo el año me había sentido como una bomba de relojería. Y ahora esto. Un chico había estado en

peligro porque había tardado demasiado en enamorarme de él. Otro estaba en urgencias porque me había besado.

—¿Qué es lo que me pasa? —musité mientras cogía el pañuelo de papel que me ofrecía la madre de Henry. Debía de tener toda la cara sucia.

—En una hora nos lo llevamos —dijo—. Para la próxima ya lo sabes. Los cacahuets después de besaros, ¿vale? Mira, ahí hay una máquina de bebidas. ¿Te traigo una coca-cola?

Me quedé mirándola con fijeza. ¿De qué próxima vez estaba hablando? ¿Acaso creía que yo iba a volver a besar a su hijo? Probablemente necesitaría hacer una terapia para ser capaz de volver a acercarme a alguien.

En ese momento mi teléfono vibró. Lo saqué. En la pantalla se veía una carita pequeña y arrugada. Debajo ponía: **Enna se alegra de conocer a su hermana mayor**. Me sequé las lágrimas y amplí la foto.

—¿Enna es un nombre de chica o de chico? —le pregunté a la madre de Henry.

Miró por encima de mi hombro y exclamó entusiasmada:

—¿Has tenido una hermanita? ¡Qué maravilla! Enhorabuena.

—Muchas gracias.

Le envié la foto y el mensaje a Petrowna, me apoyé en el respaldo de la silla y cerré los ojos.

El libro de Leah hablaba de un hermano. Pero da igual. Ya sabemos que los escritores son unos chapuceros y solo se interesan por lo esencial.